

**antología de
obras de teatro
argentino**

desde sus orígenes a la actualidad

Antología de obras de teatro argentino. Desde sus orígenes a la actualidad:
sainetes urbanos y gauchescos, 1800-1814 / Cristóbal De Aguilar...[et.al.]. ;
compilado por Beatriz Seibel ; con prólogo de: Beatriz Seibel
-1ª ed.- Buenos Aires: Instituto Nacional del Teatro, 2006.
306 p.; 22x15 cm. (Historia Teatral)

ISBN-10: 987-9433-47-5

ISBN-13: 978-987-9433-47-8

1. Teatro Argentino. I. Seibel, Beatriz, comp. II. Seibel, Beatriz, prolog.
CDD A862

Fecha de catalogación: 08/11/2006

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta N°148/06.
Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

CONSEJO EDITORIAL

- > Roberto Aguirre
- > Rafael Bruza
- > Ariana Gómez
- > Nerina Dip
- > Carlos Pacheco

STAFF EDITORIAL

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Elena del Yerro (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño de tapa*)
- > Gabriel D' Alessandro (*Diseño interior*)
- > Grillo Ortiz (*Ilustración*)

©Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN-10: 987-9433-47-5

ISBN-13: 978-987-9433-47-8

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, Diciembre de 2006.

Primera edición: 3.000 ejemplares

> presentación

Es claro que el INT ha asumido desde sus comienzos que la tarea editorial es parte fundamental del fomento teatral; para ello, ha establecido subsidios para distintas publicaciones y ha editado numerosos títulos como parte sustantiva de su política de difusión, tanto en lo que hace a textos dramáticos como en lo relativo a ensayos.

Sin embargo parecía faltar -como seguramente faltarán otras en el futuro y habrá que completar o al menos hacer un aporte para ello- una colección que fuera lo suficientemente abarcativa e inclusiva como el territorio mismo que se pretende abarcar: la iniciativa fue, pues, poner manos a la obra con una serie que recopilara textos históricos, siguiendo, en principio, un orden cronológico con la idea de aportar un panorama general del transcurrir de nuestra riquísima historia teatral.

Ha habido otras importantísimas colecciones similares en tiempos pasados y fueron fundamentalmente para alentarnos a tomar la decisión de visitar los textos que se publicarán en nuestra serie: el intento es que nuestra colección pueda complementar los aportes anteriores y volver a poner en distribución títulos prácticamente imposibles de captar por nuestra comunidad teatral.

Como tantas otras veces, tenemos la sensación de estar concretando un maravilloso sueño.

Raúl Brambilla
Director Ejecutivo
Instituto Nacional del Teatro

> prólogo

Esta Antología se propone ofrecer una muestra del rico patrimonio de obras teatrales producidas en nuestro territorio, desde los primeros tiempos hasta la actualidad. Son piezas muchas veces olvidadas, conservadas en bibliotecas entre miles de textos, o en ediciones agotadas, o se trata de obras que se han mantenido inéditas y ahora vuelven a la memoria para ser revalorizadas.

El criterio de selección ha sido elegir obras interesantes para poner hoy en escena, que pueden aportar nuevas resonancias y nuevas lecturas, ya sea respetando sus textos, o realizando adaptaciones o reescrituras. Con frecuencia vemos en escena adaptaciones y reescrituras de los clásicos europeos que logran conmovernos, y nuestros clásicos merecen también ser revisados y considerados. El objetivo de la publicación es entonces colaborar para enriquecer el repertorio de los grupos teatrales, directores y actores, y difundir el conocimiento del teatro argentino para todos los sectores y el público.

A lo largo de más de dos siglos, la producción de obras teatrales ha sido muy vasta y la selección se extiende a todos los géneros sin exclusiones y a todo el país. La gran cantidad de obras estrenadas y publicadas en Buenos Aires sin duda ha incidido en el número, pero desde este primer tomo se incluyen piezas producidas en las actuales provincias, aun con las serias dificultades existentes en ocasiones para obtener sus textos.

ANTECEDENTES**1. TEXTOS DRAMÁTICOS NO ESCRITOS**

El territorio que hoy llamamos República Argentina está habitado desde hace casi 13.000 años. Como en todas las culturas, la escena nace

con los rituales de los pueblos originarios, de los que derivan todas las especializaciones de los distintos géneros teatrales y líricos, las danzas y los juegos. Los rituales aborígenes de nuestro territorio, sin textos dramáticos escritos, muestran una rica teatralidad con expresivos elementos. Queremos dejar constancia de su existencia.

Estoy aquí cantando, el viento me lleva.

Sigo las pisadas de aquellos que se fueron.

Los del infinito me han hablado.

Las pisadas de los que se fueron están aquí.

Canto de Lola Kiepja, la última selk-nam.

2. LAS LOAS

En la época de la Colonia, las primeras informaciones sobre espectáculos aparecen en el siglo XVII, cuando ya se han fundado las principales ciudades, no muy pobladas. Sin espacios específicos, las funciones se presentan en diferentes ámbitos. Las celebraciones reales de la corona de España, nacimientos, bodas o coronaciones, son motivo de fiestas con desfiles de máscaras, luminarias, toros, juegos de cañas y representaciones de comedias; los actores serían cómicos de la legua o aficionados. Otras fiestas reúnen acontecimientos religiosos y cívicos. El crecimiento de las ciudades en el siglo XVIII proporciona mayores datos sobre espectáculos, celebrados para festejar acontecimientos de la familia real, fechas religiosas, sucesos del lugar.

En 1717, en Santa Fe, se representa "la primera pieza teatral argentina", el primer texto que se conserva de autor local. Es una *Loa* de Antonio Fuentes del Arco, para agradecer al rey Felipe V la supresión de un impuesto a la yerba mate. Los protagonistas son tres caballeros, se indica música, y es muy interesante la referencia a ríos, selvas, ciudades y elementos geográficos locales. La *Loa*, género dramático breve procedente

de España, tiene origen religioso en el medioevo; de alabanza sacramental, pasa a serlo de los pueblos donde los cómicos actúan, o de los cómicos mismos, o de los reyes o señores. La *Loa* sirve de introducción a la comedia principal acompañada de música y canto; en 1717 el programa se completa con la comedia *No puede ser, guardar una mujer* de Agustín Moreto, autor español del Siglo de Oro.

La coronación de Carlos III se celebra en varias ciudades y en Corrientes incluyen en 1761 la representación de una *Loa* de autor local, que se conserva anónima, con cuatro personajes mitológicos que rivalizan en rendir homenaje al Rey, a quien se compara con el sol. En el estilo neoclásico de la época, Eolo, *dios de los vientos*, Neptuno, *dios de las aguas*, Ceres, *diosa de las frutas*, y Flora, *diosa de las flores*, cantan en coro al comienzo y al final, acompañados con música, los versos alusivos a la coronación; luego intervienen en monólogos y diálogos.

Una *Loa para cualquier función - El año 1775 en Buenos Aires*, de autor desconocido, es publicada por Bosch, quien supone que fue representada y es probable que lo fuera por actores aficionados.

3. EL SIRIPO

En 1757 se construye en Buenos Aires el primer coliseo estable, aunque de corta vida: el Teatro de Óperas y Comedias, en las calles Alsina entre Defensa y Bolívar (nomenclatura actual), vereda sur, que en 1761 se clausura definitivamente. En 1783 se inaugura la Casa de Comedias, cuya denominación popular, Teatro de la Ranchería, se debe al terreno en que se levanta, conocido como "la ranchería de los jesuitas", por un depósito de productos de las misiones. Su ubicación: la esquina de las calles actuales Perú y Alsina, manzana sudoeste. La fecha estimada de inauguración del Teatro de la Ranchería, 30 de noviembre, se instituye como Día del Teatro Nacional, según decreto del Poder Ejecutivo del 3 de julio de 1979, por

iniciativa del Instituto Nacional de Estudios de Teatro.

Los espectáculos comienzan en las ocasiones solemnes con una loa alegórica, siguen con la comedia principal de tres a cinco actos, con alguna tonadilla en el intermedio, y acaban en el fin de fiesta con un sainete, tonadilla o baile. Vale aclarar que la "tonadilla escénica" es una pieza breve, similar al sainete, donde es fundamental el canto; tiene de uno a siete personajes-cantantes. La orquesta toca una sinfonía para la apertura, interpreta la música incidental de la obra, ameniza los entreactos y acompaña los cantos y bailes.

El repertorio del Teatro de la Ranchería está constituido por obras importadas de España y la única pieza de autor local estrenada en esta sala –en 1789– es la tragedia en 5 actos *Siripo* de Manuel de Lavardén, no hallada. Está inspirada en la leyenda de Lucía Miranda, cautiva española apresada por los indios que destruyen el Fuerte Sancti Spiritu; el protagonista es el cacique indígena Siripo. Este relato se halla en el capítulo VII de *La Argentina* de Ruy Díaz de Guzmán (1612).

La compañía dramática de la Ranchería, contratada por los empresarios, está compuesta para 1785 por quince actores y siete actrices, más el personal de apuntadores, dependientes y colaboradores (cobradores, peones, guardarropa, carpintero, peluqueros) que en 1790 suman dieciséis personas. La orquesta, incluido su director y maestro compositor, son diez personas más y se menciona a los "esclavos músicos". También hay esclavos negros y mulatos entre los peones del teatro y Juana María Bertelar, segunda graciosa y cantora, sería una mulata esclava.

El elenco se integra con actores españoles que están de gira, aficionados que actúan en la ciudad, nuevos intérpretes criollos; los primeros galanes son el español Juan Antonio Cárcamo y el joven Esteban Antonio Sendeza, el primer "barba" el chileno Domingo Salazar, etcétera. Cuando se inaugura el teatro en 1783, los personajes femeninos son cubiertos por hombres, pero pronto se logra incorporar mujeres. Las primeras actrices criollas, como Josefa Ocampos que hará una importante carrera de primera dama y

Juanita Ibaita, quien será la primera graciosa y cantora, son nacidas en Buenos Aires. Ingresan al teatro por lazos familiares, según es tradicional. Las actrices, poco numerosas, son muy apreciadas por el público pero víctimas de hondos prejuicios sociales. La "nota de infamia" que sufren los cómicos, una condena europea, no les permite recibir los sacramentos, ser enterrados en camposanto, desempeñar cargos públicos, ejercer derechos civiles o políticos, y los padres pueden desheredarlos. En el siglo XIII, Alfonso X de Castilla, uno de los cuatro reinos cristianos en que se dividía la mayor parte de España, (en la otra reinaban los moros), declara en las Partidas: "Otro sí (son infamados) los que son juglares é los remedadores é los facedores de los zaharrones (espectáculo burlesco) que públicamente andan por el pueblo ó cantan ó facen juegos por precio, esto es porque se envilecen ante otros por aquel precio que les dan. Mas los que tañeren estrumentos ó cantasen por facer solaz á sí mismos, ó por facer placer á sus amigos ó dar solaz a los reyes ó á los otros señores, non serían por ende enfamados". La intención es que sólo se use el teatro con fines religiosos; parece seguro que el arte dramático empezó en España durante el siglo XI y que se aplicó exclusivamente a solemnizar las festividades de la Iglesia y los misterios de la religión.

En Roma y en algunos estados papales, si bien los comediantes no están excomulgados, las mujeres están prohibidas en escena; entonces los papeles femeninos son interpretados por actores, cantantes y bailarines varones, en travesti. Además esto favorece la existencia en la ópera de los *castrati*, sopranos masculinos, una práctica corriente hasta fines del siglo XVIII, que consiste en castrar a los niños antes de la pubertad, justificada por la Iglesia Católica, porque San Pablo prohíbe que las mujeres canten en la iglesia.

El Teatro de la Ranchería, "galpón provisorio de madera con techo de paja", se incendia la noche del 15 de agosto de 1792 por un cohete volador disparado durante una fiesta, desde la cercana iglesia de San Juan Bautista.

En la época de la Colonia coexisten múltiples teatralidades. En las ciudades, hay compañías profesionales en las salas, fiestas y ceremonias en las calles, teatro en los colegios religiosos, volatineros en los teatros y otros espacios, expresiones afroamericanas en calles y en sitios cerrados. En las áreas extraurbanas, hay contrapuntos de improvisadores en zonas rurales, espectáculos religiosos indígenas en las misiones jesuíticas, fiestas mestizas que unen celebraciones patronales católicas con ritos aborígenes de fertilidad, y rituales en zonas aborígenes.

LOS TEXTOS PUBLICADOS EN ESTE TOMO

1. SAINETES URBANOS

Cristóbal de Aguilar (Sevilla, España, 1733-Córdoba, Argentina, 1828), escribe en Córdoba una serie de obras, entre ellas varios sainetes, que no consta si fueron representados. Este autor andaluz radicado en Córdoba desde niño, desempeña cargos públicos y desde 1800, cuando padece serias dificultades económicas, se dedica a su producción literaria de poesías, diálogos y piezas teatrales. Es considerado el mayor dramaturgo de la época colonial. El sainete titulado *El carnaval* es una cautivante pintura de ambientes; *La industria contra la fuerza* y *Venció al desprecio el desdén* son sainetes muy divertidos y de gran interés por presentar desenlaces opuestos en un tema muy popular del período, el derecho a elegir marido, negado a las mujeres. Se supone que fueron escritos entre 1805 y 1806 y se perciben los ecos de la comedia del español Agustín Moreto *El desdén con el desdén*, de 1654, que tuvo larga influencia. Los sainetes urbanos son piezas breves, comedias burlescas ambientadas en las ciudades.

Juan Cruz Varela (Buenos Aires 1794-Montevideo 1839), poeta y dramaturgo, habría escrito el sainete *A río revuelto ganancia de pescadores* mientras estudiaba en la Universidad de Córdoba entre 1810 y 1816. No hay noticias de representación en su época y permanece inédito hasta

1959; ha sido puesto en escena en las últimas décadas, inclusive adaptado a comedia musical. Ágil y chispeante, muestra a Rosa, la protagonista que enfrenta a su padre, enamorada del estudiante y poeta Arganto, representante de la ilustración cuyo lenguaje no entienden ni su padre ni el criado. En un sorpresivo final, el criado se lleva a la muchacha para obligarla a casarse. Según la fórmula del Siglo de Oro español, los criados tienen paralelismo bufonesco con los señores.

2. SAINETES GAUCHESCOS

Estas piezas breves de ambiente rural incluyen música y bailes y son comedias burlescas con lenguaje campesino. En el teatro Coliseo se anuncian muchas veces sólo como "sainete", sin mencionar su título ni el autor. Por otra parte son muy populares, y se representan durante años, introduciendo variantes de actualidad. *El valiente fanfarrón y criollo socarrón*, también conocido como *El criollo socarrón* o *El gaucho*, hallado por Jacobo de Diego en Montevideo, en 1979, resulta ser la 1ª parte de *Las bodas de Chivico y Pancha*, a veces anunciado como *La 2ª parte de El gaucho*, publicado por Bosch en 1910, con el comentario "popularísimo en 1826", aunque su estreno es anterior y se repone en muchas oportunidades. En el caso de estos sainetes se han encontrado los textos pero no los autores y el hallazgo de una 1ª y una 2ª parte muestra su éxito de público. En *Las bodas de Chivico y Pancha* sale a escena la difundida danza del cielito, con sus variantes de la época, el pericón y la media caña; allí se baila "pericón de media caña".

Después del incendio del Teatro de la Ranchería en 1792, Buenos Aires no cuenta con sala estable para teatro hasta que se inaugura el Coliseo Provisional el 29 de abril de 1804, en las actuales calles Reconquista y Tte. Gral. J. D. Perón. Tiene capacidad para unas 1.600 personas, entre palcos, tertulias, galerías, cazuela, bancos, gradas, lunetas y entradas de pie. Los sainetes gauchescos serían presentados desde 1814

en el Coliseo, cuando llega de Montevideo el actor español Joaquín Culebras, donde consta que se representan desde 1811.

El tema de la 1ª y la 2ª parte de *El gaucho* es el casamiento de la muchacha con el criollo, buen hombre de campo, aparentemente tonto pero finalmente el más pícaro, que vence a sus rivales españoles. Es el mismo caso que en el sainete más elaborado *El amor de la estanciera*, con el rival portugués; estas piezas constituirían un ciclo que sube a escena después de la Revolución de Mayo.

Hay numerosos datos sobre las representaciones de la 1ª y la 2ª parte de *El gaucho*, como en 1827, cuando en el Coliseo, en agosto, se presenta el sainete *Las bodas de Chivico y Pancha* con la niña-actriz Dominguita Montes de Oca en el personaje de Chingolo, "aumentado con la referencia de lo que le ha sucedido y lo que ha visto en la ciudad"; en noviembre vuelve a representarse y se anuncia como *La segunda parte de El gaucho*. La crítica elogia a Dominguita, "admirable en el baile como en el representado". Otra variante es el baile de la media caña en forma cómica, interpretado por el actor Felipe David en el rol del Sacristán. Esto muestra que las niñas actrices hacen personajes de varones, que los dos sainetes son ampliamente conocidos por presentarse con frecuencia, y que comparten el monólogo de Chingolo con agregados de actualidad para atraer al público. Hay menciones de la representación de *Las bodas...* en 1831, 1835, 1838, 1843, 1844, 1846, 1850, con los comentarios de actualidad y variantes en los bailes.

En cambio la única referencia probable a *El amor de la estanciera* en escena es la de "un inglés", que observa entre 1820 y 1825: "Cuando en el teatro se representa un personaje portugués, el intérprete lleva traje de colorinches y se contonea ridículamente sobre el escenario, en medio de la hilaridad y los aplausos del público". Bosch en 1904 supone que *El amor de la estanciera* se presenta entre 1792 y 1795, lo cual no está constatado y no parece probable.

En el siglo XX, el Teatro del Pueblo ofrece *Las bodas de Chivico y*

Pancha en 1938, en el espectáculo *Cien años de teatro argentino*, en la Feria de Buenos Aires en Retiro, y lo repone en 1943. Gente de Teatro Asociada presenta *El amor de la estanciera* en la Muestra de Teatro Breve Argentino, con la dirección de Orestes Caviglia y actuación de Benigno Ginzo, Leonor Galindo y Marcelo Krass entre otros, el 29 de enero de 1963, en el Teatro Argentino. Éstas son algunas de las reposiciones de estos sainetes que se han ofrecido en Buenos Aires.

En conclusión, la dimensión fundamentalmente social de la risa, la demostración de que los valores y normas sociales son sólo convenciones que pueden ser cambiadas, una imagen de la fiesta, una sátira de la sociedad, es lo que proponen los sainetes urbanos y gauchescos que hemos elegido para comenzar esta colección.

Beatriz Seibel



Sainetes urbanos



El carnaval

Cristóbal de Aguilar

> el carnaval

Diálogo entre seis personas

PERSONAJES

DON ARNESTO DE SILBA, *hombre formal*

DOÑA ANDREA ARCE, *mujer de don Arnesto, señora de peso*

DON MIGUEL DE LUZA, *mozo de juicio*

POLONIA, *criada*

DOÑA SEGUNDA CASCABEL, *viuda, tormenta*

DON FADRIQUE VIVERO, *tronera*

SALA ADORNADA EN QUE ESTARÁN DON ARNESTO, DON MIGUEL Y DOÑA ANDREA, ESTA TOCANDO EL SALTERIO, Y LOS TRES CANTANDO BOLERAS, COMO SE SIGUE.

En las carnestolendas
por desventura,
a las más de las gentes
les da locura
de que no sanan
hasta pasar tres días,
que es cosa rara.

Aun a gentes de canas,
por experiencia,
se les tiene observado
les da demencia,
mal insanable,
de que al año siguiente
siempre recaen.

Tocan la puerta.

ANDREA: ¡Polonia, mira quién toca
la puerta, camina presto!

POLONIA: Mi sa* Segunda es quien viene.

ANDREA: ¿Con quién?

POLONIA: Con un caballero.

ANDREA: Diles que entren, y vete
a traer las luces luego.

Vase Polonia.

Entran doña Segunda y don Fadrique.

SEGUNDA: Me alegro de ver a ustedes
sin novedad. ¿Usted bueno,
señor don Arnesto? ¡Vaya,
madama, cuánto me alegro
de hallarla tan divertida!
Así se hace en este tiempo.

FADRIQUE: Señores, a la obediencia
de ustedes.

TODOS: Estimamos, caballero,
las expresiones de usted.

ARNESTO: Que ustedes lo pasen bien
de salud, mucho me alegro.

SEGUNDA: Señor don Miguel...

MIGUEL: Madama.

SEGUNDA: No está usted como del tiempo,
muy taciturno lo miro.

*Sa: señora.

Ese humor jamás es bueno.

MIGUEL: Es uniforme, señora,
el que logro en todo tiempo.

ANDREA: Usted siempre tan bizarra:
señal de salud, eso es bueno.

SEGUNDA: No estoy muy buena, porque
ayer, jugando al afrecho,*
me dieron un feroz golpe
en un ojo con un huevo,
que hube de ver las estrellas;
y según va, me recelo
que me veré precisada
a sangrarme luego, luego.

ANDREA: Si, señora, he reparado
bastante hinchado el izquierdo.
No se esponga usted al aire
sin habérselo cubierto,
porque he visto de otro tanto
a una muchacha perderlo.

SEGUNDA: No, señora, ¿para qué?
Ya a estos golpes están hechos
mis ojos, brazos y espaldas;
esta es la pauta del tiempo.

ARNESTO: A la verdad, es bien cara
y tan cara que aquellos
que le son apasionados
pueden decir sin recelo
que es un ojo de la cara

* Jugar al afrecho: tirar huevos

lo que les cuesta. Buen precio.
Pero, pues tanto les gusta,
hágales muy buen provecho.

SEGUNDA: Yo jamás perdí ninguno,
y no hay año que no juego
una docena de días:
siete u ocho por lo menos
antes de carnestolendas
y los tres días enteros
de esta gran solemnidad.

MIGUEL: Pero puede usted perderlo,
y no es prudencia exponerse
a un riesgo tan verdadero
por la falible esperanza
de salir bien del empeño
como los años pasados;
porque dice aquel proverbio
que el cántaro que a la fuente
continuo le llevan bueno,
en fuerza de tanto ir,
algún día traerá menos
algún pedazo y acaso
no volverá sino en tiestos.*

SEGUNDA: Esas desgracias suceden
a los que juegan con miedo,
como supongo en usted.
Nada; dureza, y a ellos:
si me diste un buen porrazo,
doyte tres o cuatro buenos.
¿No sabe usted que en la guerra

al soldado que huye el cuerpo
es a quien llegan las balas
puntualmente más presto?

MIGUEL: Sin embargo, el exponerse
a ese o a cualquier riesgo
sin necesidad alguna,
desde luego no lo apruebo.
Y mucho menos a este
que —si he de hablar lo que siento—
es, a más de temerario,
bestial, bárbaro y grosero.
No se enoje usted, madama,
si hablo con tal desprecio
de los juegos que de manos
suelen llamarse, entendiendo
que antes que yo naciera
hombres de mucho talento
los tenían bautizados
con estos elogios mismos.

FADRIQUE: Es preciso muchas veces
tener uno sufrimiento
para escuchar ciertas cosas
que no tienen fundamento.
¿Conque al tirarse uno a otro
—sean duraznos o huevos—
seis u ocho pelotazos,
dé donde diere con ellos,
dicen esos hombres doctos,
que es bárbaro, que es grosero?
¿En qué libro habrán dejado
explicado todo eso?

* Tiestos: pedazos de vaso de barro.

MIGUEL: En el que usted leería
 en la escuela en algún tiempo,
 cuyo nombre por común
 podrá acaso retenerlo
 en la memoria, y se llama
Catón cristiano.*

FANDRIQUE: Me acuerdo.
 Y aunque lo leí despacio
 (porque tardé en aprenderlo
 sus dos años poco más
 y de punta a cabo tengo
 dadas lecciones en él
 más que en la cabeza pelos),
 no he visto que el tal *Catón*
 hable de tirarse huevos
 en tiempo de carnaval,
 ni que bautismo haya hecho
 poniéndoles tales nombres.
 Lo que firmemente creo
 es que usted se habrá engañado,
 y tengo también por cierto
 que no hay muchacho ninguno
 que ignore que el tirar huevos
 no tiene otro nombre alguno
 sino jugar al afrecho:
 yo no sé si me he explicado.

MIGUEL: Sí, señor. Bien comprendo
 todo cuando usted ha dicho;
 pero tenga usted por cierto
 que no padezco yo engaño.

* *Catón cristiano*: obrita con nociones de religión.

Y para que vea cierto
 que ese libro (que se hizo
 sin más fin ni más objeto
 que para educar a niños,
 enseñándoles preceptos
 de laudable educación)
 lo dice así, lea atento
 la página cincuenta y siete,
 en el renglón décimo tercio,
 y verá que a los que juegan
 de manos llama en efecto
 villanos, que generalmente
 conocemos por groseros.
 Esto es una suposición
 de jugar sin instrumento
 que pueda ofender a otro,
 sino solo por ser juegos
 de manos, sin lastimarse
 uno a otro ni en un pelo.
 Conque no debe extrañarse
 que a aquellos que, desde luego,
 o puedan quitar la vida
 o dejar un miembro lesa*
 se les llame a boca llena
 barbarie, en todo derecho.

SEGUNDA: Ahora quedamos bien,
 ¡caramba, qué magisterio!
 Bien haya la decisión,
 hacen muy pocos momentos
 que estábamos más honrados

* Leso: herido o dañado.

los afectos a esos juegos.
Yo dificulto bastante
que usted pronunciara esto
a presencia de señores
y señoras de altos puestos,
que autorizan esta clase
de simple divertimento,
siendo ellas mismas las que
acaso no juegan menos
que las de clase inferior.

MIGUEL: Madama, no tengo miedo
jamás a hablar la verdad
con franqueza: la venero
mucho por hacerle agravio,
y por lo mismo no tengo
chico ni grande embarazo
para repetir lo mismo
delante de cuantos duques,
condes y duquesas fueron,
son y serán hasta el día
del juicio, porque el respeto
que a estas personas se debe
no puede en ningún evento
ser en perjuicio de ella.
Serán esos caballeros
y señoras, que usted dice,
muy nobles: sus privilegios
los respetaré yo siempre
hasta lo sumo que debo,
porque la razón lo pide;
pero, prescindiendo de esto,
si juegan del mismo modo

que se ha dicho, sin recelo
digo y diré a sus mercedes,
sin que a sus clases ni un pelo
les agravie, que esos hechos
hágalos quien los hiciere,
siempre serán en mi aprecio
bárbaros, irracionales,
inciviles y groseros.

ARNESTO: ¿Cómo se podrá eludir
la fuerza de este argumento?

ANDREA: A mi entender no hay respuesta,
pues pone de manifiesto
con las pruebas el perjuicio
inseparable a que el cuerpo,
y acaso la misma vida,
precisamente está expuesto.

FADRIQUE: ¿Con qué habremos de tirar?
¿Con jazmines?

MIGUEL: Desde luego,
mejor sería con nada;
pero, al fin, es más modesto,
más fino y sin riesgo alguno
tirar flores que no huevos.

ARNESTO: Allá en mis mocedades,
como entre sueños me acuerdo,
asistí a cierta asamblea
celebrada en este tiempo;
y tengo presente era
el asunto de estos juegos
flores, anises y olores

tirados de cuerpo a cuerpo,
 pero jamás hacia el rostro
 (y ya se ve lo diverso
 de unas materias tan tenues
 comparadas con los huevos).
 Sin embargo, un capitán
 que se halló allí, forastero,
 tuvo la desatención
 de dar con un dulce seco
 a una señora en la frente;
 mas si no parte al momento
 de la sala, como un aire,
 creeré lo hubieran muerto
 a estocadas, fijamente,
 seis u ocho caballeros
 que tomaron el agravio
 por su cuenta todos ellos.

FADRIQUE: También fue delicadeza,
 por vida de mi chapeo,
 en esa ninfa de alcorza*
 el ofenderse por eso.
 ¿Qué haría su alfeñiquez**
 si el capitán forastero
 le hubiera tirado a ella,
 como a mí anoche, un buen cuerno
 lleno de ceniza y agua,
 y encima carbón y afrecho?
 Sin duda hubiera creído
 que se le caía un cerro

* Alcorza: baño de azúcar.

** Alfeñiquez: de alfeñique: golosina.

encima de su merced.
 Pues yo, como soy discreto,
 nadita que se me dio;
 fui a mudarme ropa luego
 y volví a corresponder
 con una olla de sebo
 y hollín de la chimenea,
 y diciendo “¡allá va afrecho!”
 las puse a las picaronas
 frititas como un buñuelo.
 A fe que el señor *Catón*
cristiano no dirá que esto
 se llama juego de manos,
 sino de ollas y cuernos.
 Aquí no hubo golpe alguno,
 los vestidos se perdieron:
 salimos tales a tales,
 ¿y quién hace caso de eso?

MIGUEL: No hubo contusión ni herida
 en ese acaecimiento;
 pero, ¿perder un vestido
 es de tan poco momento
 que no dude posponerse
 al más insulso recreo
 de dar una pesadumbre
 al que lo pierde? Muy ciego
 ha de estar quien no conozca
 que esos no se llaman juegos.

FADRIQUE: ¿Y cómo se llamarán,
 señor mío, en su dialecto?

MIGUEL: Sé su nombre, no lo ignoro,

pero por ciertos respetos
es fuerza olvidarme de él.

SEGUNDA: Señor don Miguel, ¿qué es esto?
¿Conque sacamos en limpio
que ni con agua y afrecho,
con huevos, ni cosa alguna
ya divertirnos podremos?
Si a usted lo hicieran virrey,
pobre carnaval, yo creo
para mí, lo desterraba
sin duda de todo el reino;
y aun lo hacía enterrar vivo
a fin de que en ningún tiempo
pudieran resucitarle
los que tienen otro genio.

MIGUEL: Sí, señora, puede usted
desde luego así creerlo.
Y entiendo haría un servicio,
a Dios, al rey y a los pueblos,
razonable en extirpar
las reliquias de unos juegos
cuyo origen vergonzoso
fue el gentilismo.*

FADRIQUE: ¿Y por eso
les llama usted vergonzosos?
¿Conque los que establecieron
todo un Imperio Romano
serían algunos lerdos
que no sabrían discurrir

* Gentilismo: religión de los gentiles o idólatras.

si este otro establecimiento
de carnestolendas era
de perjuicio o de provecho?
Unos hombres más profundos
que la cueva de Cisneros,
y que hasta hoy no se oye
a los más ancianos viejos
más que daca los romanos,
toma los romanos: ¡bueno!

MIGUEL: No importa su poderío,
sus conquistas y gobierno,
para que dejen de haber
sido hombres todos ellos,
y hombres sin religión.
Esto basta para hacerlos
el horror del cristianismo
y para que los miremos
incapaces de dar tono
en tiempo; que el Evangelio
es nuestra ley, y detesta
estos juegos porque en ellos
hay muchos inconvenientes
repugnantes al severo
moral que ella nos prescribe.

SEGUNDA: Pero, según yo me acuerdo,
poco ha le oí a usted
decir que eran groseros
y bárbaros porque traen
aquellos remotos riesgos
que usted nos quiso abultar;
mas ahora lo que veo

es que añade inconvenientes
segundos a los primeros.
¡Jesús, qué delicadeza
de conciencia! Ni por pienso,
si usted fuera confesor,
lo fuera mío un momento.
Vea usted qué pecadazos
pueda haber en que a lo menos
—ya que se excluya el tirar
por juguete algunos huevos—
anden mujeres y hombres
mezclados, ya sea corriendo
unos tras otros, saltando,
bailando, en fin, divirtiendo
el tiempo en tan inocente
e indiferente recreo.

MIGUEL: ¡Ah, señora, son peores
estos aun que los primeros,
porque estos tiran al alma,
aquellos solo a los cuerpos!
Y por más que canonicé
usted esos sus bureos*
con los indebidos nombres
de inocentes, serán ellos
siempre, siempre, cuando menos,
una ocasión de pecado,
y gravísimo en extremo.
Sé muy bien lo que allí pasa:
no lo he visto por mí mismo,
pero estoy muy cerciorado

* Bureo: entretenimiento, fiesta no lícita.

que cada uno de ellos
es una ginebra entera.
Señora, no nos cansemos,
las carnestolendas tienen
más almas en los infiernos
que las que usted imagina:
ojalá no fuera cierto.

FADRIQUE: Usté habla solo de oídas:
¿no es verdad?

MIGUEL: Pero es tan cierto
lo que afirmo como es
que la pólvora y el fuego
si se unen, es preciso
se verifique el incendio.

FADRIQUE: Pues para que vea usted
que yo no lo sé por cuento
como usted, sino de vista,
oiga lo que en esos juegos
que usted condena por malos
en el campo y en el pueblo
se practica, y quedará
desimpresionado presto
de las gordas paparruchas
que le han encajado. ¡Es cierto
que mienten algunos hombres
como el mayor embustero!
Si es al campo, señor mío,
van las familias, es cierto,
a jugar carnestolendas
con muchísimos sujetos
y sujetas convidadas;

pero ¿qué tenemos de eso?
Por la mañana temprano,
en despertándose, luego,
lo primero persignarse,
pidiendo con todo esfuerzo
que por aquella señal
los libre Dios del violento
combate del enemigo;
y, preparados con esto,
venga ahora la guitarra
se toca y baila; el almuerzo
—se menudean sus tragos
sin andar con cumplimientos—;
se chacotea un ratito.
¡A jugar!, pero con tiento:
uno coge cuatro yuyos
y va con ellos corriendo
y le refriega la cara
a una mujer; esta luego
corre tras él y le hace,
sobre poco más o menos,
pagar en igual moneda
lo que le estaba debiendo;
que hacen los demás lo mismo
o con yuyos o el afrecho.
Que, rendidos de esta lucha,
se sientan luego en el suelo
a jugar juegos de prendas;
y me acuerdo que entre ellos
hay uno de tanta gracia
que es un purito silencio:
ruido, ni imaginarse,

porque todo es un secreto,
hablando junto al oído
unos a otros. En comiendo,
el que no quiere dormir,
a jugar como primero;
a la noche contradanzas
hasta las doce, y *laus Deo*.
¿En cuál de estas menudencias
que distribuyen el tiempo
se encuentran los pecadazos*
que usted pondera y yo niego?

MIGUEL: Ya, si usted lo niega todo,
predicamos en desierto.

ANDREA: No lo negaré yo, no,
antes en prueba de ello
podría alegar un lance
que ha muy poquísimo tiempo
sucedió a cierta señora
que incauta llevó a esos juegos
una hija suya, y lloró
su indiscreción sin remedio.

ARNESTO: A nadie puede ocultarse
el peligro verdadero
que hay en las asambleas,
bajo el dorado pretexto
de ser entre gente honrada.
Los nobles y los plebeyos
son hechos de un mismo barro;
nadie tiene el privilegio

* Peadazos: aumentativo de pecados.

de andar por entre las llamas
sin quemarse: cuando el fuego
de nuestra concupiscencia
no fuera en sí tan violento,
la misma ocasión lo haría
encenderse en un momento.
Luego, entrarse voluntario
en la ocasión, e ileso
querer salir sin caer,
ese es un cuento de cuentos.

SEGUNDA: Señor, no andemos a dizques,*
a la experiencia me atengo.
Si fueran ciertos acaso
esos lances tan funestos,
ni los señores saldrían
al fin de ellos tan contentos
como salen, ni las damas
tan gustosas en extremo.
Ellos se vuelven a casa
a carcajadas riendo,
ellas hablando y cantando,
que es la señal del contento.
Conque, ¿dónde están entonces
las señas de lo funesto
de esas pobres diversiones?
Digamos –y eso es lo cierto–
que, en dando que ha de rabiarse
el perro, aunque sano y bueno
esté, a fuerza de palos
lo quieren quitar de en medio.

* Dizques: plural de "dicen que".

Todo lo que he dicho a ustedes
en infinitos paseos
a que he concurrido yo
antes de mi casamiento,
en tiempo de mi difunto
y en mi viudez, es cierto.

FADRIQUE: Ea, pues, mi sa Segunda
¿nos marchamos o qué hacemos?
No sacaremos partido,
no, con estos caballeros.
Ellos están en sus trece,
nosotros en doce y medio.
Conque mejor es dejarlo:
que se lleven todo el pleito
con tal que nos dejen libre
y a salvo nuestro derecho
para usar de él esta noche
en casa de don Fulgencio,
donde sé que se han juntado
muchachas como un espejo
a jugar carnestolendas,
y es lástima perder esto;
el don Fulgencio es de humor:
escrúpulos, ni por pienso.

SEGUNDA: Vamos, pues. Mi sa Andrea,
Se levantan todos.
el ratito ha estado bueno,
en no habiendo oposición
en lo que se trata, es cierto

que es una pura friolera
y en esto no hay sentimientos.

ANDREA: Los entendimientos son
naturalmente guerreros,
bien que rinden sus banderas
si hallan razón para hacerlo.
Celebraré se mejore usted.

SEGUNDA: Señor don Arnesto, adiós.
Señor don Miguel, lo mismo.

ARNESTO Y MIGUEL:
Madama, mande a su afecto.

FADRIQUE: A la obediencia, madama.
Agur, agur, caballeros.

LOS DOS: Vaya usted muy norabuena.
Vanse doña Segunda y don Fadrique

ANDREA: ¡Polonia, alumbrá presto!
Siéntanse los tres.

MIGUEL: ¡Bravo par de calaveras,
son la viuda y el cortejo!
Vaya, vaya, no creyera
tan obtuso entendimiento
en gentes cuya presencia
prometía más talento.
¡Qué malísima crianza
y porte tan truhanesco
manifiesta el don Fadrique!
A fe mía, le prometo

a usted que en toda mi vida
vi un hombre tan majadero.

ARNESTO: Es fuerte desvergonzado
el dichoso caballero.
¿No reparó usted la audacia
con que desmintió el aserto
que usted discreto le opuso?

MIGUEL: Sí, señor, pero a un jumento
de esa clase ¿quiere usted
que le hiciera cargo de eso?
Es una especie de hombres
de quien yo jamás me siento,
porque conozco que nace
su ningún comedimiento
en hablar, no de malicia,
de elación o de desprecio,
sino de ningunas luces,
de la escasez de talento,
de una educación villana,
en fin, de ser unos necios.

ANDREA: Apenas entró en la sala
ya dije para mí: cierto
que, para primer visita,
son escasos cumplimientos
los que gasta en saludar
este gentil caballero.
Pero cuando empezó a hablar
tan sin propósito, luego
conocí la veta a fondo,
y más cuando el argumento

a favor de los romanos.
Yo no oí más desconciertos
ni solemnes disparates
en mi vida. Desde luego,
si no es loco enteramente,
está en vísperas de serlo.

MIGUEL: ¿Y a nuestra doña Segunda
acaso le falta un pelo
para ser loca *in utroque*?*
¿Aquel continuo meneo,
los quiebros, las contorsiones,
y los ridículos gestos
que para hablar afectaba,
no es serlo en ambos derechos?

ARNESTO: ¿Y dónde dejan ustedes
aquel “caramba” truhanesco,
tan impropio a una señora
de mediano nacimiento,
que con tonillo insultante
nos echó? ¿No estuvo bueno?

ANDREA: Yo juzgo que su marido
poquísimo sentimiento
podría tener al dejarla,
aunque fuese por el medio
repugnante del morir.

MIGUEL: Desde luego yo lo creo,
porque un cascabel así
unido a un marido cuerdo
es una muerte civil,
y es mejor en tal extremo

morirse de un tabardillo
porque, al fin, despacha presto.
Ahora van al sarao,
y entre otros como ellos
juegan, bailan y retozan
poco menos que jumentos.
Allí habrá huevos de agua
con que batirse los sesos
acaso de un pelotazo.
No faltarán desatentos
que pasen más adelante,
y si el dicho don Fulgencio
es hombre de tomo y lomo*
—como lo dijeron ellos—
habrá tragos de mistela;
ésta subirá al cerebro
y, puestos en este estado,
¡válgame Dios de los cielos,
qué consecuencias tan graves
precisamente preveo!

ARNESTO: Las que el vil libertinaje
trae consigo este tiempo
del perverso carnaval.
¡Ay, amigo, gracias demos
al Señor, que por su amor
no ha permitido doblemos
a este ídolo fantasma
la rodilla, como vemos
que doblan generalmente
grandes, chicos y plebeyos,
temiendo el perder el juicio

* In utroque: en ambos. Se decía de aquellos que eran graduados en Derecho Civil y Canónico.

* De tomo y lomo: importante.

estos tres días enteros
por obsequio a su deidad,
ojalá no les dé el premio.

ANDREA: La gracia del caso es
que, infatuados y ciegos,
siendo ellos unos locos,
llaman locos a los cuerdos.

FIN

La industria contra la fuerza

Cristóbal de Aguilar

Sainete

P E R S O N A J E S

DON DIEGO DE ARENESES, *hombre interesado y caprichoso*

DOÑA PEPITA, *su hija*

DON FLORINDO MAZEDA, *mozo superficial y de conveniencia*

DON JOSÉ DE ARANDA,* *pretendiente de Doña Pepita, mozo de grandes prendas y talentos*

CASILDA, *criada de Doña Pepita*

JAIME Y TERESA, *padrinos de una boda*

ESCENA I

PEPA, DIEGO

DIEGO: Hija, muchos cuidados me cuestan
y quiero salir de ellos,
esta semana que entra.
Don Florindo y Don José,
uno y otro en competencia,
solicitan con instancia
tu mano. Yo bien quisiera
dejarte a ti la elección
más libre en esta materia,
pero veo que vosotras
las mujeres, luego os lleva
la atención quien más suspira.
Aquel que en vuestra presencia

En esta pieza, José Luis Trenti Rocamora modernizó la grafía y la puntuación, la dividió en cuadros y escenas, y suprimió los "Don" y "Doña" que el autor colocara antes de los nombres. Además las partes destruidas del original fueron completadas, para poder seguir la lectura sin tropiezos.

Selección dramática de Cristóbal de Aguilar, Instituto Nacional de Estudios de Teatro, Buenos Aires, 1950.

*Don José aparece indistintamente con los apellidos Aranda y Videla.

aunque con cortas palabras
dice mucho en corta arenga.
Y finalmente el que sabe
ganar la benevolencia
a costa de sumisiones,
comedimiento y protestas.
En esta suposición
ya ves, que el que mejor piensa
es aquel que sin pasión
mira las cosas de afuera,
a que se añade, ser padre.
Mis canas, mis experiencias,
parece que me autorizan
a tomar la mano en esta
acción, y así decido
que sin replicarme seas
esposa de Don Florindo;
y quédese enhorabuena
sin ti el señor Don José
de Aranda. Su parentela
ni él mismo no desmerece
este enlace, pero Pepa
él es, aunque muy buen mozo,
de muy cortísimas rentas,
y a ti y a mí lo que importa
es un hombre que sostenga
el esplendor de la casa
con toda aquella decencia
correspondiente, esto es:
su coche, buenas libreas,
gran aparato de casa,

su tertulia, mejor mesa,
en el coliseo palco,
en el paseo franqueza
y una mesita de banca
o ruisifan [sic] en que puedan
circular treinta medallas
con moderada prudencia.

PEPA: Yo estimo y estimaré
padre mío cuanto quieras,
vuestro paternal consejo.
La sumisión y obediencia
que en todos tiempos se os debe
no la ignoro, mas quisiera
que diérais gratos oídos
en la presente materia
de que tratamos, a una
hija que aunque sólo cuenta
diez y ocho años no más,
quiso el cielo poseyera
con un razonable juicio,
algún poco de prudencia
y que conoce por esto
que con sumisión atenta
bien puede haceros presente,
sin agraviar la obediencia,
cuanto con justos motivos
piensa exponeros.

DIEGO: Di, Pepa,
pero ten por entendido,
que si intentas con salemas*

*Salema es un pez muy atractivo por sus colores. Aquí se emplea en el sentido de zalamería.

eludir lo que yo mando,
lo harás de agrado o por fuerza.

PEPA: Mi padre, a cuatro palabras
se reduce mi respuesta
éstas son: tengáis presente
a favor de mi defensa,
la libertad que hoy el cielo
me concedió por que hiciera
en la actual circunstancia
perfecto uso de ella.
En esta virtud, señor,
con reverente protesta
os digo que no paséis
a violentar mi inocencia
ordenando de la mano
a Don Florindo Mazedo,
pues ésta la he reservado
para Don José Videla.

DIEGO: ¡Hola, qué decididita
está Vm. en la materia!
Pues sepa y tenga entendido,
que el señorito Videla
no es con quien se casará
Vm., y si proterba
se mantuviese en sus trece,
irá a habitar una celda
del monasterio que a mí
se me ponga en la cabeza.

PEPA: Vuelvo a repetir, señor,
pretextando mi obediencia
a todos vuestros preceptos,

que me permitáis licencia
para elegir a mi arbitrio
esposo, y pues congenia
Don José tanto conmigo,
sed servido, sea esta
la unión que enlace dos almas
que nacieron para ello.

DIEGO: Quince días doy a Vm.
de término, por que vea
que no soy ningún tirano,
pero pasados si encuentra
repulsa mi voluntad,
yo haré que Vm. me obedezca. (*Vase*).

ESCENA II

PEPA

PEPA: ¡Válgame Dios, es posible
que el amor a las riquezas,
al fausto y la vanidad,
hagan a un padre más fuerza
que la amable libertad
de una hija! ¡Oh, infeliz Pepa
tú perder a un hombre amable
lleno de mérito y prendas
personales, que te ama
y lo amas con ternera!
Tú anteponer a su amor
cuatro puñados de tierra
que posee Don Florindo
en su mayorazgo y renta.
Tú despreciar un talento,

discreción y gentileza
como la de Don José
por un fanfarrón tronera
cuyo mérito consiste
en unas pocas talegas
de pesos, que desperdicia
juzgándolo por grandeza.
No, primero moriré
de una calentura lenta
con que el pesar me consuma
en la estrechez de una celda,
que no admitiré otras bodas
sean ellas las que sean
sino aquellas que feliz
puedan hacerme en la tierra.

Entra Don Diego.

ESCENA III

PEPA, DIEGO

DIEGO: Señorita, me olvidaba
de una prevención, y es esta:
cuidado que a Don Florindo
cuando a nuestra casa venga
a visita, Vm. le ponga
una carita que en ella
dé a entender su repugnancia,
porque como soy Armenta,
que si llego a traslucirlo
probará mi saña fiera.
No por esto digo a Vm.
que de ninguna manera

se la ponga a Don José
mala, que no es bien comprenda
no es él el favorecido.
No quiero tengan arengas
con su rival, que a su tiempo
yo trazaré de manera
la cosa, que no perciba
ni sentimiento, ni queja.
Es buen mozo y no hallo ser
conveniente se proceda
a una violenta expulsión
de casa; porque esto suena
a rompimiento y no quiero
reñir con su parentela... (*Vase*).

ESCENA IV

PEPA

PEPA: ¡Ahora, sí estamos mejor,
fingir cara placentera
a quien no puedo sufrir
un minuto en mi presencia!
Si viniera Don José
antes, yo le diera cuenta
del conflicto en que me hallo.
Su entendimiento y prudencia
y el tierno amor con que me ama
pudiera en esta tormenta
ser el Iris favorable
que la bonanza trajera
a un corazón afligido.
Sí, es indispensable Pepa,
que a la mayor brevedad

todo lo que pasa sepa.

ESCENA V

PEPA, CASILDA

CASILDA: Señorita, Don Florindo para entrar pide licencia.

PEPA: Mira, decidle Casilda que estoy un poco indispuesta, que después que me mejore recibiré sus finezas, y vuelve al instante acá.

CASILDA: Voy señorita. *(Aparte)* Si fuera esta respuesta conjuro; salía el diablo fuera y dejaba a esta infeliz sosegar... *(Vase)*.

ESCENA VI

PEPA

PEPA: Contra la fuerza es imposible chocar, según muestra la experiencia. Esto es verdad, pero en caso que el ardid no prevalezca, la industria ha hecho prodigios infinitos y así Pepa este que ahora te ocurre puede ser que deje ilesa tu libertad oprimida de una tirana violencia.

Llamar pienso a Don José y después que de mí sepa que estoy expuesta a perderle y él a mí, le daré cuenta del ardid que he meditado por ver si acaso lo aprueba.

ESCENA VII

PEPA, CASILDA

CASILDA: Ya estoy de vuelta, señora.

PEPA: ¿Qué te dijo?

CASILDA: Frioleras como aquellas que acostumbra; me dijo que si es jaqueca que os pusiérais unos parches de hollín de la chimenea y que...

PEPA: No me digas más. Parte a toda diligencia y di a Don José Aranda, que importa que a verme venga al instante, y si lo hallas vuélvete con ligereza a tu cuarto y en él haz centinela hasta que venga, para que me avises luego.

CASILDA: ¿Y si mi amo me encuentra al salir o entrar, qué digo?

PEPA: Dile que vas a la tienda
a buscar un poco de hilo
para urdir...* (*Vase*).

ESCENA VIII

CASILDA

CASILDA: Quien tal creyera
que con la misma verdad
se engañe de esta manera.
Es cierto que ella va a urdir
porque al llegar a la puerta
le oí decir que la industria
se hizo contra la fuerza,
y que tenía un ardid
prevenido contra ella.
¿Cuál será? ¿Pero el diablo
acaso ventajas lleva
en armar una tramoya
a una mujer si lo intenta?
Pero me voy correndito
antes que mi señora venga. (*Vase*).

ESCENA IX

PEPA

PEPA: Los minutos se hacen horas
aquella que amando espera
el objeto que idolatra.
No atrae con más vehemencia
el imán así al acero

que la que mi pecho encuentra
en el corazón de aquel
joven, que igualmente prueba
la atracción que fino el mío
hace del suyo. ¡Oh, quiera
el cielo sernos propicio;
qué felicidad la nuestra!
Pero suframos, amor,
que alguna esperanza queda
en el meditado arbitrio;
valor y a la diligencia.

Llega Casilda.

ESCENA X

PEPA, CASILDA

CASILDA: Pues que soy ciega,
en la mitad del camino
le encontré, le dije que era
importante una visita
con prontitud y cautela.
Él me quiso detener
a saber de mí qué era
lo que con tal precisión
solicitas su presencia.
Yo nada le contesté,
sino sólo que viniera
conmigo y en la antesala
a besar tu mano espera.

PEPA: Dile que entre, Casilda.

*Urdir: preparar los hilos para pasarlos al telar.

ESCENA XI

PEPA, JOSÉ

JOSÉ: *(Detenido en el umbral de la puerta dice:)*

Señora, ya está en la puerta
esperando tus preceptos
el que de vuestra belleza
vive esclavo.

PEPA: Dueño mío
entrad. ¿Qué reserva es ésta
cuando sabes tienes franca
en mi corazón la puerta?
Tomad asiento y oíd
—si es que el sentimiento os deja
libre de oído— el puñal
que el corazón me atraviesa.
Mi padre, ¡ah cruel codicia!,
mi padre obstinado intenta
con plazo de pocos días,
que a Don Florindo Mazedo
dé la mano, que es lo mismo
que si la muerte me diera;
porque habiendo os entregado
mis sentidos y potencias
a vos, como a dueño mío,
es preciso falleciera
si por una tiranía
en la precisión me viera
de abandonar vuestro amor.
Pero no creáis que esta
resolución fuera hija
de haber cedido a la fuerza,

que eso en mí es tan imposible
como si ahora cayera
un astro del firmamento.
No, dueño mío, no es ésa
la razón que a separarnos
llegaría, sino ésta:
Que siguiendo su intención
me ha me ha propuesto este dilema
mi padre: o darle la mano
a Don Florindo, o una celda
perpetua en reclusión.
Ya veis que de esta manera
no seré de Don Florindo
mas tampoco seré vuestra.
En tal caso decidme
¿qué otro recurso nos queda
para no ser desdichados?
Mi imaginación no encuentra
sino uno solo y costoso.

JOSÉ: Mi siempre estimada Pepa,
el corazón me ha partido
tu noticia. Mi alma dejás
llena de mil sobresaltos,
temores, ansias y penas.
Yo desfallezco, yo muero
ahora mismo a tu presencia,
¡ay adorada Pepita,
ahora sé por experiencia
que el afecto con que te amo
es consecuente con la pena
que experimento al oiros!

¡Yo perderos, dulce Pepa!
¡Yo veros en otros brazos!
Antes la parca severa
con su cortante guadaña
siegue mi vida, que vea
a mi idolatrado hechizo
con otro dueño. Qué esperas
¡oh, muerte!, da a un infeliz
el golpe fatal y sea
testigo del sacrificio
mi siempre adorada prenda.
(Hace como que desfallece).
Pero yo... yo... si ya... o dolor
el pecho apenas alienta,
adiós mi dulce embeleso
que la lengua titubea,
el corazón desfallece,
mi sangre es hielo en las venas
y en breve verás cadáver
mi desgraciada existencia.

Cae abatido a los pies de Doña Pepita, que levantándose al instante por un poco de agua, le echa al rostro y le dice:

PEPA: *(Con turbación)*
Oye, señor, dueño mío
no estoy en mí, si volviera
del letargo le diría,
pero parece que en fuerza
del baño abre los ojos,
cielos, mitigad mi pena
y estas lágrimas que siento
sobre su rostro haced sean

tan eficaces que sirvan
de mitigarle la pena
que dio causa a su deliquio.*
(Con admiración y alegría)
¡Gracias al cielo, ya alienta,
ya mira! ¡Oh, dueño amable!

Dando un suspiro dice Don José a Doña Pepa

JOSÉ: ¡Ay, mi amadísima Pepa!

PEPA: Serénate, ten de mí
compasión, que en esta escena
si no he perdido la vida
próxima he estado a perderla
porque siendo yo tan tuya,
¿cómo es posible que viera
expirar a quien amaba
sin que también falleciera?
¿Cómo os sentís?

JOSÉ: Vuestra vista
oh, señora, es la que alienta
mi abatido corazón.

PEPA: Y al mío esperanza la vuestra.

JOSÉ: Pero decidme señora
—si es que esta especie no sea
resulta de mi deliquio—
¿no me dijiste que encuentras
un solo arbitrio que alcance
a entorpecer la violencia
de vuestro padre o me engaño?

*Deliquio: desfallecimiento.

Dilo, por si valer pueda
que el náufrago navegante
que perece en la tormenta
si por acaso columbra
o ve alguna tabla suelta
en aprieto semejante
echa la mano de ella;
y a ocasión ha valido
a infelices de que fueran
libres del triste naufragio
y a salvamento salieran.

PEPA: No fue ilusión, es verdad
me interrumpió la sorpresa
del desmayo que os tomó
pero ya libre de ella
os lo propondré por si
vos dueño mío lo apruebas.
Algunos hombres que aman
extremosamente piensan
que en todo tiempo amarán
al objeto que los prenda;
y se engañan porque luego
que éste falte la belleza,
el mismo objeto les es
repugnante y a ver llegan
quien de un extremo a otro extremo
pase con inconsecuencia.
Bien sé, que esto no es amar,
pero vamos a la treta.
Fundada en estos principios
se me ha puesto en la cabeza

que si me desfigurase
con alguna estratagema,
de suerte que monstruosa
a los ojos pareciera
de Don Florindo, al instante
haría en él la tibieza
el principio de la acción
y daría fin a ella
por el aborrecimiento,
desprecio, indiferencia.
Libre ya de un pretendiente
tan contrario a mis ideas
el paso que seguiría
sería por consecuencia
que cediendo Don Florindo
de su pretensión, por fuerza
cesaba la de mi padre
a que la mano le diera.
Y vednos aquí ya libres
de la furiosa tormenta
que a los dos nos amenaza.
Mi padre aprecia tus prendas
y si no os concedió el fiat
de mi mano, no es por tema*
sino porque en parangón
de las ingentes riquezas
de Don Florindo, no valen
cosa ninguna, ni pesan
según su pasión al oro
tu entendimiento y tus prendas.

*Oposición caprichosa.

Con que viendo ya vacante
mi mano y que conservas
voluntad invariable
hacia mí, es cosa hecha
que por su parte no habrá
embarazo que entorpezca
nuestras deseadas bodas.

JOSÉ: Pero mi estimada Pepa,
¿y si acaso sale errado
tu supuesto?

PEPA: Nada temas
que una mujer industriosa
si es un poquito resuelta
sabe con sagacidad
eludir la mayor fuerza.

JOSÉ: Bien, ¡pero desfigurarte!
No véis mi adorada Pepa
que es exponerse a ser tú
homicida de ti misma.
Yo no podré permitirlos
que con tan costosa prueba
hayas de darme tu mano.
No Pepa mía, no Pepa.

PEPA: ¡Sosiégate, que mi ardid
aunque disforme aparezca
no me hará perder un pelo,
el menor de mi cabeza!

JOSÉ: ¿Pues qué pretendes hacer?

PEPA: Escucha la estratagema:
Primeramente a Casilda

es menester darle cuenta
de toda la maniobra
porque ayude a sostenerla.
Es una muchacha de sigilo
y no importa que lo sepa
al caso. Yo he de fingir
que entré al baño por la siesta,
supuesto lo tomo en casa,
que al salir de él una fiera
parálisis me baldó
un brazo y entrambas piernas
que me ensordeció de modo
que ni con una trompeta
puedo oír cosa ninguna,
que es necesario muletas
para que pueda tenerme
en pie, después que aparezca
convaleciente y que al fin
en virtud de mi sordera
fingida, cuando me hablen
daré siempre unas respuestas
ridículas semejante
a una sorda verdadera.
Tú, dueño mío verás
sin que verdad ello sea,
hablar dos mil disparates
a la que amas de veras.
Los demás lo sentirán;
mas qué importa, si con esta
tramoya se logra el fin
a lograr nuestras ideas

religiosas, que terminan
en que yo tu esposa sea
y tú mi esposo adorado.

JOSÉ: Siendo de esta manera
el ardid, convengo en ello,
porque sin que tú padezcas
cosa alguna, se dispone
la más extraña comedia
que pudo idear Cervantes,
y creeré dulce Pepa
que el vaticinio que has hecho
tenga efectiva certeza.

PEPA: Pues déjame maniobrar
bajo ya de la supuesta
licencia que me permites
para ahora mismo emprenderla.
Mas te encargo dueño mío
que continúe tu asistencia
en casa, como hasta aquí.

JOSÉ: Eso me encargas, quisiera
no separarme un instante
adorada dulce prenda
de tus ojos, porque en ellos
mi vida cifrada queda.
Quédate, adiós... (*Vase*).

ESCENA XII

PEPA

PEPA: Por dónde
empezaré esta comedia

de figurón, su tramoya.
Vaya, el primer papel sea
Casilda. Voy a llamarla
e instruirla de la arenga.
(*Llama a Casilda*).
¡Casilda! Ésta está sorda.
¡Casilda! Parece trueca
por el suyo mi papel.
¡Casilda!...

ESCENA XIII

PEPA, CASILDA

Sale Casilda.

CASILDA: Vengo de afuera.

PEPA: ¿De dónde? ¿Quién te mandó?

CASILDA: Mi amo, a que le dijera
al notario que el despacho
de los contratos es fuerza
se abrevie, porque ya urge
el matrimonio que intenta
contraiga Vm. esta semana
con Don Florindo Mazedá.

PEPA: Está bien, ¿y qué os parece
el novio?

CASILDA: A mí, señora
si me permitís licencia
os diré claritamente
que me parece un tormento,
quizá para Vm. será

alguna cosa estupenda,
porque lo entiende mejor,
mas para mí aunque sea
yo la más tonta del mundo,
no daré por su fachenda*
un caracol y me alargo.
En fin, ¿quiere Vm. que vuelva
a traerle el chocolate?

PEPA: No, Casilda, óyeme atenta.
Bien sabéis cuánto te estimo
y la confianza entera
que hice de ti en todo tiempo;
bajo este pie, yo quisiera
que en el conflicto en que estoy
fueras tú la medianera
que me ayudase a salir
de él...

CASILDA: Sea, señora, el que sea,
contad siempre con Casilda,
que por serviros dispuesta
estoy a cuanto ordenares
aunque sea entrar en guerra
campal con los doce pares
de Francia a lanza y rodela.

PEPA: En virtud de cuanto estima
mi amistad tu fina oferta
(*Le da un anillo*)
toma este bello diamante
y en él la más clara prueba

*Fachenda: jactancia.

de cuanto os amo y sabed
que mayor premio os espera
si fielmente me ayudaras
a salir con esta empresa.
Yo aborrezco a Don Florindo,
mi padre obstinado intenta
casarme con él; me ha dicho
que si me niego indiscreta,
me ha de encerrar de por vida
en la estrechez de una celda.
Al contrario, a Don José
lo amo con tal terneza
que primero moriré
que infiel sea a la promesa
que hice de darle mi mano;
mi situación es ésta.
Yo, buscando algún arbitrio
para evadirme de esta
opresión, he discurrido
fingir con toda viveza
que al salir ayer del baño
una perlesía* fiera
me baldó manos y pies,
que me insultó una sordera
tan total que nada oigo
y que sólo con muletas
podré ayudada de ti
dar tal, cual paso...

CASILDA: ¿Y qué intentas
hacer con tanto aparato?

*Perlesía: debilidad muscular acompañada de temblor.

PEPA: Toma, que Don Florindo me vea de esta suerte y que al mirarme manca, coja y con muletas y más sorda que una tapia, desista de tal prebenda y dejando el campo libre cesen ya todas mis penas.

CASILDA: ¿Y qué dirá vuestro padre?

PEPA: Se conformará por fuerza con el tiempo y como sabe que Don José tiene puesta su voluntad en mi persona, apelará con cautela a complacerle, accediendo a las bodas que por ahora niega. Yo estoy de acuerdo con él, y en tal caso bien de prisa admitirá el desposorio antes que el tiempo se pierda. Se efectuará y después que ya remedio no tenga lo hecho de forma alguna, conocerán que la fuerza se vence con el discurso, con el ardid y la treta. Moveré manos y pies, arrojaré las muletas y oíré la voz más delgada aunque sea a media lengua.

CASILDA: Bien dicen que las mujeres cuando dan en un tema,

por imposibles que encuentren los rompen con la cabeza.

PEPA: Ahora bien, Casilda mía, mano a la obra y ten cuenta que tú has de ser la informanta de todos cuantos vengan a saber lo sucedido, porque yo no tengo lengua hasta que cante victoria saliendo con esta empresa. Yo esperaré recostada en esta silla y tú mientras pasa al cuarto de mi padre y dale menuda cuenta de todo lo acaecido. No olvides fingir sorpresa, espanto, lágrimas, gritos y toda aquella salema con que sabe alucinar nuestro sexo cuando intenta hacer que alguna mentira por una verdad se tenga. Parte, pues, no pierdas tiempo.

CASILDA: Va a empezar la comedia, algún día había de hacer papel mi persona en ésta que se va a representar.

PEPA: Ciérrame al salir la puerta.

CASILDA: Está bien... (*Vase*).

ESCENA XIV

PEPA

Doña Pepa se sienta en una silla.

PEPA: Haré un ensayo
a ver qué tal representa
Pepita la perlesía.
(Mueve trémula la cabeza, dejando caer los brazos sin movimiento).
Alguna cosilla cuesta,
como es el primer ensayo
puede no salir completa
la ficción, más repetida
ni la mejorcita enferma
de perlesía ha de hacer
tantos mohines y gambetas
como yo, pero mi padre
no tardará...

Entran atropelladamente Don Diego y Casilda.

ESCENA XV

PEPA, CASILDA, DIEGO

DIEGO: ¡Hija, Pepa!
¡Ah, hija de mis entrañas!
¿Qué desgracia ha sido ésta
que me ha contado Casilda?

CASILDA: No esperes de ella respuesta
porque ese aire maligno
después de baldarle las piernas,
brazos y pescuezo,

le cerró entrambas orejas
de suerte que no oye nada.

DIEGO: Parte luego, haz diligencias
de un doctor, el que primero
encuentres, no te detengas.

CASILDA: Mientras tanto quede Vm.
en este cuarto con ella
pero no le hable palabra
que es en vano.

DIEGO: Marcha a priesa.

CASILDA: Como un trueno. *(Vase).*

ESCENA XVI

PEPA, DIEGO

Paseándose, dice Don Diego.

DIEGO: ¡Válgame Dios qué tragedia
tan terrible y en qué caso
y circunstancia! Siquiera
esta fatal perlesía
nos hubiera dado tregua
de efectuarse las bodas,
al fin, lo de menos fuera
la maldita parálisis,
pues Don Florindo sufriera
de buena o mala gana
este accidente, y la Pepa
dotada ya por su padre
aunque baldada, era dueña

de un saneado caudal.
Pero ahora cuando vea
una mujer hecha un tronco
y que sólo con muletas
podrá dar algunos pasos,
sorda y de por vida enferma,
decidirá, ya se ve,
los conciertos.* Ya no queda
recurso para apremiar
a Don Florindo; aquí es ella.
Yo he desdeñado imprudente
a un mozo de tantas prendas
como a Don José de Aranda,
por pillarle las talegas
a Don Florindo y ahora
sin que remediarlo pueda
perdí rosín y manzanas.
¡Oh, si prevenirse pudieran
los futuros contingentes,
cómo de otra manera
procediéramos los hombres!
Al fin paciencia y con ella
veremos a Don José
que aunque no ignoro que es fuerza
de razón el mucho amor
que siempre tuvo a la Pepa,
puede ser que le haga entrar
en el partido. La puerta
oigo sonar. La Casilda
es sin duda...

* Conciertos: convenidos.

ESCENA XVII

Dichos, CASILDA

CASILDA: A la carrera
partí y a medio camino
encontré al Doctor Vrisuela;
le impuse del accidente
con la mayor prudencia
del origen, los progresos,
síntomas y demás señales
de la enfermedad y me dijo
que era inútil la asistencia
de ningún facultativo
para un mal que desespera
a todos cuantos doctores
tiene la universidad entera;
y se burla de purgantes, píldoras,
aguas, recetas y de cuanto
en sí toda la farmacopea;
y al despedirme me dijo:
que si le hacían a la enferma
el menor medicamento,
al punto el hoyo le abrieran.
Con que según este fallo
mejor será señor verla
hecha un tronco que no darla
cosa con que luego muera.

DIEGO: Yo me conformo Casilda
respecto la diligencia
que vienes de practicar,
con que sólo se le atiende
a su persona y alivio,

lo demás tenga paciencia
y tengámosla nosotros,
pues el cielo así lo ordena,
pregúntale tú Casilda
cómo se siente, que apenas
tengo valor de mirarla.

Casilda le grita al oído.

CASILDA: Señorita, óigame atenta.
¿Cómo se siente de males?
¿Me conoce? Si está lela.

Doña Pepa meneaba la cabeza así a todas partes como fatua. A gritos:

Tenga mucha confianza
en una santa que apenas
hay quien no sea su devoto,
por lo que se experimenta
de prodigios concedidos
a los que a ella se encomiendan.
Diga con el corazón
sino puede con la lengua
¡Santa Freta [sic] de mi vida
líbrame de esta tragedia!

PEPA: ¡Qué sé yo del molinillo!

CASILDA: ¡Válgame Dios, qué sordera!
(Gritando)
¿No quiere tomar un caldo,
señorita?...

PEPA: En la alacena
me parece que lo vi.

CASILDA: ¿Quiere que le ponga vela
a esa Santa que le dije?

PEPA: Unas tres o cuatro presas
no más, pero sin ají.

DIEGO: No vi jamás tal sordera,
enteramente ha perdido
el oído. Si quisiera...
pero yo le propondré
a ver si a mí me contesta.
¿Pepa no quieres tomar
sopa en vino con pimienta,
que es contra la mala hora?

PEPA: ¿Que me pelen la cabeza?
Ni pensarlo, si este mal es
en los brazos y piernas.

DIEGO: No digo esto, sino
que antes de comer las presas
tomes una sopa en vino.

PEPA: ¿Don Rufino? ¿El hijo de Doña Elena?
¿Y qué quiere?

DIEGO: Esto es en vano, Casilda.

Se acerca a Casilda y le dice al oído.

CASILDA: Dice que aunque sea a fuerza
procure tomar en vino
cuatro adarmes de pimienta
oriental...

PEPA: ¡Qué desatino!
¿Pañal y estando yo enferma
de puro frío? Es matarme.

DIEGO: Es perdida diligencia
el hablarle, a nadie oye.
Dale Casilda las presas
de gallina que pidió.

Tocan la puerta.

Pero antes mira la puerta
que están tocando.

CASILDA: Allá voy... *(Vase).*

ESCENA XVIII

PEPA, DIEGO

DIEGO: Es menester darle cuenta
a Don Florindo del caso,
¿pero qué dirá? ¿Qué fuera?
Pero no, mejor será...

Sale Casilda.

ESCENA XIX

Dichos, CASILDA

CASILDA: Ya sube por la escalera
Don Florindo a ver a Vm.

DIEGO: Dile que pase a esta pieza
en que estoy y que dispense.

CASILDA: *(Aparte)*
Estamos según mis cuentas
en la segunda jornada
de esta graciosa comedia. *(Vase).*

Entra otra vez con Don Florindo

ESCENA XX

Dichos, FLORINDO

FLORINDO: Le vôtre servant monsieur.

*Don Diego se levanta con muchos cumplimientos y le arrima
una silla cerca de la de la enferma.*

Servitor Madamucela,
ayer pasé a ver a Vm.
y me dijo la Pucela
que aún estaba recogida.

*Doña Pepa le hace contencias con la cabeza y sigue de la
misma suerte mientras está Don Florindo.*

DIEGO: Sí, señor, y después de esa
visita se entró en el baño
con robustez, sana y buena
y al salir de él, un mal aire
que llaman gota serena,
la insultó dejándola
sin uso en brazos ni piernas,

*Mientras Don Diego le está haciendo esta relación a Don
Florindo, estará éste con admiración mirando a Doña Pepa de
pies a cabeza.*

y tan falta del oído
que a ninguno nos contesta.
Se le consultó al momento
al Licenciado Vrisuela,
que es uno de los mejores
profesores y se cierra
en que toda medicina
le es muy nociva a la enferma

por la complicancia que traen
con la tal gota serena,
la multitud de accidentes
que le son por consecuencia
sociables. Yo no he podido
pasar allá...

FLORINDO: ¡Qué simpleza!,
cuando en estas circunstancias
es precisa su asistencia
a Madama...

(Hablando a Pepita)

¿Con qué, y pues
vea el diablo cómo enreda
las cosas, y yo venía
a consultarla qué piezas
de cintas se necesitan
para la cucarda nueva
que se ha inventado en París.
¿No la ha visto Vm. mi Pepa?

PEPA: ¿La jaqueca? No señor
si es otra, arrastro las piernas
tengo los brazos baldados
y apenas con las muletas
apoyándome en Casilda
podré dar un par de vueltas.

FLORINDO: No ha entendido una palabra.

DIEGO: Casilda, en la misma oreja
grítale que Don Florindo
trata de una escarapela
que se ha inventado en París

y quiere saber de ella
según él le dé el diseño,
¿si bastarán nueve piezas
de cinta negra de hule
o serán menester treinta?

CASILDA: ¿Y si yo me desgañito?
pues ya me faltan las fuerzas
para gritar, que no soy
clarinete ni trompeta
para estar siempre en un tono
de contrapunto. Está buena
la conveniencia del día.
Contemple Vm. la prebenda
que me ha causado. ¡Ay, es nada
yo era ayer sólo llavera
y por mis grandes pecados
he ascendido a trompetera!
(Le habla fuertemente en el oído).
Allá voy, lo que le dijo
Don Florindo, es acerca
de un moño para el sombrero
de estos a modo de cresta.

PEPA: ¿A la siesta? Sí, señor,
esa misma hora era
cuando yo salí del baño.

CASILDA: Lo ve Vm. para que crea
que pues a mí no me oye
no oír a un cañón de a cuarenta.

FLORINDO: En efecto, desconfío
que ya en su vida oír pueda.

En fin, abrirá los ojos
y sale la misma cuenta.

DIEGO: Amigo, estas cosas son
para nuestra inteligencia
una pura obscuridad,
pero pues el cielo ordena
este golpe para entrambos,
los dos tengamos paciencia.

FLORINDO: ¿Paciencia? Los capuchinos
que la tengan en enhorabuena.

DIEGO: Pero Vm. y yo tenemos
que conformarnos por fuerza
o de grado, según fuere
nuestra virtud.

FLORINDO: Vm. entienda
que si lo dice por mí
no se aflija, Doña Pepa
es muchacha y con el tiempo
puede mudar de sistema
la perlesía y entonces
se casará enhorabuena.
Porque por ahora, amigo,
está hecha una muñeca
de movimiento. Tratamos
es verdad de que ella fuera
mi costilla, en atención
a que no había sordera,
temblor de pies, ni de manos,
que no andaba con muletas,
y en fin, que era una mujer

sana, robusta y completa
como las demás mujeres
a quien no da pataleta.
Nada de eso hay al presente,
con que en esta inteligencia
clarito, sin fruncimientos,
mentiras ni estratagema,
que muy buena prole haga
al que enamorarse quiera
de ella, que yo por mi parte
le cedo la preferencia.

DIEGO: Es verdad; pero el amor
anterior, ¿no le hace fuerza
a un hombre que la amó tierno?

FLORINDO: El amor tenga paciencia
que el querer no se inventó
sino para cosas buenas.
A Doña Pepa la quise
por su garabato y prendas,
si éstas ya se le acabaron,
es preciso que con ellas
se haya acabado mi amor
y le eche un réquiem eternam.
¿Qué hay de particular
en que yo ya no la quiera?
El amor se va y se viene
a manera de veleta,
si a las cuatro apunta al norte
a las cinco da la vuelta
y se encara para el sur
tan fija como antes era;

esto no debe extrañarle
es preciso que así sea,
porque como tiene alas
a dos por tres ya se vuela.
Yo no hablo de memoria,
varias historias nos cuentan
que por quita allá esas pajas
los que antes amantes eran
—como no es esclavitud
esto de amar a las hembras
por tiempo determinado—
sacaron el cuerpo afuera.
Y mire Vm. es conveniente
esta mudanza, pues fuera
un Diocleciano martirio
querer una cosa misma
hoy, mañana y pasado.
No, señor, ropita nueva,
que lo demás es estar
como forzado en galeras.
Ya Vm. ve que yo me fundo
y no hablo de paporreta*
sino con citas de historias
muy recientes y modernas.

PEPA: ¿Casilda hablan de sangrarme?

CASILDA: *(Al oído)*

No, señora, es de veletas.

PEPA: ¿Por cima de las calcetas?

* Paporreta: paparrucha.

No quiero, mas que lo mande
Hipócrates o Avicena.

FLORINDO: Ya escampa y llueven pepinos.
Amigo Don Diego, fuera
estoy de lo contratado,
quédese Vm. con su Pepa
que yo me iré muy contento
a ver si mi suerte encuentra
una Teodora, Juliana,
Mónica, Rita o Lorenza,
que no sea de adición,
con las orejas abiertas,
de piernas y brazos sana,
que no es fuerza sea Pepa.
Abur, Don Diego y mandar
Pepitona a la obediencia. *(Vase)*.

ESCENA XXI

PEPA, CASILDA, DIEGO

DIEGO: ¡Oh, qué tarde he conocido
a este estafermo* tronera!**
Porque aunque tiene razón
de excusarse, bien pudiera
con discreción y modales
políticos dar espera
a su repulsa hasta que
tranquilizado me viera.
En fin, vamos al remedio

* Estafermo: monigote.

** Tronera: persona desbaratada.

salga pato o gallareta,
iré a ver a Don José
y le ofreceré a la Pepa
en matrimonio, él la quiso
en todo tiempo y pudiera
si su amor fue verdadero
admitirla aunque la vea
tan enferma y mal parada.
Él ignora la tragedia
que ha sucedido, porque
hace tres días que no llega
a casa; cuando la mire
y llegue a saberla lela
y asimlada que la [ha] puesto
la perlesía, ya es fuerza
que no le haga cara buena
a una propuesta que lleva
todo el desprecio en sí misma,
y mucho más si supiera
que el dichoso Don Florindo
por mueble inútil la deja.
En fin, la ventura ha sido
hija de la diligencia
en todo tiempo, allá voy
a buscarle, pues la Pepa
si pierde esta coyuntura
se quedó siempre soltera.
Casilda, sólo te encargo
no te apartes de la Pepa,
que no tardaré yo mucho. (*Vase*).

ESCENA XXII

PEPA, CASILDA

CASILDA: ¿Separarme yo de ella?
Ni un minuto. Señorita,
¿qué le parece la fiesta?
Levántese y pegue saltos
que ya está nuestra comedia
en punto de caramelo.

Se levanta y hace cabriolas y dice:

PEPA: Casilda casi revienta
mi corazón de alegría,
te he de cumplir la promesa
que te hice, luego al punto
que se corra a esta comedia
el telón.

CASILDA: Aunque Vm. pierda
de contento y regocijo
las dos últimas potencias
del alma, por Dios señora,
déjeme a mí la primera.

PEPA: No, no me he de olvidar Casilda,
ya verás cuando yo sea
señora de mis acciones
cómo premio tus finezas.
Pero logremos el rato
que intermedia la comedia
en celebrar los pasajes
que han intervenido en ella.
¿Has visto igual mentecato
que el tal Don Florindo?

CASILDA: Lleva
tan creído el embolismo*
que si verdadero fuera
no le hubiera persuadido
mejor.

PEPA: Para un calavera
como él, menos bastaba.
¿Pero has visto en mis respuestas
desatinos semejantes?
Yo me mordía la lengua
por reprimirme la risa,
y tú con esa trompeta
de tu voz me la aumentaba,
tu disimulo y fachenda
era otro nuevo motivo
de no poder contenerla,
solamente mitigaba
esta pasión la presencia
tristísima de mi padre.
El abatimiento lleva
en su frente taciturna.
Ah, pobre padre, tu Pepa
no ha dirigido esta trama
a darte la menor pena.
Si ella la urdió fue forzada
de la opresión y la fuerza,
pero presto querrá el cielo
que al verme robusta y buena
y casada con un hombre

* Embolismo: embuste.

de partidas tan selectas
como Don José, suceda
a la aflicción y el dolor,
la alegría más completa.

CASILDA: Buen ánimo, señorita,
que ya estamos a la puerta
o borde del tercer acto...

Tocan la puerta.

Chitón, que tocan la puerta
cada muchuelo a su olivo
síntese que mi amo llega.
(*Se va corriendo a abrir la puerta y vuelve.*)

Es, señorita, Don José
que llega con impaciencia
a saber de Vm. el efecto
que produjo nuestra arenga.

PEPA: ¿Qué esperas? Vuelve corriendo
hasta que suba con presteza.
(*Sale y vuelve a entrar con Don José.*)

ESCENA XXIII

Dichos, JOSÉ

JOSÉ: Mi hechizo, mi bien, mi alma,
¿soy de vida o ya la fuerza
de mis desventuras quieren
darme una muerte violenta?

PEPA: Vuelve en ti dueño querido,
tomad asiento, que es nuestra
la victoria.

JOSÉ: ¿Qué me dices?

PEPA: Salió la tramoya puesta
en solfa tan a lo vivo
que Don Florindo nos deja
a los dos el campo a salvo.
Produjo dos mil inepcias
en mi desprecio, mi padre
le arguyó con entereza
aunque con modo suave,
pero nada le hizo fuerza.
Se fue con una tronada,
sin despedirse siquiera
con alguna cortesía
propio de un hombre que deja
afligida a una familia.
Mi padre viendo su terca
tenacidad en reprochar
mi mano, se marchó fuera
en tu busca a proponerte
lo mismo que tú deseas;
muy desengañado ya
de que es un loco de veras
el que antes apreciaba
por un hombre de vergüenza,
probidad y distinción.
Ved si la victoria es nuestra.

JOSÉ: Ya respiro, Pepa mía,
ya el corazón bambalea
de regocijo en el pecho.
El Iris de esta tormenta

ha sido tu discreción
en la fina estratagema
que a la violencia opusiste
haciendo fuerza a la fuerza.
¿Cómo podré yo pagarte
cuánto tu amor se desvela
en facilitar al mío
que tu corazón posea?
En fin, mi amada, no tengo
alhaja que daros pueda
de mi mayor estimación
que mi pecho en que tú reinas
con el absoluto imperio
de sentidos y potencias.

CASILDA: La tramoya ha sido suya,
los meneos de cabeza,
las convulsiones, los mohines
y las graciosas respuestas.
Pero elógieme también
a mí que fui trompetera
en los dos primeros actos
de nuestra tragicomedia,
y casi desgarré sangre
con los gritos que a la oreja
llamé la atención del patio.

PEPA: Quién duda que a ti se deba
la mitad de este artificio
en que sola yo no fuera
posible salir con él,
por más esfuerzos que hiciera.

¡Tú has levantado los fuelles
de este órgano y las teclas
quedaron a mi cuidado!
Con que de esta manera
en el órgano de amor...
tu has sido mi compañera.

JOSÉ: Este reloj premiará
su sigilo y su fineza.

Dale un reloj a Casilda. Casilda, viendo el reloj.

CASILDA: Amén, a las nueve en punto
según veo por la muestra,
voy a dar a mi señorita
la última pataleta,
porque mi amo no tarda.

Tocan la puerta.

Miren si me erré en la cuenta
a su puesto cada uno
que voy a abrirle la puerta. *(Vase).*

ESCENA XXIV

PEPA, JOSÉ

Se sienta Doña Pepita, aparentando su accidente y habla.

PEPA: Dueño mío disimula.

JOSÉ: Señora tened paciencia
por unos pocos instantes,
que ésta es la última escena.

ESCENA XXV

Dichos, CASILDA, DIEGO

Entran Don Diego y Casilda, y Don José se levanta a cumplimentarlo.

DIEGO: Vengo amigo de su casa
de Vm., y vi en la puerta
al criado que me dijo
que muy poca delantera
que hubiera llevado yo
le hubiera encontrado en ella.
En fin, le dejé un recado
encargándole dijera
a Vm. que lo había buscado.

JOSÉ: Sí, señor, entré en la iglesia
luego que salí de casa
y de ella pasé a ésta;
donde hallé la novedad
de la pesadumbre horrenda
con que está Vm. por el mal
de su hija Doña Pepa.
Yo lo siento cuanto puede
sentir quien la ama de veras,
y si estas circunstancias
mi inutilidad contempla
Vm. que puede servir
de algo, mande con certeza
que ejecutaré en su alivio
cuanto alcanzaren mis fuerzas.

DIEGO: ¡Ay, amigo!, mucho puede
una amistad verdadera

en los críticos instantes
en que el infortunio cerca
mi afligido corazón,
y a esta casa toda entera.
Y pues os hallo propicio
voy a hablaros con franqueza:
en peores circunstancias
no pudo venirnos esta
perlesía de Pepita.
Ella ya Vm. le ve, como muerta,
se ha baldado entrambos brazos,
se ha amortecido las piernas,
y por remate de males
le ha cogido una sordera
tan extraña que no atina
a dar completa respuesta
a nada. Yo precisado
a pasar luego a Sigüenza
en prosecución de un
mayorazgo que me heredan.
Dejar a mi hija sola
mayormente estando enferma
es tiranía inhumana,
omitir la diligencia
de mi viaje es perder
el mayorazgo y su renta.
En esta complicación
de males mi ingenio encuentra
un arbitrio solamente
que es el casar a la Pepa.
El con quién es el asunto

en tal conflicto, quisiera
consultar un sano consejo
como el de Vm. que me abriera
el camino enmarañado
que mi discurso no acierta
a encontrar, y le protesto
que aquella ingenuamente
persona que me proponga
queda desde hoy electa
por mi parte, si conviene
en darle la mano ella.

JOSÉ: Si Vm. no lo solicita
hombre de gran conveniencia,
ya me está ocurriendo uno
que pudiera entrar en esta
negociación.

DIEGO: ¿Y quién es?

JOSÉ: Es un Don José Videla,
amigo de Vm. y amante
tiempo ha de Doña Pepa.

DIEGO: Amigo, con alma y vida
quede aceptada su oferta,
y en señal de gratitud
por la nobleza que encierra
en sí la acción, sean mis brazos
le paga de esta fineza.

Se abrazan mutuamente.

PEPA: Casilda, ¿a dónde va don José
se despide? ¿Va a otra tierra?

CASILDA: No, señora, no se va
sino que acá se nos queda.

PEPA: A la casa de moneda
de Potosí, y tan lejos.

DIEGO: Ya Vm. ve la pobre Pepa
al estado que ha venido,
nada oculto a Vm. ella lleva
consigo una perlesía,
una incurable sordera,
y unas manos sin acción;
pero lleva en su cabeza
honor, probidad, cordura,
madurez, juicio y prudencia.
Éste es el presente estado
de mi infeliz hija, vea
Vm. bien si así la quiere
y se contenta con ella.
Soy ingenuo, amigo mío,
y a sujeto de sus prendas
venderle gato por liebre
más que favor fuera ofensa.

JOSÉ: Señor Don Diego, repito
una y mil veces la oferta,
¡la quiero con el alma y vida!
Coja, sorda, manca y renga,
más que a cuantas sin lección
encierra la Europa entera.
Pero parece preciso
el consentimiento de ella,
pues la amable libertad
debe quedar siempre exenta

de la ajena voluntad
si es que las dos no se acuerdan.

DIEGO: Sí, amigo, ya estoy en ello.
Casilda, dile a la oreja
que si quiere a Don José
por su esposo, que él la acepta
si su voluntad recibe
con agrado esta propuesta.

CASILDA: No extrañaré que ahora oiga
porque a una tapia si fuera
posible y le preguntaran
¿queréis casarte? dijera:
sí señor, cincuenta veces.
Yo hablo con experiencia
ahora lo verán: ¡señorita!
(Gritándole fuertemente al oído).
Dice mi amo que espera
saber de Vm. si le agrada
el señorito Videla
que está aquí para su esposo,
porque sólo esto se espera
para firmar los contratos
y efectuarse esta misma
noche el desposorio. ¿Es cierto?

DIEGO: Sí...

PEPA: Sí, padre mío, lo acepta
con entera voluntad
vuestra hija. Enhorabuena.

CASILDA: ¿Qué les dije? ¿Me engañé?
¡Toma, si tendré experiencia!

DIEGO: A la verdad, es lo primero
que con acierto contesta.

JOSÉ: Hay días que aún los más sordos
oyen algo. La sordera
como los demás achaques
tienen sus creces y menguas.

DIEGO: Sin duda eso será,
ojalá que así siguiera.

JOSÉ: Ojalá, pleito por menos
aunque tullida existiera.

DIEGO: Pues amigo, aquí no resta
otra cosa que ahora mismo
hacer que el notario extienda
los despachos, y esta noche
se desposen enhorabuena.
Yo pasaré incontinentemente
a ver a Doña Teresa
mi hermana, y a su marido
para que padrinos sean.
Y en una silla poltrona
se conducirá a la Pepa
a la Parroquia y quedamos
hoy mismo del todo fuera
de cuidados.

JOSÉ: Pues señor,
parto con vuestra licencia
a disponer ciertas cosas
que piden mi diligencia,
y dentro de pocas horas
estaré luego de vuelta.

Esto supuesto ordenad
señor, las demás que restan
que yo quedo a vuestra orden
y a las de Madama Pepa. (*Vase*).

DIEGO: Adiós señor Don José,
no tarde Vm. en dar la vuelta.

ESCENA XXVI

PEPA, CASILDA, DIEGO

DIEGO: No ha sido poca fortuna
que el lance se nos viniera
a las manos tan rodado,
porque de no, queda Pepa
para tía sin remedio.
Yo me voy Casilda a estas
diligencias que has oído,
no te apartes de la Pepa
ni un instante, solamente
ponle la bata chinesca,
la gorra negra y las plumas.
Componla de tal manera
que supla la compostura
su tullimiento, y sordera.
Que todo esté preparado
para que a las siete y media
marche ella con los padrinos
a nuestra Parroquia misma
a desposarse. En seguida
vaya Pedro a la nevera
y compre para refresco

los helados de canela,
una docena de vasos,
agua de guindas, y almendras,
docena y media; bizcochos
imperiales, libra y media.
¿Has entendido?

CASILDA: Ya estoy.
¿Y podrá tomar la enferma
si se le antoja algo de esto
por parvedad de materia?

DIEGO: ¿Con que su achaque es de frío
y quieres que le convengan
helados? ¿Por vida mía
que no sé cómo tú piensas!

CASILDA: Es que siempre oí decir
que un clavo a otro clavo llega
a sacar, y en nuestro caso
¿quién quita que sucediera?

DIEGO: No olvidéis lo que te he dicho
que me voy a toda priesa
a ver a mi hermana y cuñado,
ciérrate luego esa puerta. *(Vase).*

ESCENA XXVII

PEPA, CASILDA

Doña Pepa se levanta de la silla y dice:

PEPA: ¡Fuera de potro, Casilda
que ya no tengo paciencia
para estar representando

el papel de estarme quieta,
cuando soy, ya me conoces,
más viva que una centella!
Vaya, tráeme la bata
color de canario y venga...
pero no, mejor estoy
puntualmente con ésta
verde, es color de esperanza
y como yo estoy con ella,
quiero que el color anuncie
lo que acá en mi pecho queda.
Sácame la gorra blanca
esa sembrada de perlas,
ponle plumas encarnadas
que signifiquen que en guerra
desigual venció la industria
al poder y a la violencia.

Va adentro Casilda y saca lo que pide y se lo pone en la cabeza.

CASILDA: Aquí está la gorra ya.
¡Naranjas! Que estás con ella
cual general que ha ganado
una victoria completa.
El bastón no más os falta,
lo suplirá la muleta.

PEPA: Tu humor te envidio, Casilda.

CASILDA: Nacer en Carnestolendas
como yo nací y tendréis
esa misma preeminencia.

Tocan.

La puerta tocan, al potro
señorita y yo a la oreja.

ESCENA XXVIII

Dichos, JOSÉ

Va a abrir y vuelve con Don José.

JOSÉ: ¿He tardado, prenda mía?

PEPA: A la que amante os espera
cada minuto parece
que el tiempo retrocediera.

JOSÉ: ¿Vuestro padre no ha venido
aún de la diligencia
que dijo que a practicar
se marchaba a toda priesa?

PEPA: No, pero no tardará,
fue a ver a Doña Teresa
mi tía y su marido
para que padrinos sean
de nuestras bodas.
Yo iré a ellas con muletas
pero os protesto que al punto
que desposada me vea
con vos, mi adorado dueño,
les haré ver –porque sepan
cuánto el amor sutaliza–
que a pie firme doy la vuelta.

JOSÉ: ¿Y qué dirá vuestro padre
al encontrarse con esta
metamorfosis tan rara?

PEPA: Aunque diga cuanto quiera
lo hecho, hecho estará.

JOSÉ: Pues mira mi dulce Pepa
¿quieres tomar un consejo
que a uno y otro nos convenga?

PEPA: Sí, mi dueño, siendo tuyo
pronta está tu amante Pepa
a abrazar el que le diere
tu entendimiento y prudencia.

JOSÉ: Pues bajo de ese supuesto
soy de sentir que en la escena
última de nuestras bodas
cuando casados nos vea
tu padre, cese el engaño,
intriga y hablen las veras.
La ingenuidad y sencillez
es un rasgo de nobleza
que aminora a los culpados
el delito si confiesan
humildemente la culpa,
y no necesiten la pena.
Y este proceder entiendo
que el juicio y razón lo aprueban,
cuando haga admiración
de verte sana, perfecta,
antes de satisfacerle
con las rodillas en la tierra
y con ternura decirle:
Padre mío, aquí está vuestra
hija pronta a recibir

el castigo que merezca
por el engaño en que os hizo
estar. Mi culpa os es manifiesta...
Dispensame vuestra gracia
para levantarme y sea
todo paz, todo alegría,
pues que me ves sana y buena.

PEPA: El consejo es como tuyo
y en él unes con destreza
virtud, religión y honor,
verdad, candor y nobleza.
Te prometo practicarlo
sin discrepar una letra.

Tocan la puerta.

CASILDA: Ellos son, me voy a abrir
señorita pataleta,
que presto una buena crisis
la ha de dejar sana y buena. *(Vase).*

Vuelve a entrar Casilda con Don Diego, Don Jaime y Doña Teresa, padrinos de la boda.

ESCENA XXIX

Dichos, TERESA, DIEGO, JAIME

DIEGO: ¡Oh, amigo, a la obediencia
celebro la prontitud;
nos ganó Vm. la palmeta!

JAIME Y TERESA:

Sobrinos dadme los brazos
recibiendo en ellos muestras

del regocijo que a entreambos
nos posee en esta fiesta.

PEPA: Mi tía, siéntese aquí,
celebro verla tan buena.

TERESA: Y yo siento el accidente
que al presente te molesta,
pero me alegra encontraros
de novia, querida Pepa.

DIEGO: Señores ya son las siete,
la Parroquia está tan cerca
que atravesando la calle
luego se encuentra con ella.
Vamos que estará esperando
el cura. Casilda, a Pepa
llévala tú de la mano
apoyada en la muleta,
y vayan que a breve rato
ya los contemplo de vuelta.
Yo me quedo a disponer
algunas cosas que es fuerza
preparar.

Se levantan todos y salen, y Don Diego se queda paseándose y dice:

ESCENA XXX

DIEGO

DIEGO: Hoy fuera para mí el día
más feliz si yo pudiera
dar este estado a mi hija

en una salud completa.
Pero los bienes y males
de este mundo así se alternan.
¡Pobre muchacha, en la edad
más florida, cuando era
la sazón más oportuna
de disfrutar las finezas
de un hombre que la idolatra,
es cuando está casi muerta,
sin sensación en sus miembros,
sin oídos, sus potencias
perturbadas y por fin
como una estatua de piedra.
¡Si yo llegara algún día
a verla robusta y buena,
creo que perdiera el juicio
de alegría! ¿Qué no hubiera
algún remedio eficaz
aunque necesario fuera
dar por él cuanto poseo,
para que a gozar volviera
una cumplida salud?
En fin, tengamos paciencia,
que con la resignación
todo mal se sobrelleva.
Veamos mientras que vuelven
quiero ver en las gavetas
de este escritorio, las joyas
de diamantes que conserva
mi amor, de su buena madre
para feriarla con ellas

después de los desposorios.
Aquí están: A ver...
Sí... las mismas:
broche, collar, zarcillos.
¿Pero dónde están las perlas
que no las encuentro aquí?
Vedlas, allí están, ponerlas
quiero en el bolsillo,
gócelas muy enhorabuena.
Se las daré cuanto entre
y mi bendición obtenga.

Ruido de gritos.

¿Pero quién grita, qué es esto? (*Asoma a la puerta*).

Casilda entra a gritos y llena de gozo dice:

ESCENA XXXI

CASILDA, DIEGO

CASILDA: Señor, las noticias buenas
que os traigo piden albricias
de buen tamaño. Está buena
y sana mi señorita...

DIEGO: ¿Qué dices
mujer, es cierta
la noticia? ¿O tú te burlas?

CASILDA: Es en realidad tan cierta
como que en breves minutos
la veréis entrar tan buena
como antes de su accidente.

Ya se acabó la sordera,
ya viene por su pie firme
sin apoyo ni muletas,
todos quedaron pasmados
sin saber de qué dependa
novedad tan repentina,
pero ella es tan cierta
como lo es que hay milagros.

DIEGO: *(Saca de la faltriquera y le da).*

Toma en albricias de esta
novedad tan oportuna
esta mirilla de perlas,
y quédate que me voy
corriendo yo mismo a verla. *(Va a salir).*

CASILDA: ¿Para qué? Si ved ahí suben
de prisa por la escalera
vedlos ahí.

*Entran todos con regocijo haciendo contencias a Don Diego, y
Doña Pepa se arrodilla a los pies de su padre.*

ESCENA XXXII

Dichos, PEPA, TERESA, JOSÉ, JAIME

PEPA: Padre mío
aquí está vuestra hija llena
de la mayor confusión
a vuestros pies, por clemencia
perdonad si os engañé
aparentándome enferma
de perlesía, que en esto

os protesto, no hubo mengua
del filial amor que os debo,
ni del respeto que a vuestra
autoridad corresponde.
Fue sólo buscar aquella
libertad que los mortales
en tan sumo agrado aprecian,
y pues me veis empleada
con tan digno esposo, buena
y sana como antes,
dadme los brazos y sea
esta boda celebrada
con paz, regocijo y fiesta.

DIEGO: Tenéis derecho a mis brazos
hija mía, por la seria
confesión que de tu culpa
haces hoy a mi presencia.
Yo te perdono el ardid
que opusistes a mi terca
oposición y el cuidado
que me debió tu dolencia.
Recibe mi bendición
paternal, y que por en señas
de que te la doy con gusto
del todo estés satisfecha,
(Le da unas joyas)
toma esas joyas y haced
de ellas el uso que quieras.

JAIME: Nunca quedó más airosa
vuestra paternal clemencia

que perdonando un defecto
que la sencillez confiesa
con tanta ingenuidad.

TERESA: Hermano, goza a la Pepa
y a su esposo tantos años
cuantos tu hermana desea.

JOSÉ: Y yo señor, os suplico
para daros justa prueba
de mi gratitud, adoptéis
un hijo que en todo tiempo
estará a vuestra obediencia.

CASILDA: Y por fin, dice Casilda
a todos, vivan con cuenta.
Nadie fie del poder,
la autoridad y la violencia,
porque en el caso presente
según el drama nos muestra
ya Vms. ven que no vale
contra la industria la fuerza.

FIN

Venció al desprecio
el desdén

Cristóbal de Aguilar

> **venció al desprecio el desdén**

Sainete

P E R S O N A J E S

DOÑA RUFINA DEL OLMO

INÉS, *su criada*

DON VICTORIO DE MONCADA

PANTOJA, *su criado*

CUADRO PRIMERO

ESCENA I

VICTORIO, PANTOJA

(Don Victorio hablando con Pantoja y paseándose por la sala dice:)

VICTORIO: Pantoja, dispón las cosas
para marchar a Sigüenza
mañana por la mañana.
Paga fonda y lavandera,
y el dinero y los papeles
acomoda en la maleta,
porque he de salir de aquí
antes que la aurora venga.

PANTOJA: Corriente: ¿y a qué fin vamos
de una hora a otra a Sigüenza?
¿No decíais que Segovia
sería el *réquiem eternam*
de vuestros huesos y míos?
Supuesto hallásteis en ella
alma, vida y corazón,
y toda vuestra existencia

En esta pieza, José Luis Trenti Rocamora modernizó la grafía y la puntuación, la dividió en cuadros y escenas, y suprimió los "Don" y "Doña" que el autor colocara antes de los nombres. Además las partes destruidas del original fueron completadas, para poder seguir la lectura sin tropiezos.

Selección dramática de Cristóbal de Aguilar, Instituto Nacional de Estudios de Teatro, Buenos Aires, 1950.

en la beldad de Rufina.
¿Qué viento dio a esa veleta
movimiento tan veloz,
que estando apuntando cierta
a Segovia, en este instante
señala para Sigüenza?
Por mi vida, yo no encuentro
en esto otra conveniencia
sino entablarla de andantes,
andando de Seca en Meca
imitando a Don Quijote.

VICTORIO: Pantoja, mi suerte adversa
es quien causa esta mudanza.
Esa mujer, quien creyera...
Rufina, Rufina es
quien de Segovia destierra
a un hombre que la idolatra,
y que su desdén observa
hace más de cinco meses
con una constancia eterna.
Bien que no soy solamente
el despreciado, pues entran
a la parte en sus desdeños
el Marqués de Valenzuela
y un caballero escocés
que su tertulia frecuentan
como yo, solicitando
lograr su mano. Ella lleva
un sistema caprichudo
que ha producido la terca
pasión que a los libros tiene,

de no rendir la bandera
de la libertad que goza
a hombre ninguno. Desprecia
los obsequios inocentes,
las atenciones, y llega
a tal punto su entusiasmo
que se burla de cualquiera
que la persuada a que abrace
el matrimonio. Una fiera
se vuelve cuando concibe
que en tal caso, estar ligera
sería preciso a un hombre.
Nada quiere la soberbia
altivez, sino mirar
rendidos a los que aprecian
su mano, y en desdén
hacer alarde que lleva
ver semejante opinión
de todas las que se dejan
obligar de un tierno amor.
He aquí lo que desespera
a un corazón que la ama,
pero que por experiencia
conoce, que el obligarla
es lo mismo que ofenderla.
En este triste supuesto
es preciso que yo muera
si permanezco a su vista.
El marqués de Valenzuela
y el escocés por lo mismo
abandonan su presencia

para siempre, no queriendo
sufrir tanta indiferencia.
Ved, Pantoja, si hay motivo
que me obligue a que prefiera
una retirada honrosa
al desprecio que me espera.

PANTOJA: Conforme.

VICTORIO: ¿Cómo conforme?
¿Deja duda en que el sistema
de no admitir boda alguna
que ha elegido, pierda en ella
un punto de su vigor?
No, Pantoja, no lo creas:
si ella aprendió que el casarse
es el vínculo o cadena
que priva a su voluntad
de su amable independencia,
se mantendría en su dictamen
contra cuantas diligencias
de obsequios y rendimientos
hacerle amante pudiera.

PANTOJA: Conforme.

VICTORIO: ¡Hombre de Dios!
¿Qué conformidad es esa?
¡Dale con este conforme!
¿No te he dicho que aunque fuera
su pretendiente un Adonis,
y la amara tan de veras
como el acero al imán,
no recabaría de ella

otra cosa que el desprecio,
la burla y la indiferencia?
¿No tendré tentado yo
cuánto discurrirme pueda
que ver si algún vislumbre
de inclinación reverbera
hacia mí? Esta mujer
parece nacido hubiera
para burlar el amor.

PANTOJA: Digo que no me hacen fuerza
todos esos espantijos
y que el conseguir que os quiera
o no os quiera, eso es conforme
os portaréis vos con ella.

VICTORIO: Pantoja, si la idolatro,
si he hecho cuanto pudiera
el más fino amante hacer
en su obsequio, ¿qué más resta
que hacer?

PANTOJA: Que no le hagáis caso,
que cese el mimo y terneza,
que cuando os haga un desdén,
le hagáis vos cuatro docenas,
que dejéis de visitarla
todos los días, que al verla
os mostréis indiferente,
y finalmente que a ella
le hagáis entender que estáis
prendado de otra belleza,
aunque sea imaginaria,

y si con estas recetas
no se muriere por ti
antes que la Pascua venga,
pongo el pescuezo en el hoyo
que me corten la cabeza.

VICTORIO: Pantoja, tú estáis borracho,
o has perdido la cabeza.
¿Conque no puede obligarla
la humilde condescendencia,
la cortesía, el buen trato,
y ha de inclinarla la necia
desatención? Vaya, tú
sin duda que a una botella
debes ese documento.

PANTOJA: No lo debo a la botella,
porque en mi vida bebí
otra cosa, como suena,
que agua pura; mas lo debo
al mundo, y su doctor escuela,
a mi mucha observación,
y en fin a mis experiencias.
Ustedes los de estos tiempos
no saben más cantinela
que los suspiros, las ansias,
las finezas, las protestas,
el billetito y regalo,
sea la dama que sea.
No señor, a estas altivas,
presumidas y que asientan
plaza de filosofantes

se tratan de otra manera:
verbigracia, todo inverso,
por la blandura, dureza,
a sus desdenes, desprecios,
a su gesto, indiferencia,
en una palabra, en todo
fingir que nada les cuesta
el sufrirles sus caprichos
aunque se mueran por ellas.
Son estas muy advertidas,
y están con el ojo alerta
para notar si las aman,
y viendo que no les llevan
la corriente, antes las miran
con desprecio, luego apelan
—como son tan orgullosas—
a que ninguno las venza,
sino que dominen siempre
a aquel que les contrarresta.
Y catate ya en el caso
de que lo estimen, y quieran,
a aquel que antes miraban
con desdén e indiferencia,
¿y esto por qué? Porque algunas
son de la casta de aquellas
plantas que solo dan fruto
al que más las apalea.
Sea testigo el olivo,
el castaño y carrasquera.
Y en fin, si vuestro viaje
no tiene otro objeto, fuera
del desdén con que ella os trata

por esa manía terca
que ha adoptado, bien podéis
quedaros, con la certeza
que si tomas mi consejo,
ganastes el pleito apenas
conozca no le haces caso.
Y apuesto mis dos orejas,
que si entro en la danza yo
a ayudaros, es tan cierta
la boda, como lo es cierto
que el peral produce peras.
Bien entendido que esto
es bajo de la protesta
que habéis de hacer, de obligaros
a no faltar ni una letra
a cuanto yo os ordenare,
aunque os parezca simpleza,
que el enfermo que no cumple
lo que el médico le ordena,
si no logra la salud
la culpa es suya, y no ajena.

VICTORIO: Pero Pantoja...

PANTOJA: No hay pero,
pera, manzana o camuesa.
Lo dicho, dicho, o tomar
mi dictamen, o a Sigüenza
a suspirar, y gemir
sin esperanza.

VICTORIO: Paciencia
es menester para oírte
Pantoja. Nunca creyera

que un hombre de entendimiento,
por muy mediano que fuera,
pudiera dar tal consejo.
¿Despreciarla? ¿No atenderla
con aquella urbanidad
que exige su sexo? ¿Verla
como por casualidad
y con aquella reserva
de ser muy rara ocasión,
y esperar correspondencia
con un trato semejante?
Si tal consejo admitiera
merecía yo que el mundo
por un loco me tuviera;
y con razón, porque el medio
de obligar, no es la extrañeza,
ni el desprecio, pues sabemos
que aun a las fieras más fieras
el halago y las caricias
las enternece, y violenta
a mirar agradecidas
al que se porta con ellas
con afable suavidad.

PANTOJA: Por cierto, noticia fresca.
Ya sabemos que los tigres,
los leones y panteras,
y todo cuanto avechicho
hay en la naturaleza
se amansa con el cariño,
el halago y la fineza.
¿Y qué sacamos de aquí?

¿Qué la Rufinita sea
más docilcita que un oso,
o una víbora? ¿No es esa
la consecuencia que vos
queréis sacar?

VICTORIO: Y es tan cierta,
y ajustada a la razón,
que es innegable su prueba.

PANTOJA: Conforme el que los arguyere.

VICTORIO: Sea el hombre que sea.

PANTOJA: Pues yo soy el que defiendo
que es nula la consecuencia,
y lo pruebo de este modo:
los animales observan
al hombre si los persigue,
si los maltrata, o si encuentran
en él que lejos de hacerles
perjuicio, da ciertas muestras
de quererlos aliviar
en sus comunes urgencias.
Si encuentran según su instinto
esta partida postrera,
como en ellos las pasiones
no obran, es consecuencia
que manifiesten al hombre
una igual correspondencia.
Pero en mujeres altivas,
atoradas en soberbia,
en presunción, en orgullo,
y que se creen discretas,

y entendidas por antojo,
estas pasiones obcecan
su razón, y no responden
a la atención con fineza,
y al obsequio con cariño,
sino con impertinencias,
con desdenes, con melindres,
y con doscientas docenas
de desbarros, que producen
los vinos de su soberbia:
luego a las de este calibre
es fuerza de otra manera
se las trate, pues que obran
contra la naturaleza,
contra la razón y contra
lo que la crianza enseña
a todo bien educado.
Ya véis que en esta materia
no hay sofisma ni argumento;
Pantoja no tiene letras,
ni sabe más que leer
en cartas, a duras penas,
pero al mejor estudiante
de Salamanca le apuesta
a que no sabe otro tanto
como él sabe en la materia.

VICTORIO: Ese argumento, Pantoja,
conozco que tiene fuerza,
y que no hallo qué decir
en contra de tu experiencia;
pero mi genio... mi genio,

la carita que les muestra
a los que con cortesía
la visitan, y la obsequian. (*Vase*).

ESCENA II

PANTOJA, INÉS

INÉS: Es verdad, bien lo conozco,
y la cara de vergüenza
se me cae cuando advierto
la incivilidad y torpeza
con que corresponde a todos
los que su casa frecuentan.
Estas sus filosofías...

PANTOJA: Acaso mejor dijeras
bachillerías.

INÉS: Son causa
que orgullo y soberbia tenga,
no sólo mi opinión es;
a la racional ley alejan
de unas personas sin méritos,
mas de común no son estas,
sino que de alto linaje
los que no pacientemente se crean
la visita, pero hartados
ya abandonan, de manera
no parecen jamás, hasta
que ni por la calle vuelvan
a pasar.

PANTOJA: ¡Toma! ¡Eso solo!
Dicen que es una embustera,
que no conoció crianza,
que su lectura hace en ella
lo que el viento cuando sopla
muy recio en la chimenea,
y que algún día querrá
lo mismo que ahora desprecia,
pero que se ha de quedar
para tía reverenda.
Y con gran deseo queda
que tuviera esta necia
el hombre que debía ser
su marido, pero de esta
sufrirá nadie le cumpla
la promesa que en ella
le hiciera el marqués,
pues todos, como con priesa,
la van a dejar mañana,
y sin ni siquiera verla.

INÉS: ¿Cómo creer tal bufonada?

PANTOJA: ¿Bufonada? Cosa cierta
que sé de muy buen origen.

INÉS: ¿Entonces tu amo queda
pretendiente sin rivales?

PANTOJA: ¿Mi amo? Dios nos defienda.
Tanto piensa él en su mano
como yo en ir a Rabena
a pelear con el turco.

INÉS: ¡Qué dices!

PANTOJA: Como suena,
con que le escribe de Murcia
el conde de Carazena,
ofreciéndole su hija.
Única, rica, discreta
y hermosa como una rosa,
con diez mil pesos de renta
anual, y le hace ascos
todavía a la propuesta.
Y yo sé muy bien por qué.

INÉS: Pues yo creía que fuera
amante de mi señora.

PANTOJA: Como yo del mal de piedra.
¿Sabes por qué le hace ascos?
Porque aquí, quién lo creyera,
hay una dama en que tiene
toda su voluntad puesta,
y tanto que no hace caso
de la excesiva riqueza
con que de Murcia le envida
el conde. Muere por ella,
y creo, que al fin, y al postre,
ella será la princesa
jurada.

INÉS: ¿Cómo se llama?

PANTOJA: Mujer.

INÉS: Donosa respuesta.
¿Y dónde vive, no sabes
tampoco?

PANTOJA: En su casa misma.

INÉS: ¿Tú la conoces?

PANTOJA: Y mucho;
no hay día que no la vea
cuando mi amo le manda
por mi medio alguna esquela.
¡Pero qué preciosidad!
Vaya, no he visto belleza
en todo cuanto he andado
más humana, más atenta,
más agraciada, y garbosa.
Todo esto lo embelesa
a mi amo, ya se ve,
mas ella también se lleva
un mozo como un pimpollo,
no, no es zonza. Está cierta
que hombre por hombre, ninguno
le aventaja, ni en nobleza,
ni en aquellas cualidades
que cualquiera dama aprecia.

INÉS: ¿Crearás, Pantoja, que estoy
reventando porque sepa
mi señora todo esto?

PANTOJA: Nada me da que lo sepa.

INÉS: Sí, porque el darle a morder
el ajo a una mujer de estas,
como son por lo común
envidiosas, les preserva

el ajito, de que aumenten
el viento que en la mollera
depositan, que es el mal
de que adolece mi enferma.

PANTOJA: Apruebo la medicina,
pero con sal y pimienta
ha de ser administrada
para que eficacia tenga
el purgante. Ya me entiendes.

INÉS: Perfectamente; a la letra
voy a ponérselo en pico
ahora mismo.

PANTOJA: Y yo a la tienda
a comprar café y bizcochos
para mi amo. Adiós prenda.

INÉS: Abur, Pantoja, ¿hasta cuándo?

PANTOJA: No tardaré dar la vuelta. *(Vase)*.

CUADRO SEGUNDO

ESCENA I

RUFINA

Sale Doña Rufina con un libro en la mano paseando y leyendo lo que se sigue, y en acabando deja el libro sobre la mesa y se sienta.

RUFINA: No hay cosa alguna en el mundo más lisonjera y halagüeña
para la humanidad que la independencia, aquella independencia

venció al desprecio el desdén

apreciable de que resulta la amable libertad. Esta alhaja de
más precio en sí que el oro de Ofir, que los diamantes de
Persia, y que todo cuanto ha producido la naturaleza, esta
prenda es de las que desapropia la mujer que
se casa para no recuperarla jamás.

(Representando).

¡Oh! ¡Y cuántos hombres pretenden
hacerse dueños de ella
con el disfraz del cariño
ocultando con destreza
la esclavitud que preparan
a la que incauta se entrega
a su cruel despotismo!

Bien haya, sí, la que lleva
mi sistema, y oye el lazo.

Ella vivirá contenta,
se burlará de los hombres,
y aun será capaz con esa
filosofía, hacer de ellos
esclavos, que con atenta
sumisión rindan respetos

al ídolo que veneran. *(Se sienta)*.

¡Oye Inés!, trae luces:

prepara la cafetera

que hoy no quiero chocolate.

Si vinieren esas pelmas
de mis amantes, decidles

que estoy hoy con la jaqueca

y no para conversar.

ESCENA II

RUFINA, INÉS

INÉS: El marqués de Valenzuela
y el extranjero ayer noche
sé que partieron de priesa
por la posta con destino
de no volver.

RUFINA: ¡Buenas piezas!
¿Y en eso paró el amor
que los dos a competencia
decían me profesaban?
¿Y con esa desvergüenza
sin venir a despedirse,
o algún recado siquiera,
se marcharon? Ved hay
cumplido con evidencia
lo que acabo de leer.
Los hombres solo dan muestra
de que aman, hasta tanto
logran echar la cadena
del dominio que pretenden
entablar, a las expensas
de la incauta que los cree.
Mira tú cual se rieran
de mí, si tal [sic] pertrechada
no me hallara de la nueva
filosofía, que el cielo
me hizo adoptar por sistema.
¿Y cuál pudo ser la causa

de una novedad que lleva
en sí el signo del desprecio?

INÉS: Si me permitís licencia
os impondré del motivo,
según sé por cosa cierta,
pero os dispondréis a oír
algunas cosas tan nuevas
que jamás habrán llegado
sin duda a tu inteligencia.
No os agradarán, es cierto,
mas ya que queréis saberlas
os revelaré el motivo
de la repentina ausencia
del marqués y el escocés,
y del que en vísperas queda
de hacer lo mismo.

RUFINA: ¿De quién?

INÉS: Del que más fino os corteja.

RUFINA: ¿De Don Victorio decís?

INÉS: Ni más ni menos.

RUFINA: ¿Es cierta
esa noticia o es vaga?

INÉS: Es tan real y verdadera,
como es cierto que la causa
sois tú misma, según cuentan.
El caso es este: Pantoja
que ni lo suyo reserva
cuando tocan a hablar claro,
me dijo con gran reserva

sabía de positivo
que iban tirando mil piedras
contra ti los dos, porque
dicen que sois desatenta,
incivil, y mal criada,
fundada en ese sistema
de no rendir al amor
ni aquello que la prudencia
llama atenta urbanidad.
Que a vuestra necia soberbia
le pesaría algún día
cuando pasado se hubiera
ese entusiasmo que ahora
os perturba la cabeza.
Que a ellos no faltan mujeres
para esposa y donde quiera,
de tan buenas cualidades
como pueden ser las vuestras.
Y en fin, que echando mil chispas
ni despedirse siquiera
quisieron, porque notases
la indignación que en sí llevan.

RUFINA: Bien. ¿Y qué dice de mí el otro?

INÉS: Pantoja no tocó en esa
materia, pero me dijo
que en ninguna cosa piensa
su amo menos que en ser
vuestro marido, y lo prueba
con que un conde, allá de Murcia
le ha escrito haciéndole oferta
de una hija, que la pinta

como a una segunda Elena.
Un pozo de discreción,
afable, hermosa, halagüeña,
única, rica y con dote
de una porción de talegas.
Y con todo este atractivo
que cualquiera apeteciera
como una felicidad,
dice Pantoja, que la echa
a pasear porque anda
aquí mismo en la pretenza
de cierta gallarda joven,
que la pone en las estrellas
Pantoja, cuando describe
el pormenor de sus prendas,
su pulidez, hermosura,
la discreción, y belleza.

RUFINA: ¿Y no te dijo quién es,
o cómo se llama esa
dama, que es la favorita?

INÉS: No pude por más estrechas
diligencias, que al intento
hice, hacer que me dijera
su nombre, ni dónde vive,
y el camastrón con destreza
me respondió se llamaba
mujer.

RUFINA: ¿Y de la vivienda
donde mora no te dijo
tampoco?

INÉS: En la casa misma
donde nació, dijo, vive
con su padre.

RUFINA: ¿Y el bribón por qué reserva
decir lo menos, si ya
vació toda la talega?

INÉS: Haría escrúpulo de ello.

RUFINA: ¡Qué delicada conciencia!
Mira, tráeme ese libro,
y tú márchate allá afuera.
Si viniese Don Victorio
avísame antes que quiera
pasar adentro. ¿Has oído?

INÉS: Sí, señora. (*Vase*).

ESCENA III

RUFINA

RUFINA: No creyera tanta
falsedad en los hombres
si la evidencia no hiciera
palpable mi desengaño.
Todos tres me dieron muestras
de solicitar mi mano.
El marqués de Valenzuela
se declaró por dos veces;
el escocés con franqueza
me dijo que no aspiraba
a otra dicha, sino a aquella

que pendía de admitirle
por mi esposo. Las protestas
más solemnes uno y otro
hicieron en mi presencia,
prometiéndome serían
inmutables sus firmezas;
Don Victorio, es hombre aleve,
no ha omitido diligencia
para conseguir mi mano.
¡Y ahora los tres se rebelan,
me insultan, y huyen de mí
como si olvidado hubieran
su solicitud, sus ruegos,
y mi constante firmeza
en no aceptar a ninguno
por seguir aquel sistema
de vivir en libertad!
No ignoro que desespera
a una continua porfía
una negativa eterna.
Pero pregunto, ¿en qué está
mi delito? ¿En que no quiera
admitir ninguna boda?
¿A todos tres no les queda
el derecho a salvo, para
procurar damas que tengan
otro modo de pensar?
¿Acaso en esta materia
puede haber extravagancia?
Ellos así se lo piensan
graduando mi opinión

de caprichuda y soberbia,
pero ahora quiero yo
reflexionar con prudencia
si ese sentir de los tres
con que gradúan de necia,
incivil y descortés
mi conducta, tenga fuerza
mayor, que aquel que yo opino.
Para esto, vaya fuerza
por este rato, el capricho.
El amor propio contenga
sus instancias, hasta que
oídas las partes sean,
y de la sentencia el juicio.
La razón el fiscal sea
de esta cuestión en que hoy
se ha de pronunciar sentencia
definitiva. Ea, pues,
veamos lo que se alega
contra mí: dicen que pierdo
la edad de la primavera
sin adoptar el partido
ventajoso que me espera
dando la mano a uno de ellos,
que cuando pasado sea
ese tiempo y reflexione
mi soledad, será fuerza
mudar dictamen, y entonces
es ociosa diligencia
tal solicitud, y al fin
que con esposo y querencia

en su esposa la virtud
de su conducta, está fuera
de oprimir su libertad,
pues, que si llaman cadena
a ese enlace, es porque une
dos almas en una misma;
de cuya estrechez resulta
la satisfacción completa
que produce a los esposos
esta mutua dependencia.
No entiendo que haya más cargos
que hacer contra mi sistema.
Ahora, Rufina, ¿qué dices
a los que acusan? Respuesta
exigen tus contendores,
y el contestarles es fuerza.
Hable la razón y sigan
su concepto las potencias...

(Se suspende un momento como reflexionando y luego sigue diciendo:)

Comprendo, sí, comprendo
que la libertad perfecta
consistir en darle suelta
todo lo que relación tenga
con lo virtuoso y justo,
pues de ninguna manera
será libre el que la hiciere,
consistir en darle suelta
cuando quieran las pasiones.
Así de esta manera
ha de entenderse el ser libre,
aquella esposa discreta

que dé el lleno a los deberes
de su estado, está tan fuera
de reputarse cautiva,
que antes llamarse la dueña
merece de sus acciones,
viendo estas por consecuencia
actos de la libertad
justa, prudente y perfecta.
Por esta parte conozco
que pierda el pleito y que ciega
he estado creyendo ser
libre la que más desprecia
el yugo del matrimonio.
La reflexión ha hecho mella
en mi entendimiento y debo
confesarme una indiscreta.
¿Pero qué remedio hay
a lo perdido? El sistema
que he seguido lo abandono,
pues la razón lo detesta.
Yo sé que no me ha faltado
cierta inclinación secreta
al matrimonio, y que solo
lo ha impedido la siniestra
definición que yo daba
a la libertad. Aunque quiera
convenir ahora en dar
a aquel que secreta
se inclina mi voluntad
no ha lugar, pues él confiesa,
según dice su criado,

tener su voluntad puesta
en otra dama, y entonces
despreciará la primera
de unas bodas que apartado
mire con indiferencia.
Sin embargo puede ser
que el criado acaso mienta.
Bueno será sondearlo
con discreción, y viveza,
y según se encuentre el vado
pasar, o quedarse en tierra.
El no tardará en venir
y ahora de otra manera
es menester recibirle,
que ya conozco la necia
vanidad, que hasta el presente
ha cegado a mis potencias.
(Silencia y dice:)
Llamaré a Inés. ¡Ae, muchacha!

ESCENA IV

RUFINA, INÉS

INÉS: ¿Quiere Vm. la cafetera?

RUFINA: No, luces sí, que ya es tarde.

INÉS: Voy al instante por ellas. *(Vase).*

RUFINA: Venga ahora el disimulo,
en este estado es prudencia
el disimular ignorancia

de aquello que con certeza
dijo Pantoja a la Inés.

Aparece Inés con luces.

Oigo golpes en la puerta,
mirad quién es, y avisad.

INÉS: Voy, señora. *(Vase).*

RUFINA: ¿Si será la hora esta
de perder mis esperanzas? *(Sale).*
Bien lo merezco. Paciencia.

INÉS: Es el señor Don Victorio
que tocaba la puerta,
y ya está aquí en la antesala.

Entra Don Victorio.

ESCENA V

RUFINA, VICTORIO

VICTORIO: ¿Madama, qué soledad, pues, es esta?

RUFINA: No estoy tan sola, que acabo
de escuchar una discreta
conversación.

VICTORIO: Ya lo entiendo.
¿Su lectura predilecta
es verdad?

RUFINA: En ellos he hallado
una diversión completa
toda mi vida.

VICTORIO: Lo creo.
No hay cosa como las letras.
Yo alabo a Vm. su buen gusto,
porque instruyendo, deleitan,
y hacen al hermoso sexo
mucho honor.

RUFINA: Sin embargo si Vm. hubiera
de elegir una mujer
para esposa, yo creyera
no la buscara lectora.

VICTORIO: Soy franco, y en mi respuesta
lo ha de conocer Vm.
Es verdad, no la quisiera
lectora.

RUFINA: ¿Pero por qué?

VICTORIO: El porqué, señora, queda
sepultado en el silencio.
Cada cual tiene su idea,
y no es prudencia impedir
a nadie siga con ella.

RUFINA: ¿Pero si por darle gusto
la elegida, conviniera
en abandonar los libros,
es regular la admitiera,
respecto estar removida
la causa de no quererla?

VICTORIO: Ingenuamente os confieso
señora que la tuviera
por algún tiempo indecisa
de si la elegida era

ella, u otra, hasta que el tiempo
me diese seguras pruebas
de su constancia, porque
ya saben la cantinela:
el que malas mañas tiene
nunca, o muy tarde las deja.

RUFINA: Graciosa comparación.

VICTORIO: Puede acaso no ser buena
pero es la que me ocurrió
más prontamente a la vena,
que como la claridad
es en cualquier materia
el alma de los conceptos,
quise echar mano de esta
comparación, que aunque simple,
presenta perfecta idea
de lo que se ejemplifica.

RUFINA: Yo sería muy grosera
si el sentido en que graciosa
llama a aquella cantinela,
se dirigiera a abatir
vuestro discurso: no intenta
mi respuesta ajar a nadie.
La comparación es buena,
muy propia y muy merecida
aquella que el sayo venga.
¡Inés, trae chocolate!

VICTORIO: Si es por mí, os lo aprecia
mi voluntad: muchas gracias. *(Levantándose)*.
Madama, ando de priesa

porque se me está esperando
cierta persona, que es fuerza
cumplimentarla, y así
será con vuestra licencia
hasta otra ocasión.

RUFINA: Es justo
no faltar a la promesa
que habéis hecho de ir a ver
a esa persona. Ve a verla
y decidle en nombre mío
que ojalá no sea ella
tan desgraciada a los ojos
del que sus gracias aprecia
como es la que este recado
le dirige.

VICTORIO: ¡Buena es esa!
¿Pues conocéis vos acaso
a esa persona?

RUFINA: Sé de ella,
aunque no su nombre y casa,
lo bastante para hacerla
con vos hoy este cumplido.
Perdonad, y daos prisa,
que puede estar esperando.

VICTORIO: Aunque el enigma no acierta
mi discurso, sin embargo
prometo hacer a la letra
lo que me habéis encargado.
Quedaos con Dios. *(Vase)*.

ESCENA VI

RUFINA

RUFINA: Y en mis penas
me dé constancia y valor,
resignación y paciencia.
¿Qué es esto que por mí pasa?
No hace dos días que eran
para mí todos los hombres
como si alguno existiera
en el mundo. Los miraba
con desdén e indiferencia,
y aun me causaban fastidios
sus más corteses finezas.
¡Y hoy, celosa, despreciada,
llena el corazón de pena!
¿Qué es esto Rufina, di,
qué metamorfosis es esta
tan violenta y repentina?
¡Ah! ¡Tu indiscreción dio materia
por causar tal mudanza!
Dichosa y feliz tú fueras
si deponiendo tu orgullo
correspondido le hubieras
al que con tantos desprecios
antes trataste. Padezca
el corazón que no supo
usar de cortés prudencia.
¡Oh, lecturas, qué mal uso
hice de ti! No era esa
la lección que en ti debía

aprender. Erré la senda;
pero vamos al remedio
que aunque tarde, acaso llega
en circunstancias que alcance
a hacer propicia mi estrella
variando ya de rumbo.
En fin voime un rato afuera
por si divierto este mal
que un instante no me deja. *(Vase).*

CUADRO TERCERO

ESCENA I

VICTORIO, PANTOJA

Salen Don Victorio y Pantoja.

VICTORIO: Produjo admirable efecto
todo cuanto tu viveza
me pronosticó. La Inés
le hizo una pintura extensa
de cuanto tú le contaste
sobre lo que dicen de ella
aquellos que la pretenden,
y ella celosa, o dispuesta
a abrazar mejor partido
que el que su necio sistema
le produjo hasta el presente,
se ha producido tan llena
de confusión a mi vista
que aunque con mucha modestia

casi casi me indicaba
estar del todo resuelta
a abrazar el matrimonio
de que antes huía necia.
¡Si oyeras lo que me dijo
acerca de que le diera
un recado de su parte
a quien sospechaba ella
que yo iba a cumplimentar
en separándome de ella!
Vaya si me enternecía.
Te prometo hice violencia
para mantenerme firme
y no darle una completa
satisfacción.

PANTOJA: Linda cosa
hubieras hecho. ¡Qué buena!
No de balde estaba yo
con las orejas alerta
a ver cómo sacudías
de ti la araña. Si oyeras,
si oyeras, todo lo he oído.

VICTORIO: ¿Dónde, Pantoja?

PANTOJA: Allá afuera,
con la Inés en la antesala.
Yo le pedí su licencia
para escuchar dos palabras
cuando os vi entrar, y ella atenta
me concedió que escuchara
tocies, quocios yo quisiera.

VICTORIO: Y bien, Pantoja, ¿qué dices?
¿No parece que mi estrella
me anuncia propicio el hado?
Ya la feliz diligencia
de mi desprecio, ha surtido
cuanto desear pudiera.
¿Qué más me resta que hacer
para que a Rufina bella
le dé la mano de esposo?

PANTOJA: ¿Sabes qué? Que cante ella
la palinodia, y que diga
a vista, ciencia y paciencia
de todos, que el casamiento
es la cosa más excelsa
de cuantas contiene el mundo,
en pena de que indiscreta
lo usó tantas veces,
por mantener una ciega
pasión a la libertad
mal entendida.

VICTORIO: Y si ella
no obstante ver mi desvío
y mi fingida entereza
se da a partido, y me ofrece
su mano, ¿qué más completa
victoria, para triunfar
de su anterior resistencia?

PANTOJA: Tanto mejor, para que entonces
ahorramos la molestia
de andar con satisfacciones,

que calientan la cabeza,
y echamos mano del grano
soplando la paja afuera.

VICTORIO: Bien. ¿Pero por dónde o cómo
podrá saberse que queda
ella pronta a ser mi esposa,
y yo a poseer en ella
todo lo que más estimo,
cuando a aquellas indirectas
con que se explicó, cerré
enteramente la puerta
con el desprecio que hice
como si nos las oyera?

PANTOJA: Volviendo allá a visitarla,
y si os tocara la tecla,
con prudente disimulo
ir arriando bandera
poco a poco, hasta que al fin
quede la plaza por vuestra
y se rinda a discreción,
capitulando con ella
que en casa no ha de haber libros
de filosofía nueva,
ni otros que el de doctrina
cristiana, o de novenas.

VICTORIO: Me conformo, pues no hallo
otro arbitrio que esclarezca
su resolución, que este
que me propones.
Voime a hacer la diligencia
ahora mismo en este instante.

Tocan la puerta.

Pero mira que la puerta
están tocando.

PANTOJA: Allá voy. *(Vase).*

VICTORIO: Cuando uno está más de prisa
parece que al mismo paso
las visitas lo molestan.
Vaya, veamos quién es
que corta será la audiencia.

Sale Pantoja.

PANTOJA: La que tocaba es la Inés
y ya sube la escalera.

VICTORIO: Dile que entre.

ESCENA II

Dichos, INÉS

PANTOJA: Aquí está.

Sale Inés.

INÉS: Señor, mi ama me envía
a traeros esta esquila. *(Le da un papel).*
y dice que si os dignáis
leerla y darle respuesta
se la mandéis con Pantoja
porque estoy algo de prisa.

VICTORIO: Dile Inés a tu señora
que llevará la respuesta
Pantoja oportunamente.

INÉS: Está bien. (*Vase*).

PANTOJA: Adiós mi perla.

ESCENA III

VICTORIO, PANTOJA

VICTORIO: Pantoja, ¿qué será esto?

PANTOJA: Acaso serán boleras
que querrá cantar aquí
por alguna solfa nueva.

VICTORIO: (*Abre la esquila*).

Veamos:

"Señor Victorio de Moncada. Muy señor mío: confieso haber tenido a Vm. desde que lo comuniqué cierta honesta voluntad, que mis caprichos no dieron lugar a manifestársela. No ignoro igualmente que Vm. me la tuvo algún día, y que si hoy no existe en su corazón Rufina, es porque sus indiscreciones le sacaron de él. La confesión sincera de mi arrepentimiento creo, que pueda colocarla otra vez en su estimación, si es que no la ocupa ya otro objeto más digno. Esta sola noticia espera para entregarse al sentimiento o al gozo, su desgraciada sierva. Rufina".

¿Qué es esto que yo he leído?

¿Es ilusión o es certeza?

PANTOJA: Nada otra cosa que haber
caído en la ratonera
el ratón que andaba dando
alrededor de ella cien vueltas.
¿Lo veis? ¿No os decía yo

que el mimarla, era perderla,
y al contrario el despreciarla
medio para poseerla?
¿Digo, si entenderé yo
cómo esto se marea,
con cincuenta años de mundo,
y otros tantos de experiencia?

VICTORIO: Mi dicha ha llegado al colmo.
Pantoja, yo voy a verla
y a darla de mis desaires
satisfacción tan completa,
como no imagine que amo
a otra persona que a ella.

PANTOJA: ¡Linda cosa! Pues ya puedes
decir que haces una buena
embarrada. Eso es nadar,
y ahogarse en la ribera.

VICTORIO: ¿Y qué quieres que haga, hombre,
si véis con cuánta terneza
me pide no la retarde
a su papel la respuesta?

PANTOJA: Yo no digo que no vayas,
pues sería una simpleza
despreciar aquello mismo
por que has echado la tela
tanto tiempo, pero quiero
que vayas de tal manera
dispuesto, que al aceptar
la mano, conozca ella
que te es indiferente
admirarla o repelerla.

VICTORIO: Pero hombre, ¿qué dirá
al ver en mí tal dureza?

PANTOJA: Que diga lo que quisiere.
Lo que a ti importa es que crea
que le haces un gran favor,
aunque ata [sic] a tu sayo veas,
que es ella quien te lo hace.

VICTORIO: Bien, pero dame una idea
de qué le diré, y el cómo.

PANTOJA: Muy fácil. De esta manera:
Madame, a los pies de Vm.
He recibido la esquila
en que me ofrece su mano.
Ni la desprecia, ni acepta
por ahora mi cariño
hasta que una diligencia
evacue, que me embaraza
poder darle con franqueza
el sí, o el no; en breve tiempo
tendréis segura respuesta.
Esto la pondrá en cuidado
y hará ver, que siempre quedas
tú superior, pues la admities
en virtud de sus promesas.
Y después de un par de horas,
volver a darle la cierta
noticia de la admisión.
Entonces dí cuanto quieras
sin fingimientos ni embustes,

pues ya no hay riesgo que crea
que estabas ciego en amarla,
y que morías por ella.

VICTORIO: He de seguir tu dictamen
hasta el fin. Tus experiencias
veo que me han conducido
por medio de la tormenta
al puerto tan deseado
de su posesión. Tú queda
aquí mientras que yo evacuo
esta diligencia.

PANTOJA: Algo arriesgadilla es
porque si hay pataleta,
llanto, suspiros y ansias
al oír la indiferencia
con que le responde, adiós,
se perdió la diligencia.

Sale Inés.

ESCENA IV

PANTOJA, INÉS

INÉS: ¿Y vuestro amo, Pantoja?

PANTOJA: Salió a la calle.

INÉS: La puerta
la encontré de par en par,
y creí que aquí estuviera.

PANTOJA: ¿Y qué tenemos de nuevo?

INÉS: Mi ama ha dado una vuelta increíble. Ya no hay libros. Ahora todas son quejas contra sí, porque ha perdido el buen tiempo en su sistema. En una palabra, ahora quiere casarse por fuerza con tu amo Don Victorio. ¿No es graciosísimo el tema? Ella me manda a llevar la respuesta de una esquila que le envió, y no ha tenido aún contestación de ella. Me encargó que no tardara fuera con ella, o sin ella y así me voy. Adiós, pues. (*Vase*).

ESCENA V

PANTOJA, VICTORIO

VICTORIO: A la obediencia Inesuela. No sirvo para fingir, pero al fin la diligencia está practicada ya según quedamos en ella. Me ha suplicado abreviara lo más pronto que pudiera la resolución, y es justo ceder en esta materia. Vámonos allá los dos,

Pantoja, que quiero seas tú e Inés los dos testigos de mis esponsales previas.

Vanse los dos.

CUADRO CUARTO

ESCENA I

RUFINA, INÉS

Sala de Doña Rufina, quien estará con Inés.

RUFINA: Ten cuidado, Inés, si viene Don Victorio y parte pronto a abrirle luego al instante. Estoy llena de zozobras hasta oír mi desengaño. Lo amo: yo fui traidora a mi misma voluntad no correspondiendo airosa a la fe que él me tenía. Paciencia, que aunque dudosa estoy de poder llamarme correspondida, es forzosa la resignación, pues tuve la culpa yo. En esta hora acaso me está esperando oír de su misma boca un no quiero. ¡Santo cielo! Si tal sucede, desploma sobre un corazón amante

la triste pesada loza
que sepulte mi esperanza
para jamás ser dichosa,
pero si por un afecto
de vuestra piedad...
Inés, ved, ahí tocan.

Va Inés a abrir y vuelve a entrar con Don Victorio.

ESCENA II

Todos

VICTORIO: Adorada prenda mía,
vengo a daros la gustosa
noticia de que he resuelto
seáis vos mi digna esposa
y yo tu amante marido,
pues que el cielo con piadosa
disposición determina
unir dos almas que ansiosas
logran en el matrimonio
hacer de dos una...

RUFINA: Y yo con todo el afecto
de mi corazón, tu esposa
me ofrezco ser, y entre tanto
que se celebre la boda
sirva mi mano, y palabra
de esponsales.

VICTORIO: Yo, señora,

os doy la mía, y con ella

Danse las manos

os recibo por esposa.

PANTOJA: Y para que si algún día
quiere imprimirse esta historia
se vea queda completa,
si Inés quiere ser mi novia,
por mi parte yo la admito,
y está aquí mi mano pronta.

INÉS: Yo la tomo por la mía,
pronto, contenta y gustosa.

Se dan las manos.

TODOS: Y para que el patio crea
que el mundo es una tramoya
en que muda lo subsistente
porque todo se trastorna,
vaya la vuelta que han dado
los que declaman la historia.

FIN

A río revuelto
ganancia de
pescadores

Juan Cruz Varela

> a río revuelto ganancia de pescadores

Sainete en un acto

PERSONAJES

ROSA

JAVIER, *padre de Rosa*

BENITO, *confidente de Rosa*

ARGANTO, *poeta pretendiente*

DON SILVESTRE, *pretendiente*

UN SACRISTÁN

UN ABOGADO

LA ESCENA SERÁ EL CUARTO DE ROSA, CON TRES O CUATRO SILLAS Y UNA MESA. APARECE ROSA SENTADA, OLIENDO UNAS FLORES, Y UN POCO DESPUÉS SALE JAVIER CON BASTÓN.

ROSA: ¡Oh, qué olor tan refulgente
se esparce por esta sala,
de este ramillo de flores
que me mandó esta mañana,
en símbolo de su fe,
Arganto, prenda de mi alma!

JAVIER: Dime, Rosa de los diablos,
¿eres demonio o muchacha?

ROSA: Padre mío, no hay motivo
para esa pregunta airada.

JAVIER: Párate, que soy tu padre,
y no has de estar tú sentada

hablándote yo; metida
en camisa de once varas,
echando mil terminazos
que no se entiende lo que hablas,
y sin saber, gran zoquete,
principios de buena crianza.

ROSA: Si no la sé, es porque usted
nunca ha procurado darla.

JAVIER: No me faltes el respeto;
pues de la primera guantada,
te haré, diablo, que no seas
otra vez desvergonzada.

ROSA: Muchas gracias, padre mío,
eso de usted esperaba.
(Aparte)
Me moriré de aflicción
si no salgo de esta casa.

JAVIER: Cállate, y di qué resuelves;
con don Silvestre casada
te he de ver aquí a dos días;
él en extremo te ama.
¿Tú le correspondes?

ROSA: Padre mío, fuera ingrata,
y al mismo tiempo traidora,
si mi mano tan deseada
le diera a ese don Silvestre;
a ese importuno canalla,
en fin, a ese mal nacido
vejstorio que me mata.
Yo, señor, a quien estimo

y lo quiero sobre mi alma,
es a Arganto, a ese poeta,
cuya altisonante fama
ha encendido en mis médulas,
ha puesto en mi vena cava
y ha infundido en mis arterias
tan dulce amorosa llama;
que si llego a ser su esposa,
seré la más feliz dama,
que llena de vanidad
se sentará en su ventana
diciendo a las envidiosas
que por esa calle pasan:
“Aprended a ser felices,
vedme a mí, que estoy casada
con el poeta mejor
que habita en el orbe”.

JAVIER: Calla,
jamás consentiré yo,
calavera lo que tratas:
ese Arganto es un pedante,
es un trompeta, un matraca,
que porque ha sido estudiante,
y sabe dar dos patadas,
hablar cuatro latinorios,
y gritar “ergo” en las aulas,
ha creído merecer
tu mano.

ROSA: ¡Jesús, que rabia!,
¡querer disminuir el mérito
que a mi Argantito acompaña!

¿No repara usted, señor,
cuando ese poeta habla,
los términos de cultura
que profiere en abundancia?
¿A más de esto no es buen mozo?
¿no tiene preciosa cara?;
¿qué importa que las orejas
las tenga un poquito largas,
si su nariz es bonita
del largor de media cuarta!
¿Y su boca!...

JAVIER: Calla, tonta;
carguen con mi cuerpo y alma,
con mis sentidos y potencias,
con mis brazos y mis patas,
con mi barriga y espalda,
con mis cuadriles y lomos,
con mi cogote y garganta,
con mi riñón y costillas,
con mi cabeza y mi panza
dos legiones de demonios,
o tres, si les da la gana,
o cuatro, si ellos quisieren,
o cinco, si hicieren falta,
como mis ojos te vean
con ese Arganto casada.
Don Silvestre es un buen hombre,
que aunque no habla palotadas,
es honrado, y a más de esto,
hija mía, te idolatra.

ROSA: Yo le aborrezco cruelmente.

JAVIER: Pronto lo querrás, muchacha.

ROSA: Jamás podré ni mirarlo.

JAVIER: A que te doy de patadas.

ROSA: No será la primera vez.

JAVIER: Ni la última, malvada.

ROSA: En fin, no me he de casar.

JAVIER: Pues, Rosa, teme mi rabia.

ROSA: Las personas que son libres,
y con más razón las damas,
deben casarse tan sólo
con el joven a quien aman.

JAVIER: Y las hijas que a sus padres
ninguna obediencia guardan,
a palos y garrotazos
se les enseña a guardarla.

BENITO: *(Entra).*

Señor, el viejo que enamorado
de mi señorita anda...
¡voto a Judas, que no sé
su nombre!: ¿cómo se llama?

JAVIER: Di lo que quiere, que el nombre
a ti no te importa nada.

BENITO: Sí me importa.

JAVIER: No te importa.

BENITO: Pues ya no he de hablar palabra,
ni he de decir el recado
con que el vejete me manda.

JAVIER: Vamos, no porfíes más,
que don Silvestre se llama.

BENITO: ¡Ah! Pues ese don Silvestre
dice que permiso aguarda
para venirle a besar
a mi señora las plantas.

ROSA: Dile que vaya a besar...

JAVIER: No me hables nada, muchacha.

BENITO: Pero, vamos, ¿qué le digo?

JAVIER: Dile que espere y no entre,
que yo le diré la causa.

BENITO: *(Yéndose)*
No hay otra causa, sino
que no quiere la muchacha. *(Se va)*.

JAVIER: Voy a ver a don Silvestre,
y llevármelo a su casa,
con él volveré, a fin
de que una visita te haga:
ámalo, hija mía, mira
que es hombre de prendas altas,
y serás siempre feliz
si con él te ves casada.

BENITO: *(Vuelve a entrar)*.
Señor: el vejete enamorado
está en la puerta de guardia,
con su sombrero y capote,
esperando a que usted salga.

JAVIER: Ya voy; tú tendrás cuidado

de que nadie entre a mi casa:
ni Arganto, ni San Arganto,
ni el Rey, ni el Cura, ni el Papa,
ni todo aquello que huela
a cosa de hombre.

BENITO: Bien; vaya
usted a su diligencia,
que quedará la muchacha
muy segura con Benito;
y si alguno viene a casa
no falta una buena piedra
con que darle por la cara.
(Aparte)
Engañando al viejo así
me va muy bien con mi ama.

JAVIER: Está bien, Benito; adiós. *(Se va)*.

ROSA: ¡Ojalá en treinta semanas
no volviera este vejete
a martirizarme el alma!

BENITO: No se aflija, señorita,
que ya vendrá a toda pata,
llevándose por delante
las puertas y las ventanas,
el poeta don Arganto,
a quien usted tanto ama.

ROSA: Dices bien; solo con eso
se consolarán mis ansias;
pero, cuidado, no seas
tú tan tosco en tus palabras;

habla con mayor cultura,
y si Arganto viene a casa,
veme a avisar, que yo voy
a escobillarme la manta. *(Se va)*.

BENITO: *(Solo)*.

Bien está: como una breva
de blanda está la muchacha;
el demonio del poeta
le ha caído mucho en gracia,
y yo lo estimo también,
porque es mozo y tiene plata.

Entra Arganto saltando y haciendo mil cortesías; saluda de este modo a Benito.

ARGANTO: Buenas auroras, Benito;
te beso lo que es besable,
te quiero lo que es querible,
te amo lo que es amable,
y entiendo lo inteligible:
¿Qué tal mi salutación?
sin que la escriba en papel
es mejor que aquella otra
del arcángel San Gabriel.
¿No es verdad?

BENITO: Muy señor mío
como usted me habla en francés,
yo no le entiendo palabra.

ARGANTO: ¿Qué francés, ni qué campanas,
altisonantes, batientes,
revellines y murallas?

BENITO: Señor: hable usted la lengua
que me enseñó mi madrastra,
si no me quedo en ayunas
sin entenderle palabra,
y ayunan a un mismo tiempo
mis orejas y mi panza.

ARGANTO: Cállate; que los balazos,
la munición y metralla
que ha disparado el cañón
del amor contra mi calva,
me tienen en situación
de casarme con la amada
prenda de mi corazón;
que aunque es malo que lo diga,
es parte de mi barriga,
y de mi cuerpo un riñón,
de mi pecho es un rincón,
es letra de mi papel,
es blanco de mi clavel,
ojos de mi voluntad,
de mi frente la mitad,
mi tambor y cascabel.
¿Has sabido, Benitito,
si soy de Rosa amadito?

BENITO: Por hablar con esos términos
de cultura, que usted gasta,
le digo a usted, mi señor,
en tres o cuatro palabras,
que mi señora lo quiere,
más que el ratón a la rata,

más que el gallo a la gallina,
más que el chivato a la cabra,
más que la lechuga al nabo,
y más que el fuego a las aguas.

ARGANTO: Al cabo has de ir aprendiendo
a usar tropos y metáforas;
pero dime ¿es *similvero*
que me *dilige* tu ama?

BENITO: *Similveros* ni *diliges*,
señor, no entiendo palabra;
le suplico que no me hable
otra vez en lengua extraña;
deje usted ese saber
para cuando hable con mi ama.

ARGANTO: Para mayor claridad,
lo que te digo, Benito,
es, ¿si estás enteradito
que me tiene voluntad
tu amita Rosa?

BENITO: Es verdad.

ARGANTO: ¿Quién te lo ha dicho?

BENITO: Ella misma.

ARGANTO: ¿En realidad de verdad?

BENITO: En verdad de realidad.

ARGANTO: ¿Sin faltar y sin mentir?

BENITO: Sin mentir y sin faltar.

ARGANTO: ¿Con constancia y con terneza?

BENITO: Con terneza y con constancia.

ARGANTO: ¿Sin mudanza o mutación?

BENITO: Sin mutación ni mudanza.

ARGANTO: Pues voy a darte un recado,
para que esta misma hora
lo digas a tu señora
conforme yo te lo he dado.

BENITO: Así me gusta que usted
hable en la lengua española;
¿qué recado le he de dar?

ARGANTO: Óyeme, y calla la boca.

BENITO: Oiga usted, señor amado;
el recado es excusado,
pues mi amita me ha mandado...

ARGANTO: ¡Hombre! Ya tú eres poeta.

BENITO: Señor, con esta receta...

ARGANTO: Mas, ¿qué ha dicho tu amita?

BENITO: Que si usted venía a casa
le avisase prontamente,
que vendría sin tardanza
a recibir a su amado
con brazos, ojos y patas.

ARGANTO: No obstante, yo quiero irme,
poco después volveré,
el recado dejaré
y tú procura servirme.

BENITO: Con cuatro libras, de gusto
desde hoy te serviré.

ARGANTO: Pues dile a tu señorita
que me quiera muy discreta,
pues a más de ser poeta
nada me falta, nadita;
tengo una bolsa llenita
de hormillas y de botones,
tengo este par de calzones,
medio pliego de papel,
un cuchillo, un cascabel,
un plato y dos calderones;
tengo a más de esto una silla,
que aunque no tiene espaldar,
si se quiere recostar
le buscaré una almohadilla;
media onza de arenilla
también tengo bien guardada:
en fin, no me falta nada
fuera de ropa y dinero
y eso porque yo no quiero
robar; pero si mi amada
Rosa se casa conmigo...
Pero, ¿dónde vas, Benito?

BENITO: Voy a traer un papelito
para apuntar al momento,
esa riqueza que usted
tiene en su casa, pues veo
que si yo no las apunto
se me olvidarán, y luego,
no sabrá mi amita Rosa
lo rico que es su mozuelo.

(*Aparte*)

Un pobretón de demonio
había sido este pergenio.

ARGANTO: No es preciso: solamente
que digas a tu ama quiero,
que excepto solo el dinero,
y cama y ropa corriente,
tengo todo lo demás
en mi casa. Adiós, verás
cómo prontamente vuelvo.

BENITO: ¿Y dónde va usted, señor?

ARGANTO: Voy a ver si me regalan
palillos fuego-vomentes.

BENITO: Yo no conozco esas gentes.

ARGANTO: ¿No sabes tú lo que son
palillos fuego-vomentes?

BENITO: Ni por la imaginación
se me han pasado esos entes.

ARGANTO: Son los cigarros, que así,
los cultos los llaman hoy,
pues cuando pitando estoy
vomito fuego; ve aquí
por qué se llaman así.

BENITO: Bien está. Venga usted pronto.

ARGANTO: (*Yéndose*)

Volveré sin dilación;
¡oh, cuánto, cuán mucho siento
el no haber podido usar

con aqueste muchachuelo
mis términos de cultura,
y mi lenguaje moderno!
pero yo los usaré,
en volviendo, sin remedio. (*Se va*).

BENITO: (*Solo, gritando*)
Amita Rosa; ama Rosa,
venga usted, mi mariposa,
no se muestre perezosa,
acérquese presurosa,
que ha venido don...¡por vida,
que no encuentro consonante!

ROSA: (*Sale*).
¿Qué es esto Benito mío?
¿Pero que ya eres poeta?

BENITO: Don Arganto me enseñó.

ROSA: ¿Y qué estuvo aquí mi perla?

BENITO: Sí señora, pronto vuelve,
y dice que usted lo quiera,
que es muy rico: tiene hormillas,
un cuchillo y una mesa,
medio pliego de papel,
una silla patituerta,
media onza de arenilla,
un plato con dos calderas;
en fin, tan sólo dinero
y ropa no sé que tenga.

ROSA: Eso no importa, pues yo
nunca soy interesada;
aunque no tenga dinero

a río revuelto ganancia de pescadores

lo quiero más que a mi alma.

*Sale el Sacristán con sombrero, sotana y bastón; y sin hablar
ni ver a nadie –paseándose– dice:*

SACRISTAN: A la una al *Kyrie eleison*,
a las dos al campanario,
a las tres al incensario,
a las cuatro a procesión,
a las cinco a extremaunción,
a las seis a ayudar Misa,
a las siete, la camisa
me puse, la sobrepelliz,
a las ocho, a un infeliz
que le estaba dando risa,
fui a ayudar a bien morir;
a las nueve, a repetir
la novena del Rosario;
a las diez, un relicario
fui a llevar a componer
a las once, fui a traer
la sotana de mi cura;
y a las doce a mi hermosura
la vengo a abrazar y ver.

*Al decir los dos últimos versos, ve a Rosa y la va a abrazar, y
a lo que ve a Arganto, que va entrando a la sazón, corre en
puntas de pie y, callado, le empieza a dar trompadas; a este
mismo tiempo, Benito se tira al suelo riéndose, y el Sacristán,
corriendo, dice lo que sigue:*

SACRISTAN: *Kyrie eleison, eleison*,
que me rompan la cabeza;
Domine ad ajuvandum
me festina, con presteza.

ARGANTO: Demonio de sacristán,
¿qué bruja, di, tan traviesa
te ha metido en la cabeza
que enamores tú también?
¿No sabes que solo a quien
es poeta, como yo,
la gracia se concedió
de enamorar esta Rosa?

SACRISTAN: Usted enamore en verso,
yo la enamoraré en prosa.

ARGANTO: Pero si ella no te quiere.

BENITO: *(Desde el suelo)*
Sabe Dios si le querrá.

SACRISTAN: Adivinaste: la niña
con más razón amaré
no a un poeta como tú,
sino a un triste sacristán.

ROSA: Señores, por Dios, les pido...

BENITO: *(Desde el suelo)*
Déjelos: veamos las fiestas
de qué modo acabarán;
¡ojalá le rompan el alma
al diablo del sacristán!

SACRISTAN: Tal vez que la muchachuela
se esté muriendo por mí.
¿No es así, niña?

ROSA: ¿Por ti?
¿Qué más, infame, quisieras?

SACRISTAN: Querida *Domina mea*,
ego siendo sacristán,
dabo tibi, si tú quieres,
rentas meas que me dan.

BENITO: *(Desde el suelo)*
El poeta habla en francés,
y este sacristán en griego.

ARGANTO: Ven, monigote, te ruego
y preguntemos cuál es
al que quiere la morena.

BENITO: Esto sigue, es cosa buena,
aquí le levante yo. *(Se levanta)*.

ROSA: Vete, Benito, a la puerta,
y ve si vienen los viejos,
que no quiero que me encuentren
con estos mozos.

BENITO: No quiero.

ROSA: Vete, Benito, no hagas
que me impaciente.

BENITO: No quiero.

ROSA: Ya ves, Benitito mío,
que si mi padre...

BENITO: *(Más alto)*

No quiero.

ARGANTO: Vete, que yo te daré
un verso para cantar.

SACRISTAN: Veré que dentro de poco
haré que seas sacristán.

BENITO: Voyme por obedecer
a aquel que me ha hecho poeta,
y me ha dado una receta
para que no hable mi jeta
sino en verso; voyme ya.
(*Se va corriendo*).

ARGANTO: (*A Rosa*)
Vamos, sombra del Oriente,
vamos, reina de las flores,
albañal de resplandores,
y antorcha del Occidente;
hable tu labio trompeta,
del sacristán o el poeta,
¿a quién quieres más querida?

ROSA: A ti, antorcha de mi vida.

SACRISTAN: ¡*Oh, pulcra Domina mea!*,
¿por qué contra esta librea
de sotana y de manteo
tan irritada te ves?
Si tú *diligis* a mí,
ego *deligebo* a ti,
y con esta *dileccione*
in utroque corazone...

ROSA: Cállese usted, Sacristán,
no puede usted concebir
el fastidio que dan
los monigotes a mí.

ARGANTO: ¿Y los rimbombos poetas
te placen, paloma mía?

ROSA: ¡Jesús, alhajita mía!,
ya sabes que soy discreta.

ARGANTO: Vamos, señor Sacristán,
migre usted luego de aquí,
que tan sólo me ama a mí
esta muchacha: larán.

SACRISTAN: Si me quiere robaré
incienso en la Catedral
para que pueda su casa
y sus polleras sahumar.

ARGANTO: No, Rosita, que yo a ti
te enseñaré a bien hablar;
términos campanilludos,
solamente hemos de usar.

ROSA: Ya sabes, Arganto mío,
que soy firme para ti,
y mi amor dista del suyo
como el cenit del nadir.

ARGANTO: ¡Oh, qué culta estás, mi vida!,
¡que rimbombante estoy!

Entra Benito corriendo, y gritando dice:

BENITO: Oigan, oigan con los diablos,
que ya vienen los dos viejos,
cada cual con su bastón
y caminando ligero.

SACRISTAN: ¿Sí? Pues bajo de esta mesa
guardo muy bien mi pellejo.
(*Se esconde debajo de la mesa*).

ARGANTO: *(A Rosa)*

Pues yo, luciente farol
de mi vida balbuciente,
me voy: porque es evidente
que mis pulcros consonantes
no me podrán libertar
de los palos que los viejos
irritados me han de dar.

ROSA: ¡Cuánto lo siento, mi Adonis!

BENITO: Los viejos se acercan ya.

ARGANTO: *(Asustado)*

Y la puerta, ¿dónde está?

BENITO: *(Riéndose)*

Desde que se hizo la casa
está en el mismo lugar.

Arganto va a salir, a tiempo que por la misma puerta entran don Javier y don Silvestre, los que se encuentran con Arganto. Javier levanta el palo para pegarle; Arganto retrocede asustado; Rosa se asusta; Benito, riéndose, se tira al suelo; don Silvestre, con señales de amor, se acerca a Rosa. Don Javier, corriendo a Arganto, dice los dos primeros versos que siguen, concluidos los cuales se para.

JAVIER: Poetilla del demonio,
indecente malandrín.

ARGANTO: No me trate usted así,
insolente vejestorio,
porque con un latinorio,
y un término altisonante...

JAVIER: ¡Qué altisonante ni diablos! *(Le pega)*.

BENITO: *(Desde el suelo)*

¡Ay, Jesús!, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!

ROSA: *(Llorando)*

Yo me muero de dolor
al ver a mi poetita.

SILVESTRE: No, mi querida Rosita,
centro de todo mi amor;
soy viejo, pero conservo
para ti todo mi corazón.

ROSA: Quítese, usted don Silvestre,
porque no le puedo ver.

ARGANTO: ¿Todavía no has de entender,
vejete, que no te quiere?

JAVIER: *(Le pega)*.

Calla la boca, trompeta.

BENITO: *(Desde el suelo)*

Si le pegan más se muere.

SILVESTRE: ¿Y por qué la señorita
no me ha de querer a mí,
sabiendo que soy honrado,
y que puedo subsistir,
sin andar importunando,
por aquí ni por allí,
para que me den un pan,
como usted, so malandrín?

ARGANTO: Pero usted no sabe hablar
en el estilo francés.

JAVIER: Cállate, diablo. ¡Rosita,
al señor has de querer!

SILVESTRE: ¿No me ama usted, señorita?

ROSA: *(Contando con los dedos)*
Una, dos, tres, cuatro, cinco,
y seis veces digo a usted,
que sólo de mí Argantito
he sido, soy y seré.

JAVIER: Pues su esposa no serás.

ARGANTO: Pues me voy al abogado,
para que al momento venga,
y un punto no se detenga,
y mis derechos sostenga,
y con justicia mantenga
lo que a mí más me convenga.

JAVIER: Que diablo de tenga y venga
salvajón de los demonios. *(Le pega).*

ARGANTO: Ahora veréis, vejestorios,
lo que ha de costar la fiesta. *(Se va).*

BENITO: *(Desde el suelo, gritando)*
Tan, tan tan, Sacristán.

JAVIER: Calla, Benito.

SILVESTRE: Señora,
en todo el mundo no habrá
quien te quiera más que yo,
ni marido has de encontrar
que más valga.

BENITO: *(Gritando)*
¡Sacristán!

ROSA: *(Aparte a Benito)*
Benito, mira que importa
el secreto. ¿Callarás?

a río revuelto ganancia de pescadores

BENITO: Salga, que no lo han de ver.

SILVESTRE: Calla, muchacho, que quiero
mi casamiento ajustar.

BENITO: Pero, señor, si yo quiero
que se asome el Sacristán.

ROSA: No se canse, don Silvestre,
su esposa nunca seré,
porque ya el centro encontré
en el que descansa Rosa,
y así, sólo seré esposa
de Arganto, mi dueño amado.

JAVIER: Este muchacho malvado
tiene la culpa de todo,
pues dejó entrar en mi casa
a este poeta o demonio;
voy a darle una paliza
a este muchacho tan torpe.

Levanta don Javier el palo para darle a Benito, pero a lo que este le habla, se suspende. Benito se levanta del suelo.

BENITO: No me pegue usted, señor,
y le diré con verdad,
que bajo de aquella mesa
está oculto un sacristán.

Al decir esto, sale el Sacristán apresurado de debajo de la mesa y, asustado, dice:

SACRISTAN: *Kyrie eleison, eleison,*
voyme ya, no me hagan nada,
a oír la misa cantada,

y a tocar a prebendados,
pues no quiero en este mundo
más circunloquio primero,
ni circunloquio segundo.

Va don Javier corriendo al Sacristán para pegarle, y al salir este huyendo, entran por la misma puerta Arganto y el Abogado; al verlos el Sacristán, se vuelve diciendo los primeros versos que siguen:

SACRISTAN: *Miserere mei* pronto,
señor *Domine* abogado,
porque aqueste don Javier
quiere *mihi* dare palos.

ARGANTO: Sí, señor, apropincuemos
y ajustemos al momento
mi deseado casamiento.

ABOGADO: Vamos, señor don Javier,
justicia est certum derechum
de dare quod suyo es,
y no dar lo que es *agenun.*
¿Entiende usted?

JAVIER: Sí, señor.

ABOGADO: Y después de saber eso,
¿cómo ha pretendido usted,
del modo más indiscreto,
casar esta pobre moza
contra su gusto y su genio?

ROSA: Sí, señor; líbreme usted
de ese viejo majadero.

BENITO: *(En voz alta)*

En la gaceta ha venido
la derrota de un ejército.

ABOGADO: *(Se sienta).*

Oigamos a las dos partes
para juzgar con acierto.

SILVESTRE: Yo, señor, soy un pobre hombre,
que no tengo que alegar,
sino que mi don Javier
me ha prometido casar
con su hija; yo la idolatro,
y ella no me puede hablar.

ABOGADO: ¿Y la otra parte, qué dice?

BENITO: ¿Quién, yo?

ABOGADO: No, animal.

ARGANTO: Señor dueño de lo justo,
yo tengo mucha razón,
pues me dio su corazón
la niña, y yo de ella gusto;
que el viejo o el Sacristán...

SACRISTAN: ¿Y cuándo yo digo nada?

ARGANTO: Comen de mi propio pan,
y me usurpan el derecho
que las leyes, dicho y hecho,
me conceden y me dan.

ABOGADO: Dice usted mucha verdad.

ARGANTO: Soy poeta sobre todo.

ABOGADO: Que se pruebe de algún modo.

ARGANTO: Proponga usted el asunto

en que he de poetizar.

ABOGADO: La historia ha de ser el punto sobre que se ha de tratar.

ARGANTO: César, Pompeyo, Sansón, Cartesio, Ulises, Menandro, Holofernes, Alejandro, Aníbal, Numa, Escipión, Jerjes, Darío, Gedeón, Menelao, Jonatás, Séneca, Herodes, Anás, Aquiles, Nemrod, Samuel, Epaminondas, Abel, Mecencio, Eneas, Caifás, Quinto Curcio, Faraón, Leonidas, Mintas, Virgilio, Aristóteles, Ovidio, Diógenes, Turno, Solón, Filippo, Marcial, Platón, con Tito, y con Vespaciano, asolaron el Romano Imperio. ¡Que barbarismo! y lo dejaron lo mismo que la palma de la mano.

ROSA: ¡Jesús, qué sabiduría!

JAVIER: ¡Cáscaras con el salvaje!

SILVESTRE: ¡Qué bestia lo pariría!

ABOGADO: Amigo, muy bien lo hace.

ARGANTO: Geógrafo también soy.

ABOGADO: La prueba esperando estoy.

ARGANTO: En la línea equinoccial, al lado del polo antártico, a los dos grados del ártico entre la zona glacial, donde el hemisferio austral divide nuestro horizonte, a cuatro millas de un monte inaccesible y fragoso, es la patria del famoso gran poeta Anacreonte.

ABOGADO: ¡Raro ingenio!

JAVIER: ¡Raro bárbaro!

ROSA: ¡Qué talento tan agudo!

SILVESTRE: Como punta de colchón.

ABOGADO: Pues, señor don Javier mío, la recta justicia ordena, según dice Justiniano, Gómez, Vinio y Avicena, el Conde de la Cañada, los Digestos y Porsena, San Ambrosio y Tertuliano, con Santo Tomás, etcétera, que no se puede a la niña de ningún modo o manera casarla contra su gusto con un hombre que no quiera.

JAVIER: Buenas bestias son usted, la muchacha y el poeta.

ABOGADO: Calle usted, porque si no yo le ajustaré la cuenta. *(Se para).*

JAVIER: Vaya usted enhoramala,
y nunca a mi casa vuelva.

ABOGADO: ¿Cómo es eso de *noramala*?
¡por vida de mis guedejas!

SILVESTRE: Pues si usted ni es abogado
ni ha visto el Cristo siquiera.

ABOGADO: Que más se quisiera usted;
yo a los dos meses no más
de haber entrado en la escuela
supe la primera hoja
de mi cartilla, entera;
y de la escuela salí
escribiendo de cuarenta.

ARGANTO: Señor Juez, ¿qué hacemos pues?

ABOGADO: Echar a estos insolentes.

BENITO: Corriente, amigo, corriente.

SACRISTAN: Por activa y por pasiva,
por gerundio y subjuntivo,
por el modo indicativo,
por el verbo *sum, es, fui*,
por participio y trebejos
aporreemos a estos viejos,
y que se vayan de aquí.

JAVIER: ¿A quién aporrear? ¿A mí?

ABOGADO, SACRISTÁN, ARGANTO, BENITO:
Sí, señor, y prontamente.

Los cuatro empiezan a aporrear a los dos viejos.

JAVIER: (*Huyendo*)

Desde este punto, hija mía,
te niego mi bendición.

ROSA: Bravas penas paso yo.

SACRISTÁN: Para eso tiene la mía.
(*Le echa la bendición.*)

SILVESTRE: Rosa, ya no te habré de querer.

ARGANTO: Para eso te quiero yo.

Se van los dos viejos.

ROSA: (*Al Abogado*)
Señor, gracias impotentes
os tributa mi albedrío,
porque habéis al gusto mío
cooperado diligente.

ABOGADO: Dé usted la mano de esposa
a don Arganto y que él,
en señal de ser su esposo,
se la estreche a usted también.

ARGANTO: Rebosando en mil delicias
se la estrecho muy gustoso;
ven acá, ferosa mía,
ya se acabó tu disgusto,
ya serás feliz ahora
casada con tu Argantuco.

ABOGADO: La paga de mi trabajo
es tan solo lo que espero.

ARGANTO: Mi Sacristán, mi Benito,
amigos los tres a un tiempo,
démosle al abogadillo
palos, en vez de dinero.

Los tres van a porrazos sobre el Abogado.

ABOGADO: *(Corriendo)*

Pícaros, después que yo
los dejo tan bien casados.

ARGANTO: Démosle hasta que se vaya.

Le dan.

ABOGADO: *(Se va huyendo)*

¡Vayan ustedes al diablo!

ROSA: ¡Jesús, cuánto me divierten
estos apacibles ratos!

ARGANTO: Querida mía, el poeta
no puede tener contrarios,
porque a todos vence
o a palos o a terminazos.

SACRISTAN: Ahora falta solamente
que yo le haga mis cariños
a mi novia refulgente,
por participio de presente,
y al son del *Kyrie eleison*.

ARGANTO: ¡Cariños a mi mujer!
¡Un demonio para ti!

SACRISTAN: ¿Y la una mitad no es tuya
y la otra para mí?

ARGANTO: No me hables otra palabra
sobre ese particular.

SACRISTAN: No hay remedio, mis obsequios
un momento ha de aguantar.

a río revuelto ganancia de pescadores

ARGANTO: Toma obsequios. *(Le pega)*

SACRISTAN: Toma tu también. *(Le pega)*.

*Se agarran a pelear, y lo que los ve Benito, carga con la
muchacha y se la lleva, diciendo:*

BENITO: Ahora me la llevo al cura,
y me caso sin temores;
porque a que me dé el sí
la obligaré a pescozones:
Señores, a río revuelto
ganancia de pescadores.

FIN



Sainetes gauchescos



El valiente fanfarrón
y criollo socarrón
o El gaucho 1ª Parte

Anónimo

> el valiente fanfarrón y criollo socarrón o el gaucho 1ª parte

Sainete

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL

1ª. JUANCHO

2ª. JUSEPA

3ª. PANCHA

4ª. CHIVICO

5ª. GARCÍA, *valiente fanfarrón*

6ª. UN SACRISTÁN

7ª. EL ALCALDE DEL PAGO
ALGUACILES

8ª. CHINGOLO

LA ESCENA REPRESENTA UN RANCHO, EN EL QUE HABRÁ DOS CABEZAS DE VACA POR ASIENTOS, UN BANQUILLO, UN BRASERO EN MEDIO, CON FUEGO Y EN ÉL UNA CALDERA CON AGUA CALIENTE. AL CORRERSE EL TELÓN APARECE JUANCHO EN UNA CAMA HECHA DE SU RECADO; JUSEPA Y PANCHA SENTADAS EN UN CUERO JUNTO AL FUEGO TOMANDO MATE Y SOPLANDO EL FUEGO LA UNA CON LA POLLERA, SE SIENTA JUANCHO EN LA CAMA Y DESPUÉS DE BOSTEZAR Y ASPEREZARSE DICE:

JUANCHO: Pucha, como mei dormido decho parece ques tarde ¿Jusepa has sacado leche? Echa, pues, viamos un mate.

Sale debaxo del poncho con botas y espuelas, bosteza, arrima una cabeza al fuego, se sienta junto a su hija, dándole palmadas.

Hija dun cabrón, la muchacha,

si estás gorda, Dios te guarde:

¡Si pareces una vaca!

besá la mano a tu Padre. *(Le da la mano).*

PANCHA: ¿Mi padre la bendición? (*Rascándose la cabeza*).

JUANCHO: Dios te bendiga, y te guarde, y te haga una santa ancina, como la yegua é tu madre.

JUSEPA: ¡Animal! ya empieza el bruto: (*Le da mate*)
no siá sonso; tome y calle
que más se quisiera uste
anoche ha estao de bayle:
demontre el viejo baboso,
a-quioras vino á acostarse.

PANCHA: ¿Con que usté se fue al fandango,
y no ha venido á yvarme?

JUANCHO: Y en verdá que me pesó
por que casi no había nadie:
yo hice tocar zapateao
y no había quien bailase:
¡no ei visto Chinas mas sonsas,
fandango mas miserable!
ni cigarros ni aguardiente
paa remojar el gasnate:
ve, hija, si está mi caayo,
echa pues, vieja otro mate.

Se va Pancha rascándose la cabeza a dos manos.

¿Ño Chivico no ha güelto?
el se fue al Pueblo ayer tarde.

Sale Pancha lo mismo que fue.

PANCHA: Mi padre no está el caayo
puee ser quee soltase:
aya viene uno al galope,

y es ño Chivico me hace.

JUANCHO: Aonde diablos se habrá ido (*Se levanta y se asoma*).
este animal: más-sperate
aya había estado en el vajo:
Chivico és, ben lo pispastes
sopla Jusepa ese fuego
mate chirle me encaxaste.

JUSEPA: No hay yerva: ¿por qué tu anoche
del fandango no agarraste?

JUANCHO: Aora mi amigo Chivico
veremos si alguna trae.

Dentra Chivico

CHIVICO: Lao sea Dios.

JUANCHO Y JUSEPA :
Paa siempre.

JUANCHO: Amigo Chivico, bajese.

Sale Chivico con el sombrero á medio sacar y una bolsita en la cintura la que traera yerva.

CHIVICO: Güenos días les de Dios.

JUANCHO: Dentre, amigo, Dios le guarde;
habrá galopao mucho
velay aquí onde sentarse.
(*Le arrima una cabeza al fuego*).
¿Como le ha ido en el Pueblo
que hay por aya de novedades?

CHIVICO: Jó una perra el mancarron,
de gordo está que no vale

á fuerza dé-espuela apenas
lo hei hecho que galopase:
decho está torpe y pesao;
¿no ve como estoy é-sangre?
¿Como está ña Jusepa?

JUSEPA: Guena páa guste me mande;
¿y á uste como le había ido?

CHIVICO: Siempre de verla con ambre.

JUANCHO: ¿Amigo Chivico yerva
por fortuna no nos trae?

CHIVICO: Sí amigo media librita
(Saca la bolsa de la cintura).
nesta bolsita trage
por que too está tan caro
que dá miedo: ¡Dios nos guarde!
Tome pues ña Jusepa
y valla sebando mate;
Ña Panchita, ¿como le ha ido?
Uste siempre, ya se sabe
como la Rosa de Mayo.

PANCHITA: Sí Señor, Dios se lo pague. *(Rascándose á dos manos).*
¡Ha ño Chivico! cierto
que se ha perdido-el bayle.

JUSEPA: Toma el mate, che Panchita
levantate y alcánzale. *(Le da el mate).*

CHIVICO: Uste y ña Jusepa
habrán zapatao bastante;
¡ah! ¡ña Panchita vieja!
No há haber otra que la iguale,

y ¿ña Jusepa es barro?
aquí en el pago es en balde
yo la echo á sacar la oreja
de tapao, aunque me ganen:
por eso ño García
cierto que anda que se lambe;
y ese Doctor Sancrinstan
pero al pobre ¡Dios le guarde!
que se ande, no más, chanciando,
verá que caro le sale,
pues también al guapetón
le hei arrimar el come-carne. *(Da el mate).*

JUANCHO: No se-noje amigo viejo.

CHIVICO: Ño Juancho uste no sabe
yo me enfao con razon,
mucho tengo que contarle.

JUANCHO: Voy arrimar mi Caayo... *(Se para y se aspereza).*
Pero igame, amigo, antes
¿no mi ha visto por fortuna
aquel malacara grande?

CHIVICO: ¿Aquel que solía estar
en la e los alazanes?

JUANCHO: Sia-partao é la yegua
y yo no se onde pase:
hei campeao por too eso
ni el rastro hei podido hallarle:
¡un animal tan seguro,
que nunca suele-apartarse!

CHIVICO: ¿El no tenía su marca?

JUANCHO: Del jamon haci-esta parte (*Se señala á sí mismo*).
al lao el enlazar
tenía esta marca acordate:
(*Saca el cuchillo y pinta la marca en el suelo*)
aquí le hacía como flor
y media luna al remate.

CHIVICO: Dice bien ora me acuerdo:
es la é la estancia grande.

JUANCHO: Esa mesma, vé por ahí
si acaso me lo topases:
voy á ensiyar paa que vamos
á mudar y campiar carne. (*Vase sacando el recado*).

CHIVICO: Ahora vamos al campo
y han e venir al instante
el Guapetón y el doctor
émanos á jugararse
Vms. tienen la culpa
que han é exar manosearse.

JUSEPA: Ño Chivico le consta
que yo no doy mano á nadie:
ño García es un hombre
que he confiao le traes.

CHIVICO: Pues ña Jusepa uste
¿por que no lo echa á la calle?

JUSEPA: Por ques amigo de Juancho
y Juancho puede enojarse.

CHIVICO: No, pues á ese Sancrinstan
puee quel diablo lo cargue:

con usted, ña Panchita
me ha-e quitar que me case
ya le he-icho muchas veces
que una guantada lencage;
pero uste se hace la sonsa
y le exa que se abrase.

PANCHITA: Ora, ¿pues yo queide hacer?
Avisel-usté á mi padre.

CHIVICO: Aorita nomas que vamos
toitito heide contarle
que por que yo me hago sonso
amí... si no hay quien mengaño:
cierto que á estos dos lagartos
los conosco días hace.

Sale Juancho, refregándose las manos y se suena en el poncho que trae.

JUANCHO: Amigo Chivico, vamos. (*Se para, vase*).

CHIVICO: Si seño quando gustare.
Queen con Dios hasta luego. (*Vase*).

JUANCHO: Poné un asao, si hay carne. (*Vase*).

JUSEPA: Hecho el diablo está Chivico:
haz-muy bien denojarse;
pero si ño García
no hei visto hombre mas infame
ya le heícho que no juegue
y no quiere sosegarse.

PANCHITA: El Doctor es muy travieso
pero el siempre me trae

recortes de ostia y por eso
yo no me atrevo á pegarle.

JUSEPA: Pues verás como Chivico
á tu padre ha de avisarle.

PANCHITA: Mejor: ojala los eche
si Chivico ha enojarse.
Vamos á ver la quajaa,
no se que sa vinagre... *(Sale, se asoma y vuelve)*.
ya vienen los dos postemas
vamonos al corral, madre.

JUSEPA: Dexalos no mas que vengan,
vení á mi lao sentate.

*Sale el Sacristán de negro, corto, ridículo, un palito en la mano.
García de chaqueta, espada en cinto, un par de pistolas á la
cintura, y caravina debajo del brazo.*

SACRISTAN: Hic est domus; bueno vá.

GARCIA: Deo gracias.

SACRISTAN: Amica, ave.

JUSEPA: No os mires; sopla el fuego *(Aparte á Pancha)*
dejalos nomas; cayate.

GARCIA: Hermosísima Jusepa.

SACRISTAN: Pancha, Panchorum de Panchis.

GARCIA: Permítame que á su lado...

SACRISTAN: Permítame que arrimarme...

GARCIA: Pueda llegar este amante.

SACRISTAN: Sea Cardenal á latere,
y en esta monda y lironda

sea su vicario á Capite. *(Arrima una cabeza y se sienta)*.

GARCIA: ¿Doña Chepa esta Vmd. muda?

JUSEPA: ¡Ora! ¿que quiere que se hable?

GARCIA: Saludarnos con cariño
y mas á este fino amante.

SACRISTAN: Panchita mia, ¿que tienes?
¿que no has querido mirarme?
vaya, tu quieres recortes
toma que aquí te los trage. *(Le da recortes)*

GARCÍA: Valla Chepita un cigarro
del Paraguay que es mas suave.

JUSEPA: Estimo mucho. *(Lo toma, enciende y pita)*.

GARCIA: ¿Es ámi, ó al cigarro?

JUSEPA: Quien lo sabe...

SACRISTAN: García amigo malorum,
aquí hay novedad notable:
mucho silencio estas caras
nada tienen hoy de afables:
no nos convidan siquiera
con el divino brevage
á quien los Doctores damos
propio el nombre de Zumaque.
Doña Jusepa en su gesto
vivo retrato es del angel
á quien Príncipe tenebrosus
llamaron Obispos y Frayles.
Mi Panchita, mil pucheros
está aciendo y mil visages

y entre lagrimas y mocos
dá indicios de sus pesares:
vaya Pancha de mi vida
¿un cariñito no me haces?
dame á besar esa mano
con que hoy sin duda ordeñaste...

Quiere tomarle la mano y ella la retira con enfado.

PANCHITA: No sea confiado, antes que
una guantaa le zampe.

SACRISTAN: No, yo de ese proveido
le doy traslado á la parte. *(Señalándole).*

GARCIA: Jusepa, monina, vaya
¿á tu García constante
no le dás una manopla
con que tanto incendio aplaque?

JUSEPA: Haga chispa, como no;
que no venga a incomodarme
le heícho muchas veces;
pero uste ni caso que hace:
Chivico anda maliciando,
y á Juancho que ha é contarle,
esta mañana lo ijo
de uste y el doctor los lances;
y á Pancha le ijo hoy
que un guen guanton le soplase,
al Doctor, y que á el y á uste
yo al infierno los mandase:
con que así ño García
Chivico quiere casarse,

Juancho no es de güenas pulgas
y el pago no quiere que hable
asi U. con el doctor
será bueno que se larguen:
vamonos Pancha al corral
la quaja no se pase.

Vanse las dos

SACRISTAN: Ahora sí que nos dejaron
qual suele decirse amabilis.
Ay amor! requien eternum
Pancha, requiestat in pace.
García, ¿que te parece?
el tal Chivico vergante
ya á la hora de esta le ha dado
á Juancho el muy votarate,
de todos nuestros amores
cuenta y si ellos vuelven... zape
y nos encuentran aquí
está á riesgo que nos casquen.

GARCIA: ¿Como es eso de cascar?
vaya que eres un cobarde
teniendo al lado un García,
¿que puede haber que te espante?
¿Digo, son estas de corcho?
(Las pistolas).
¿Esta espaa nada vale?
pues dígame si esta acaso
la traigo yo aquí devalde.
(Por la carabina).
¿Pero que digo con armas?

como un poquito me enfade
á punta-pies solamente
arrollase cien gigantes.
Por cierto es bonito el niño!
que con fiestas no se anden,
que los Juanchos y Chivicos
han de volar por los ayres.
No nos hemos de ir,
Doctor, amigo, corage,
y si acaso hay de nuevo algo
dejame a mí esos salvages.

SACRISTAN: Eso sí, amigo García
vive un hombre bonitatem:
y con tan buen adjutorium
vaya el amor adelante.

GARCIA: No hay cuidado mi Dotor
que aquí el cobre bien se vate.

SACRISTAN: Pues vamos, vamos García
allá al corral á ayudarles,
que están apretando quesos
y á mí algo me aprieta el hambre.

Vanse. Pito. (Telón). Aparece selva corta.

Salen Juancho y Chivico y al salir dice Juancho.

JUANCHO: Dejele la rienda arriba,
ni pa pienso hay maniarse
sientese amigo Chivico
viamos su yesquero saque.

CHIVICO: Ahora, ño Juancho, quiero
(y perdone que lenfáde)

muchas cosas que uste inora
que hay en su casa avisarle.
Ño Juancho, yo soy mozo
pobre, como todos saben,
pero soy mozo de prendas,
buen lomiyo, buen herrage,
mis guenas gergas, guen poncho,
siguro está que me falten,
y tengo gracias á Dios
mi tropilla de animales.
Soy mozo traajador
y en cualquier yerra ó aparte
no yerro tiro de lazo
ni echo las bolas en valde.

JUANCHO: Es cierto amigo, y por eso
le hei ofreció á Pancha darle.

CHIVICO: Por eso mismo, sí seño,
ya el diablo está por llevarme
porque ha he saber uste
que quando uste al campo sale
ese guapetón García,
y ese que habla ese language...
ese Dotor Sancrinstantan
que en jamas lo entiende naides,
lo estan expiando y luegoito
se vienen á chacotearse
con ña Jusepa y Pancha:
eyos suelen recelarse
de mí, pero atras del horno
suelo yo á veces estarme:

y desde allí lo he visto
y casi echo un disparate,
y así uste ponga remedio,
por que si esos siempre entrasen
en su casa ño Juancho
yo del Pago heide ausentarme:
la verdad no mas léigo
y haguste lo que gustare. *(Se levanta)*.

JUANCHO: Con que toitito eso había
¿por que no ma icho antes?
yo pondré remedio en too,
conmigo no han de chanciarse:
dígame, amigo, ¿Jusepa
y Pancha que es lo que hacen?

CHIVICO: Ña Jusepa los reta
¡pero eyos-que sosegarse!

JUANCHO: Si supiera yo que en
casa aora los encontrase,
derechito había díó
por que el caso ejimportante.

CHIVICO: Tan fixo es que están
alla como uste es Juancho González.

JUANCHO: Pues, amigo, venga, monte,
vamos un susto a pegarles.
Mejor será con las bolas
los caracus ablandarles.

CHIVICO: Como uste disponga, amigo,
montemos pues; pero aguarde
que por aquellas quchillas

se alborotan los baguales.

JUANCHO: Tal vez sea Chingolito
que aora Blas mi compadre,
al Pueblo se lo yevo
y puee-que ya no tarde.

CHIVICO: El nomas tiene-éseos,
porqués cosa que se lambe
por andar violando potros,
y es muchacho é corage.

JUANCHO: Por cierto amigo, que lo es
y de un bagual ha hecho á parte:
montemos, saque las volas
no se-cosa que dispare.

Vanse.

Aparece un rancho con su banderita y su palenque. Sale Chivico.

CHIVICO: Hy pu... en el sayno negro
cierto que me le agaché,
y al primer tiro de bolas
tun, tun, tun aya se fue.

Sale Juancho.

JUANCHO: Dejalo nomas Chingolo
que se revuelque-en el suelo:
vamos á tomar un trago
por que uste ha de traer dinero.

Se acercan al rancho, hablan con uno; sacan un baso y se ponen á tomar, recostándose al palenque. Sale Chingolo.

CHINGOLO: ¿Peo ha visto ño Chivico
que gordesta que moruno?

CHIVICO: Ña Jusepa lo ha e-querer
paa que sea su cojudo.

JUANCHO: ¿Muchacho donde ha andao
que tey estao-sperando;
y-espues de tantos días
nos venís alborotando?

CHINGOLO: Hey andao por el pueblo
con el amigo Ramón,
¡bien haya el hombre! por Cristo
tan amigo éprosicion.

JUANCHO: Vaya, contanos que viste.

CHIVICO: ¿Amigo Chingolo que vió?

CHINGOLO: Yo ví un Santo muy grandote,
que llevaban entreos,
con un perro, que sin duda
debía ser muy comilón,
pues un panbaso en la boca
tenía de este grandor. *(Señala en el cuerpo).*

JUANCHO: Hombre que Santo era ese?

CHINGOLO: Dis-que San Pasqual baylon.

JUANCHO: ¿Que mas viste Chingolito?

CHINGOLO: Ví, peo que se yo
muchos Padres que allí andaban
cantando queinchion,
con un cogote lo mismo
que lonjas de mancarrón.

JUANCHO: Amigo Chivico ha visto
que-e too da razon?
Decime no hubo fandangos
de Cielito y Pericon?

CHINGOLO: Huvo pero yo no estube,
por que el amigo Ramon
ansina que fue de noche
á una Casa me llevó
que le llaman la Comedia
del Diablo Predicador.

JUANCHO: ¡La pu...cha! ¿Que
es lo que has dicho?

CHINGOLO: ¿Que no lo cré? Sí seño.
Es una casa muy grande,
toda por dentro es galpón
donde se sienta la gente
y también me senté yo;
y por cierto que a un matucho
que medio ansí me toco,
casi le saque el mondongo
por tan malo y guapeton.
Cerca del techo había un zarzo
y en toitito el reedor
galopeaban las mugeres
como yeguas, sí seño
y como moscas á veces
formaban un peloton
quera imposible-rrar tiro
cogiéndolas en monton
yo no see quee miraban

(mas que todas unas dos)
que por aquí les colgaba
á manera-e fiador.
A cada istante, relinchos,
coseaban, les daba tos,
y sin quitarme la vista,
hasta que menojé yo,
y sacandome las bolas
ya iva a arrimarles por Dios
quando ansina que me vieron
ningunita me chistó.
Abajo hay dos andanaas
da quartos y un corralon
onde vajo echando fuego
por la boca un mancarron,
en que venía montado
el comediero mayor.

JUANCHO: Andate á esa Chingolo
mirá que sa puesto el sol
y Pancha comesta sola
tendrá-pagado el fogon.

CHIVICO: Decile que caliente agua
y que alla vamos los dos.

JUANCHO: En estando toos juntos
nos contarás. (*Vase*).

CHINGOLO: Sí seño.
¡Ah mancarron ardiloso!
revolcáte; aya voy yo. (*Vase*).

*Pito. (Telón). Vuelve la escena 1ª. Salen Jusepa, Pancha,
García y el Sacristán; García con las mangas arremangadas;
Jusepa vá á limpiarse las manos y dice:*

JUSEPA: Muchacha, atiza ese fuego
no se cosa que se pague.

*Sopla Pancha, sentandose en el cuero y Jusepa después de
limpiar se sienta y todos lo mismo que antes.*

SACRISTAN: Y yo me vuelvo al lugar
que ocupaba parum antes.

GARCIA: Y yo junto á mi Jusepa
vuelvo otra vez á clavarme.

JUSEPA: Mejor fuera que se fueran
a moler alla otra parte.

GARCIA: Con que mi amada Jusepa
no he de poder ablandarte.

SACRISTAN: Con que mi adorada Pancha
que no hai de desenojarte.
Mira Pancha de mi vida,
oye, que voy á contarte:
ya yo he ojeado una Casulla
de espolin viejo y telille
un jubon completamente
dos amitos con encajes
te tengo para pañuelos.

PANCHA: ¿Y eso el Cura ya lo sabe?

SACRISTAN: Como saberlo? Nequaquam
todo eso es de rapio rapui
por que el que sirve al altar
de él mismo ha de sustentarse:
del vino para las misas
te daré el que gustares

también te daré puñados
de incienso para zahumarte
y de arina de las hostias
haras tortas a millares
mira bien á un Sacristan
Pancha mía lo que vale
y si un hombre que [...]
por un gaucho ha de dejarse.

GARCIA: Jusepa del alma mía
¿que este valor no te agrade?
¿No ves que por mis respetos
todos han de respetarte?
El más pintado del Pueblo
viéndole á tí por la calle
hasta el suelo de temor
el sombrero ha de quitarse
por que aquel que al pasar tú
hasta el suelo no se incare
sabrás con este abanico
tu García echarle al ayre.

JUSEPA: Y el Señor alcalde á usted
¿no lo soplará en la carcel?

GARCIA: ¿A mí? ¿Jusepa estás loca?
vaya; estupendo dilaste.
De un García se estremecen
aun las furias infernales,
y así sin temor mi Reyna
dale á tu García un guante.

Sale Chingolo.

CHINGOLO: Quite alla só monigote
aparte nos torve el paso
mire que vengo caliente
y le he de arrimar un guascaso.
Mi madre la bendición.

JUSEPA: Dios tihaga un Santo muchacho.

CHINGOLO: ¿Pancha como te va llendo
ya tienes deamano el guacho?

PANCHA: Desde que te fuiste tu
que no viene por el rancho
con la yegua é-mi madre
anda medio alborotao.

JUSEPA: ¿Chingolo, no te sentas?
habeis de venir cansao.

CHINGOLO: Valla pues nos sentaremos.

JUSEPA: Decime, ¿no has visto a Juancho?

Se sientan todos.

CHINGOLO: Aya con ño Chivico
lo deje tomando un trago.

SACRISTAN: Amigo Chingolo, venga
de lo que ha visto cuenta algo.

CHINGOLO: Tantas cosas tengo vistas
que ya ni memoria hago
pero me acuerdo que ví
lo mismo que usted un diablo
de la Cruz á la Cola
ni mas ni menos pintao.

SACRISTAN: Exi torar maledicit.

GARCIA: ¿Era de apié o de acaballo?

CHINGOLO: Hechaba llamas de fuego
por la boca y por el rabo;
ansí como uste sería
en lo torpe y mal hablao. *(Al Sacristán)*
Tomá Pancha este rosquete *(Lo saca del poncho)*
mi madre tome un pambazo. *(Id. de la camisa)*
Mire que agora mismito
yo del horno le hey sacao,
voy á ver un bagualon
que en el campo hemos boliado
y como estraña las casas
ha de estar alborotao.
Che Pancha yo no hei comío
poneme pues un asao,
mirá que cuando no como
suelo ser un poco bravo.
Eche á un lao la osamenta,
la pucha que viene armao...
(Salta por sobre García y queda mirándolo. Vase).

GARCIA: Vaya pues encanto mío;
pico de pulida plata
no le das á tu García
el pie, la mano ó la pata.

Le agarra la mano, ella da un tirón y se levanta, agarra la escoba y dice Jusepa.

JUSEPA: Con esta escoba en los lomos
le heide dar como magarre
yo leide hacer atrevido
anímesese por su madre.

SACRISTAN: A tu Dotor Pancha mía
¿no le das osculum pacis?

Hace que vá ha abrazar a Pancha, se saca esta una chancleta y se levanta.

PANCHA: Mire con este zapato
tengo la geta de incharle.

GARCIA: Jusepa, en batalla estamos
tira ¿y a que no has de darme? *(Saca la espada).*

SACRISTAN: García, amigo, ahora es tiempo
fuego al enemigo, ataque.

Toca el Sacristán ataque con la boca, embiste a Pancha; y ella le dá chancletazos; Jusepa le tira palos a García y el los ataja con la espada, y á un rato agarra la escoba de Jusepa, y el Sacristán la chancleta, y se retiran.

SACRISTAN: Victoria por Federico *(A García)*
tu has ganado este estandarte
yo he ganado este Chapín *(Mostrando)*
del Gran Gigante Palafre.

PANCHA: *(Enfadada)* Bueno está señó Dotor
yo á Chivico heide avisarle.

JUSEPA: Al punto que venga Juancho
de too le heidar parte.

Salen Chivico y Juancho: este con un lazo enrollado en la mano y dice:

JUANCHO: Aquí estoy Jusepa queraá,
¿que querías avisarme?

SACRISTAN: Mortus sum.
(Tiembla haciendo sonar los dientes)

CHIVICO: ¿Por qué tiembla?

SACRISTAN: Es el mucho frío que hace.

JUSEPA: Ño García ha querido conmigo...

GARCIA: Fino mostrarse:
No es justo que una señora
barriera y yo la mirase
con que le quité la escoba,
y ella ha querido enojarse
y decía que en viniendo
vos había de avisarte.

JUANCHO: *(Con sorna y risa)*
Decho es muy cumplío usté
es cierto no hay que admirarse.

CHIVICO: ¿Y uste con ese zapato
que tiene en la mano caase?

PANCHA: Yo con él...

SACRISTAN: Pisaba mal,
y en la dotorería, este arte
de hacer zapatos se aprende
y es por Barbara celarim.

CHIVICO: Mas barbaro será él.
(Hace que le va á dar y el se echa en el suelo).

JUANCHO: Amigo Chivico aguarde.
Ño García informado
estoy: ya no hay que escusarse:
hoy Chivico me ha contao
todas sus abelidades
que uste y el Dotor me ha icho
socupan siempre en espiarme

y que cuando salgo al campo,
al instante á chacotearse
con mi muger y mi hija
vienen (estoy de corage
que rabío) y to tras el horno
hoy he venido á-pearne,
conque hei podido muy bien
e-lo que pasa enterarme,
y ansí ni uste ni el Dotor
me pisan mas los humbrales.

SACRISTAN: Yo humilis servus et pauper
obedezco sin chistarle.

GARCIA: Señor Juancho extraño mucho
que de ese modo me hable;
parece que se ha olvidado
que soy García-Olivares,
de quien este pago entero
tiembla de solo mirarme:
¿usted da credito a un hombre
bruto y de tan mal pelage?

CHIVICO: *(Haciéndole cara)* Bruto y pelao será él
y uste como habla repare.

GARCIA: Si me enfado verá el bestia...

CHIVICO: Chapetón, salí á la calle.
(Se echa el poncho al abrazo y vase).

GARCIA: Bribon ahora lo verás.
(Toma la carabina en una mano y en otra la espada y vase).

JUANCHO: Voy a Chivico á yudarle.

Pito. (Telón). Selva corta; Chivico reculando con el cuchillo en la mano y siguiéndolo García con espada, y carabina; atrás Juancho con el lazo armado.

CHIVICO: ¡Aora lo verás, valadron!

GARCIA: ¿Que no haya quien nos aparte?

JUANCHO: Este bagual no es damano
mejor será que lo enlace. *(Lo enlaza).*

CHIVICO: No la floje, amigo viejo
dexeme que lo esarme.

Tira Juancho y Chivico lo desarma

GARCIA: Que me matan compañero
señor Juancho usted se apiade.

Sale Jusepa corriendo.

JUSEPA : Juancho, Chivico, por Dios
no se pierdan, mien lo que hacen.

JUANCHO: Cayate sonsa, queora
vamos nomás amanzarle,
corre traime mi recao
Chivico, amigo piale.

Marcha Jusepa. Con la punta del lazo le atan los pies.

GARCIA: ¿Que vais á hacer hombres?

JUANCHO: Naa, como se doma enseñarle.

Jusepa con el recado.

JUSEPA : Aquí ta el recao yá.

JUANCHO: Oygan el bagual arisco
y esta suave como...

(Palméandolo y agarrandole la oreja)

Escondido el Sacristan...

SACRISTAN: Fate
en acabando con el
ámi querran ensillarme,
y así hospite in salutare
bueno será dispararse.

Sale corriendo y al irse lo ve Chivico y lo bolea.

CHIVICO: Aquel abestruz se escapa
pero ¡quando habia derrarle!

SACRISTAN: ¡Ay que las piernas me han roto!
Eleyson y mas me amparen.

CHIVICO: Oiganle, el de los latines
ya verá ora que le valen.

Sale corriendo Pancha.

PANCHA: Mi padre, ño Chivico,
al Juez viene y gente trae.

Sale el Juez y acompañam.to.

JUEZ: ¿Que bulla hay aquí, que es esto?

JUANCHO: No es naa, Señó Alcalde
nos estamos divirtiendo.

GARCIA: Con la perra de tu madre
habrá de ser, que diversión
como un borrico apialarme.
(Se va desatando el lazo).

SACRISTAN: Y á mí tambien sin respeto

como á un abestruz bolearme,
sin mirar que soy graduado
en utroque y en utraque.

JUEZ: Este es un gran atentado
y es menester castigarle.

JUANCHO: Escucheme su merced...

CHIVICO: Su Paternidá saplaque.

JUANCHO: Ha é saber su Señoría...

CHIVICO: Su ecelencia ha-enterarse...

JUEZ: Hable uno solo no mas.

JUANCHO: Pues, Señor, este es el lance.
D.n García y el Dotor
vinieron aquí a jugarse
co-mi muger y mijja;
yo los piye y al istante
les ixé que-e-mi casa
volandito se ausentasen.
Por eso ño García
luego quiso propasarse
lenvistió con la s-copeta
á Chivico y a-rrimarle
el lazo me ví forzado
por que no le isparese,
y como le ví tan bravo
quise un guen reparo darle.
El Sanscrinstan quiso huir
mas Chivico sin cortarse
la-rrimó las tres marías
paa-queno se-scapase:

esto el Señor que pasa
sentencie lo que gustase,
que su merced es el cuchillo
nosotros somos la carne.

JUEZ: *(A García y Sacristán)*

En este caso la culpa
en ustedes dos recae:
y el remedio debe ser
que uno con Pancha se case.

SACRISTAN: Yo por mí, abrenuncio Satana
por mil razones legales,
prima que soy Sacristán
y el concilio dare
non potest un eclesiástico
ni nubere, ni nubare.
Secunda por que las bolas
de Chivico han de alcanzarme
si con sentimiento queda
de este sucísimo enlace:
y así echando un vade retro
cedo á García mi parte.

GARCIA: ¿A mí? ¡bueno fuera eso!
¿Yo había de matrimoniarme
y tener por suegro un hombre
que si me viera enojarme
traiga el recado, me ensille
y como potro me amanse?
Señor Juez sepa que yo
mas quiero que mande á horcarme.

JUEZ: ¿Y Chivico que dice á esto?

CHIVICO: Sí seño quiero casarme.

JUEZ: Pues dale la mano á Pancha.

CHIVICO: Sí: del corazón me nace.

Se dan las manos les echa la bendición.

JUANCHO: Dios los haya bien casaos.
¡Ah Panchita te enyenaste!
que Chivico-sta de peya,
y parece un guey grande,
morrudo novio te llevas.

JUEZ: Pues todos hagan las paces.

JUANCHO: Sí seño, y á su mercé
y á toos los circunstantes
nos han dacer el favor
para el fandango quedarse.

JUSEPA: Su ecelencia Seño Juez
ojala que nos honrase.

JUANCHO: Votavá no macordaba
que hoy no puee ser el bayle.

SACRISTAN: Dice bien Juancho pues no hay
ni agua con que labarse.

JUSEPA: Pues-erá para mañana
que yo necesito antes...

JUANCHO: Cayese no sea habladora
quien le mete á U. nia naide
así esta yegua también...
Dispense seño Alcalde,
too está-ora mesmo pronto

e entremos, vaya darle
al muchacho pa-que traiga
del Pueblo too al instante.
Dentre su mercé Seño
que uste ha de romper el bayle
pues en la Compañía honrada
tenemos quien toque y cante.

TODAS: Vamos que vivan los novios
y aquí el Saynete acabe
pidiendo todos rendidos
nos dispensen sus piedades.

FIN

Las bodas de
Chivico y Pancha
o El gaucho 2^a Parte

Anónimo

Sainete

PERSONAJES

JUANCHO

CHIVICO

CHANO

CHINGOLO

ALCALDE

GARCÍA OLIVARES

SACRISTÁN

JUSEPA

PANCHA

ESCENA

INTERIOR DE UN RANCHO. BANCOS Y CABEZAS DE VACAS UN IJAR PARA SENTARSE LAS MUJERES, UNA MESA CHICA DONDE HABRÁ UN CHIFLE CON AGUARDIENTE, CIGARRILLOS Y UN JARRO DE HOJA DE LATA. APARECEN JUSEPA Y CHINGOLO ACOMODANDO LOS TRASTES.

JUSEPA: ¿Hais visto hombre más atao que este Juancho? Ya me hace que agorita han de venir de la Ilesia, y pa mudarse no hai de tener tiempo. *(Sale)*.

JUANCHO: ¡Vieja!
¿Ya rigañáis? ¡Si es de balde!
Sois la lonja.

JUSEPA: La verdad:
maldito V. lo que hace,

El manuscrito de *Las bodas...* está firmado “por Collao”. El apuntador Francisco Collao sería el copista de la obra, en Montevideo. El autor no es conocido.

metió allá en la cocina,
se está fajándose al mate
y yo que tengo aquí tanto
que hacer... Quitá vos, salvaje.

(A Chingolo)

Agora vienen los novios,
y la gente, y mi comadre,
y no ha de haber hecho naa.

JUANCHO: Callate sonsa, callate.

¿Pensaréis que estao ocioso?

¡Yegua vieja!, te engañastes:

¡quién ha ordeñado sino yo!

Andá a la cocina, andate,

veréis la fogata que hay

y tamañita de grande

truje una rastra e leña.

¡Che!, más vïamos esperate.

¿Qué tal es el aguardiente?

Voy un güen quiño a fajarle. (Bebe).

JUSEPA: Deje eso, no sea animal. (Se lo quita).

¿Ya quería emborracharse?

Di ahi cuando venga la gente

no ha de haber qué convidarles,

porque es capaz, de un resuello,

V. el chifle, de acabarse.

JUANCHO: ¡Pucha la vieja! Por pocas
ma vis hecho que mi ahogase.

JUSEPA: ¡Bien implao pa que no sea
tan bruto! Chingolo, andate
a ispiar si la gente viene.

Mientras que voy a lavarme
y componer todo, Juancho,
componga aquello, y no ande
bebiéndose el aguardiente. (Vase).

JUANCHO: Chingolo, hijo, andá arrimate
a ver si vienen los novios,
redepenete no se encajen.
Hoy nos himos de sacar
la frisa luego en el baile;
y después ma vis de echar
la tropilla de animales
al corral; con eso ansina,
mudaré el patán. ¡Quién sabe!
Puede que se ofresca armar
una volteadita grande
de dos cuadras, para que Chano...
¡Cuándo es posible que falte
con su parejero!, y yo tengo
ganas de quebrarle
el carozo.

CHINGOLO: Pues, ño Juancho,
no tiene que discuidarse,
porque el zaino de ño Chano
no es de fiar. En las Cañuelas
el otro día, al tostao
de ño Lucho, en un instante
lo hizo miar, y yo gané
un rial, como todos saben,
a las del zaino.

JUANCHO: Chingolo,
callate, no siais salvaje.
¡Ojalá quisiera Chano

correr luego! Pero el dianche
es que estoy medio cortao
con esta boda. A la tarde,
aunque sea una changadita
de seis pesos hei de darle,
que estos están seguritos
en la chupa. Pero andate
Chingolito, y avisá
si vienen.

CHINGOLO: Ya voy... Aguarde,
ño Juancho... miri: si corre,
¿me llevará un real?

JUANCHO: Discuidate:
andá no más sin cuidiao,
que sigura va del lance.

CHINGOLO: Está güeno. No se olvide. *(Vase)*.

JUANCHO: Voy un güen quiño a fajarle,
agua que no ve Jusepa. *(Bebe)*.
¡Pucha! Si quema el gznate
el dianche del aguardiente.
¡Juancho viejo, te enllenastes!
Hoy ha de haber taba y pato;
sigurito; ma esperate,
voy a ver si estoy de suerte. *(Saca la taba y tira)*.
Esta es mi guenacha... Carne...
¡Pucha, si estoy güeno!... Culo...
¡Con los diablos la insuciaste!...
¡Culo otra vez! ¡Voto al diablo!
Se ha empacao, no hay que darle;
de hecho, está mala la suerte.

Si este diablo no echa carne,
mijor será no tabiar.
Hoy no juego aunque me maten,
sino a carreras: sigura
es que el bayo patán gane.
¡Ah, patán viejo! Hoy habéis
el fandango di costearme.
Voy a soplarne otro quiño,
antes que Jusepa... *(Bebe)*.

Sale Jusepa; le quita el chifle de un manotón a Juancho.

JUSEPA: Large,
bruto, caballo, animal,
bagual del diablo, salvaje,
hombre viejo, sinvergüenza.
Mírenle la cara: trague
que parece un charabón;
acabe, pues, de atorarse,
una vez que el aguardiente
si ha empeñado en que se acabe.
Di ahí cuando la gente venga
no ha de haber qué convidarles.
¿Por qué no bebe meaos?

JUANCHO: Si hoy es día de alegrarse,
no te enojés vieja sonsa;
¡si iba para ver qué tal sabe!
Como estáis hoy güena moza,
estáis moniando... ¡Es de balde!
¡Que! Ni la mejor potranca
de un año puede igualarte.
¡Ah, Chepa vieja! *(La abraza)*.

JUSEPA: ¡Oh, pues!
No sia bárbaro. Al instante
vaya a hachar el costillar,
y luego arrime bastantes
brasas junto al asao. *(Sale)*.

CHINGOLO: Ño Juancho, ño Juancho, aguarde.
Ai viene la montonera.
¡Si da miedo! ¡Dios nos guarde!
Viene el doctor, Don García,
y en ancas de su comadre,
la novia; y también ai vienen
muchas mujeres pa el baile,
muy compuestas, ¡si parecen
una tropilla e baguales!
¡La pucha en el queso!

JUSEPA: ¿Che?
Andá ve el agua, y el mate.

Vase Chingolo.

Vaya, pues, póngase el poncho
pa que los reciba. ¿Qué hace?
Alrededor del aguardiente
no más está. ¡Valga el diantre
el hombre sonso!

JUANCHO: Decís
bien, que ahora han de arrimarse
a pedir la bendición,
y es menester presentarse
como un juez. *(Vase)*.

JUSEPA: No, por si acaso,
será muy bien hecho que antes

yo le arrime una sentada
al chifle, pues si a fajarle
llegan, lo han de espabilar.
Voy a echar un trago grande
pa que me suavise el pecho
y pa bailar con coraje.

Al concluir de beber, sale Juancho, con poncho y sombrero.

JUANCHO: ¡Eso sí, vieja, eso sí!
¡Guasquiati no más,guasquiati!
No, si Juancho es el borracho
que anda olfatiendo la carne
como tábano, y agora
como mosca te pegásteis...
Ma, echá un poquito, a ver.

JUSEPA: No seais caballo, quitate.
¿Yo bebía, por si acaso?
Yo iba a mirar si hay bastante;
quítese, que ai llegan ya.

Dentro: "¡Qué viva la novia!".

JUANCHO: Apiarse
caballeros: váyanse
bajando, y pasen pa aelante.

*Salen García, Sacristán, Chano, comparsas de ambos sexos,
Pancha y Chivico; mientras éstos hablan con Juancho, Jusepa
acomoda las mujeres en el ijar y a los hombres en los bancos,
y les reparte cigarros.*

PANCHA: Mi padre, la bendición. *(De rodillas)*.

CHIVICO: Ño Juancho, aora que es mi padre,
la bendición écheme.

JUANCHO: Dios los bendiga, y los guarde,
y los haga bien casaos.
Agora hay que aconsejarles.
Silencio todos, Señores,
y verán si Juancho sabe
y sino que me desmienta
el Dotor que está delante
y de hecho es hombre sabido.
Hijos, miren pues, reparen
que se han de llevar en paz
en toditos los instantes:
hagan de cuenta que ya
son como dos animales
acollaraos. Si el uno
y otro tiran por su parte,
se romperá la collera;
y así es preciso que anden
a una, di suerte que
ni pa nada se separen.
Vos Pancha, habéis a Chivico
de coserlo y remendarle,
y cuando venga del campo
lo habéis de esperar con mate;
y no como a mí, que a veces
vengo, y la yegua e tu madre
no tiene ni agua caliente,
ni el diablo que a ella la cargue.
Derecho que habéis de andar
en cuanto Chivico mande;
y si no, hijo, doblá el lazo
y duro no más ñublale

y fiero, que mi cuidao
por nadita a mí ha de darme,
y si Jusepa le viene
a quitar, también fajale;
porque el hombre es la cabeza,
y la mujer ya se sabe.
Vos también, Chivico, hijo,
tu obligación escuchame.
Si hubiese una vaca arisca
que por caso se separe,
enlazala y traela al tambo;
si un ternero se soltare
y se va, es tu obligación
acollararlo a su madre.
Cuando la lledes a misa,
sea en tus ancas y dale
su güen rebozo y pollera
de angaripola. Acordate
que cuando vengás borracho
no heis de venir a peliarte
con tu mujer: calladito
entrá no más, y acostate:
que así lo hago yo, y mi vieja
tiene el cuidao de atarme
el caballo. Y de esta suerte
vivirán como dos ángeles.
Pancha, si Chivico anda
moniado, no más fajale
con la coyunda, o la escoba,
como Jusepa lo hace
conmigo, y de esta manera

(como el Señor Cura sabe
decir cuando echa el sermón)
derecho irán por el aire
a la Santa Gloria. Amén.

TODOS: ¡Viva ño Juancho!

SACRISTÁN: Galafre
no hablo más que V., amigo.

JUANCHO: Señores, Dios se lo pague.
Ahí verán que el viejo Juancho
no es burro; y puedo apostarles
a que ni el Cura lo dice
mejor, ahí está delante
el Dotor, ¿qué le parece?
Ma güeno será el gznate
que remojemos un poco.
Tomá, che, Jusepa, dales.

*Echa Juancho aguardiente en el jarro, se lo da a Jusepa y ésta
a las demás mujeres.*

SACRISTÁN: Cierito que el amigo Juancho
sabe muy bien esplicarse:
ni el gran profeta Balán
es capaz de que le iguale.
En los días de mi vida
vi otra arenga semejante,
ni espero jamás ver, *asinos*
alteros de aures más grandes.

JUANCHO: No Dotor, a su merced
le toca echar adelante
la salú...

SACRISTÁN: Muy bueno, bravo.

JUANCHO: Atención todos, Señores.
Señor Dotor, vaya, lárguese.

SACRISTÁN: Pancha divina, en tu nombre
le doy un beso a este jarro,
al mirarte tan gallarda
como está en julio un espárrago.
El cielo, de hermosos hijos,
te proporcione unos cuantos,
y con güevos de avestruz
te hagan continuos regalos.
Ninguna vaca se atreva
cuando la estés ordeñando
a tirar coz ni cornada,
ni echar su aquello en tus manos.
Y con el noble Chivico,
con quien te has acollarado,
viváis como dos palomas
o dos bueyes en un carro.
Jusepa, lechuga fresca,
mil años el Cielo os guarde,
siendo de tal ensalada
tu esposo Juancho el vinagre.
Y así, Nonga, Lusa y Cata,
pimpollos de rosa ufanos,
mil veces dichosos quesos
que aprieten tan lindas manos.

TODOS: ¡Que viva el Señor Dotor!

JUANCHO: A Don García Olivares

le toca decirnos algo.
¡Pucha con el Dotor! El dianche
es pa versos; no hei visto
hombre más sabio. Lárguese
ño García; no se deje
pisar del Dotor. ¡Que diazque!
Ñúblele a su mala cara.

GARCIA: García Olivares,
Señor Juancho, nada entiende
de poesías, ni alifafes.
Es un hombre así no más;
ni jamás cuando a juntarse
nos llegamos cuatro amigos
honraos en alguna parte,
o en alguna pulpería,
pa con un trago alegrarse,
no hay más que decir Jesús,
y empinar. Y así es de balde,
porqui yo no sé más versos.
Pero tan noble conclave,
que aquí estoy a su mandao
de cualquier modo ya sabe,
y si se le ofrese algo
a cualquiera circunstante,
o a estas damas, la persona
de Don García Olivares
toitos la conocen,
y sus armas liberales
están prontitas y listas
para sacar al instante
la cara por tan honraa
compañía. Jesús y Ave... *(Bebe)*.

TODOS: ¡Viva, Viva!

SACRISTÁN: Se olvidó
sin duda este botarate
del chasco del otro día,
pues yo no puedo olvidarme
de los golpes de Chivico.

CHANO: Vaya, Señor Juancho, largue,
para que beba mi ahijao
y que empiese ya a alegrarse.

JUANCHO: Tomá, pues, Chivico viejo,
largate no más, largate.

CHIVICO: Pues señores, toititos
los que presentes se hallen,
brindo por mi Pancha vieja
y los demás circunstantes.

TODOS: ¡Qui viva el novio, que viva!

SACRISTÁN: ¡Habrase visto salvaje
más grande! Para tirar
las bolas y comer carne,
tiene habilidad tan sólo.

JUANCHO: Tomá pues, Chano y largate
con una décima linda.

CHANO: ¿Con qué quieres que me large?

JUANCHO: Hacelo, no estéis moniando.

CHANO: Pues si ya ha de ser, callarse,
con este vaso que bebo
pa refrescar el gazzate
hei de brindar por toititos
y por nuestras libertades.

TODOS: ¡Que viva el padrino, viva!

JUANCHO: Ah Chano, que te largastes como patriota del fino. *(Sale)*.

CHINGOLO: Ña Jusepa, ¿sebo mate?

JUANCHO: Salite de aquí, Chingolo, con tu mate; ma esperate: che, no me había acordado. Con su licencia, comadre, echate una salú linda, y un güen quiñito. Esperate, deciles algo a los novios antes que bebas, salvaje.

CHINGOLO: ¿Y qué les hei de decir?

JUANCHO: Una salú, pues; largate.

CHINGOLO: No sé más versos que aquellos que cantaba su compadre.

JUANCHO: Pues bien, no li hace, dicilos.

CHINGOLO: Voy a decirlos, mi padre. *(Canta)*.
El hombre que quiera siempre que una mujer a él lo quiera, ñúblele muchos guarcasos, pero ninguna moneda.

LOS HOMBRES:
¡Que viva Chingolo, viva!

JUANCHO: Así era yo con tu madre, y pues todos han bebido, voy un güen quiño a fajarle.

JUSEPA: Largue so viejo, atrevido, ya no puede ni miniarse.

JUANCHO: Qué no he de poder, Chepa vieja, mirate no más, mirate. Ma Jusepa, che, escuchá, güeno juera que sacases el asao y la mazamorra, antes de empezar el baile.

CHIVICO: Es verdad, Señá Jusepa.

JUSEPA: Vení, Panchita, a ayudarme.

JUANCHO: Che, Chano, dime, ¿has traído a tu malacara grande?

CHANO: En ése vengo montao.

JUANCHO: Pues hoy, viejo, hei de quebrarle el carozo en seis cuadritas con mi oscuro y hei ganarle sin rebenque, a cuerpo libre.

CHANO: Como V., Ño Juancho, mande. Lei de correr a su oscuro y por fuerza hei de ganarle.

JUANCHO: No me gana, amigo viejo.

Habrá salido Jusepa con un asado clavado en su asador, y Pancha con una olla de mazamorra y otra de leche.

Pero che, vieja, esperate, que venís con cumplimientos; largame, no más largame el asao y tú tráeme una de las fuentes grandes para hacerle a las mujeres...
(Pausa).
Señores, no hay más que arrimarse.

Che, metele tu cuchillo,
sacá una tajaa grande
para ti, y el Sacristán,
que el no hai de traer comecarne.

CHIVICO: Allá voy, pues Señor Juancho.
(Pausa).

JUANCHO: ¡Qué estás haciendo, salvaje!
(A Jusepa).
De la olla de mazamorra
para toas, apartale.

JUSEPA: Ya empieza este borrachón.
(Pausa).

SACRISTÁN: Este asado está elegante,
y con mazamorra y leche,
hacen un buen maridaje,
y de todas las comidas
son éstas las saludables.

Después que todos hayan comido, Juancho se levanta y dice:

JUANCHO: Señores, muy güen provecho
les haga a los circunstantes.

TODOS: Muchas gracias, Señor Juancho.

Llevan las ollas y el asador.

JUANCHO: Vamos a empezar el baile.
Che Perico, pues templá,
y seguidito ñublale
cielito bueno y hermoso
hasta mañana a la tarde.

las bodas de Chivico y Pancha...

Sacan los gauchos sus parejas para el baile, y Chivico saca a Pancha.

Eso sí, Chivico viejo,
a tu mujer ya sacastes;
Ño Sacristán, con Jusepa
entre también en el baile.

SACRISTÁN: Pero si no sé bailar
esa media caña.

JUANCHO: Dale,
Jusepa le enseñará.
Che Perico, pues largate.

Toca Perico y bailan, y así que han concluido la figura, se levanta García y dice a Chano:

GARCÍA: Cédame V. esa mujer,
que ya ha bailado bastante.

CHANO: Aparte, no seia sonso,
recienito empieza el baile,
¿y ya me quiere mandar?
No eche pelos, Ño Olivares.

GARCÍA: El bruto y sonso será él,
y como habla repare;
no quiera que un bofetón
en esa cara le encaje.

CHANO: A mí encajarme, qué risa;
tome pues, so botarate.

Saca el cuchillo y arremete a García; éste saca su daga y se defiende; todos los gauchos se arman a favor de Chano; Pancha separa a Chivico, Jusepa a Juancho; el Sacristán se gana en medio de las demás mujeres, las cuales andan a

tirones con él y le rompen la sotana; Chingolo sale para afuera gritando: ¡Que se matan, que se matan!, y todo es una pelea hasta que vuelve a entrar éste.

CHINGOLO: ¡Que se matan! ¡Que se matan! (*Vase*).

GARCÍA: Que no haiga quien nos separe.

CHANO: Ahora verás, malandrín.

CHIVICO: No le perdonés Chano, dale.

JUSEPA: Sosegate, Juancho.

JUANCHO: Dejá,
dejá que vaya a ayudarle.

MUJER: ¿Qué hace V. aquí, Sacristán?

SACRISTÁN: Qué he de hacer yo, resguardarme;
y no querer que di un tajo
vayan mañana a enterrarme.

MUJER: Vaya fuera, vaya fuera. (*Sale*).

CHINGOLO: Mi padre, mi padre, aguarde.
El Señor Alcalde viene
y consigo gente trae.

Sale el Alcalde con dos gauchos con sables y pistolas, y al verlo todos guardan los cuchillos.

ALCALDE: ¿Qué bulla es ésta, Señores?
Todos los cuchillos guarden
y digan lo que ha pasado.

JUANCHO: V. E. ha de informarse.

CHANO: Ha e saber Su Señoría.

GARCÍA: V. S. ha de cerciorarse.

ALCALDE: Hable uno solo, y no más.

JUANCHO: Pues Señor, éste es el lance:
ha e saber Su Señoría
que se fueron a casarse
con mi hija Pancha, Chivico,
y trajeron para el baile
a todos estos paisanos,
el Sacristán y Olivares;
comimos en paz y gracia,
y se dio principio al baile;
dimos la primera güelta,
y Ño García Olivares
le dice al paisano Chano
que su lugar desampare;
Chano le dijo con modo,
che García, ma esperate
que me divierta otro poco;
mas él nada, que a insultarle
se puso tan fieramente,
que da vergüenza el contarle;
Chano, que no gasta pulgas,
repeló su comecarne,
y fuimos a separarlos
antes que lo coloriasse.
De todo lo que ha pasao,
Señor, aqueste es el lance.

ALCALDE: Ya veo que de esto sólo
tiene la culpa Olivares.

SACRISTÁN: Todo es verdad, mas ahora
en mis vestidos repare,

y verá como me han puesto
estas mujeres del diantre;
bueno estoy para ayudar
a misa mañana...

ALCALDE: Calle.

Seño Juancho, siga V.
divirtiéndose, y si entrare
en su casa un bochinchero,
de éstos, de tan mal pelaje
como el Señor, a patadas
échenlo luego a la calle.

Sigue el baile.

FIN

Agregado de la época de Rosas. Se daba al principio:

JUANCHO: Vamos pues, amigo viejo.

CHIVICO: Vamos; mas Ño Juancho aguarde,
que por aquella cuchilla
se alborotan los baguales.

JUANCHO: Tal vez sea Chingolito,
que se jue con mi compadre
hace días al pueblo
y ya tarda... Mas perate,
no digo, si él es amigo,
y de un bagual ha hecho aparte.
Saca las bolas, Chivico,
no sea que se dispare.

Vase Chivico.

Eso sí, Chivico viejo
ah, guen gaucho, si es de balde:
le arrimó las tres marías,
ni por pienso ha de miniarse.

Sale Chivico.

CHIVICO: Eh, pucha, en el saino viejo
cierto que me agaché
y al primer tiro de bolas,
tun, tun, tun, ayá se fue.

JUANCHO: Dejálo no más, Chingolo,
que se revuelque en el suelo,
vamos a tomar un trago
pues V. ha de traer dinero.

Sale Chingolo.

Pero Chingolito, hijo,
¿dónde aparecés por Dios,
después de un puñao de días
que te juiste con Ramón?

CHINGOLO: Por el pueblo hei andado siempre,
con el amigo Ramón,
eh pucha en el gaucho viejo,
si es amigo en prosición.

JUANCHO: Y Chingolo, ¿di, que has visto
por el pueblo? Di.

CHIVICO: ¿Qué vio,
amigo Chingolo viejo?
Díganos pues lo que vio.

CHINGOLO: Hei visto en el pueblo cosas,
amigo, que da calor;
cosa linda amigo viejo:
ni un paisano se escapó
de tomar arma esta vez
por nuestra Federación.

JUANCHO: Chingolo, ¿deicís de veras?

CHINGOLO: Mi padre, calle por Dios,
le contaré lo que hei visto
con el amigo Ramón.
El martes por la mañana,
llegamos al corralón
donde va mi padre siempre
con el hijo ei Salvador;
y yo no más que me apiaba
y metía el mancarrón,
cuando en la calle sentimos
un alboroto, por Dios.
Salimos, y vimos todos
con dos más un Cilador
o Soldao, no sei qué era,
que allí no más agarró
a un paisano muy finchao
con su fraque y pantalón,
y le pregunta si tiene
papeleta. –No, señor,
el paisano, tiritando
ya de miedo, respondió.
–Entonces, venga conmigo
le dijo el jefe mayor

que mandaba la patrulla,
y al pobre ya me lo arrió.
El de fraque le decía:
–Señor, por amor de Dios,
yo le daré a V. cien pesos
si me suelta. –No, Señor,
le responde el jefe lindo.
–Han de servir como yo,
y como servimos todos
por nuestra Federación.
Yo me alegraba mi padre
de ver aquel guapetón
con su fraque muy estiraio,
que entre medio lo metió
de los Soldados, el Jefe,
y a la cueva lo mandó.
La patrulla, que da vuelta,
por la esquina, y me topó
otro de casaca e seda
y ya la mano le echó;
le hizo la misma pregunta
y el pobre le respondió
que la tenía en su casa.
–¿Y sirve?, ¿en qué batallón?
Le pregunta el jefe viejo,
y allí no más se cortó
el paisano de casaca;
ni siquiera respondió.
¡Eh pucha en el hombre rudo!
Allí no más me lo unió
con el otro de futraque,

y en menos que de un *Leison*
bolearon como unos treinta
en aquel alrededor.
Nos largamos a la plaza
con el amigo Ramón
y en la esquina de ño Pedro
tomamos vino Carlón,
hasta emborracharnos, viejo,
por nuestra Federación.

JUANCHO: Y dime, Chingolo, ¿no hubo
ni cielo ni pericón?

CHINGOLO: Hubo, pero yo no estuve,
por el amigo Ramón;
ansina que jué de noche,
y la tranca le pasó,
con su comecarne lindo
a una casa me llevó,
que la llaman la *Comedia*
del Diablo Predicador.

JUANCHO: ¿Qué es lo que ha dicho, muchacho?

CHINGOLO: ¿Qué? ¿No lo cre? Sí señor;
es una casa muy grande,
toda por dentro es galpón,
donde se sienta la gente
y también me senté yo;
y por cierto que a un matucho
que medio así me tocó,
casi le saco el mondongo
por tan malo y guapetón.
Cerca del techo hay un zarso,
y al toito al reedor

galopean las mujeres
como yeguas, sí Señor,
y como moscas, a veces,
formaban un pelotón,
que era imposible errar tiro
cogiéndolas en montón.
Yo no sé qué mi mieraban,
más que todas, unas dos,
que por aquí les colgaba
a manera de fiador;
a cada instante, relinchos,
coseaban, les daba tos,
y sin quitarme la vista,
hasta que me enojé yo,
y sacándome las bolas,
ya iba a arrimarles por Dios,
cuando ansina que me vieron,
ningunita me chistó.
Abajo hay dos andanadas
de cuartos y corralón,
donde bajó echando fuego
por la boca un mancarrón,
en que venía montao
el Comediero mayor.

JUANCHO: ¿Hai visto, amigo Chivico,
que de todo da razón?
Ni nadita le ha escapao
de cuanto Chingolo vio.
Vámonos a casa, amigo;
Chingolo, adelante vos
irás, y a tu madre vieja
le dirás que al asadar

le de vuelta para que ase
el matambre, que allá voy.

CHINGOLO: Eh mancarrón ardiloso,
revolcate, allá voy yo.

Vanse. Mutación.

FIN

El amor de la estanciera

Anónimo

PERSONAS QUE HABLAN

JUANCHO PERUCHO

PANCHA }
CANCHO } *Padres de:*

CHEPA

MARCOS FIGUEIRA, *portugués*

Sale Cancho

CANCHO: Maldita sea la yegua,
andariega y relajada,
que había sido mañera;
me ha perdido la manada.
Todo el campo he caminao
y muy cansado me hallo;
lo que más siento es ahora
que estropee mi caallo.

Sale Juancho Perucho.

JUANCHO: *(Desde fuera)*
Lao sea Dios.

CANCHO: Apéese nomás.

JUANCHO: Todo el día he caminao,
y ya me vuelvo hacia tras.

CANCHO: ¿Ha andado usted comprando?

JUANCHO: Sí, señor. Con este frío
de puro galoppear
traigo el caallo rendido.

CANCHO: ¿Ha encontrado un alazán,
un bayo y un cebrunito,
un tordillo y un picaso,
una yegua malacara,
con una potranca overa,
con un redomón gateado
y un cojudo con collera?

JUANCHO: Sí, señor. Según las señas
que su mercé ha relatao,
he encontrado esa manada
allá abajo, en un baño.
Entre un pajonal estaba
un cojudito de paso,
un cebruno mancarrón,
con un pangaré de paso.

CANCHO: ¿Reparó mi amigo, en el hierro?

JUANCHO: Sí, señor. Era redondo,
con un calamonsito a un lado
y otro metido en el fondo.

CANCHO: Mire, usté, mi hierro es este:
(Hácelo en el suelo con el dedo).
tiene aquesta raya aquí,
otra tiene a modo de arado
y un calamonsito a su lado.

JUANCHO: Pues, señor, de aquese hierro
he visto unos animales

en aquel último cerro.
Con un empeño venía...

CANCHO: Diga pues, amigo, que lo trae.

JUANCHO: He andado galopeando...

CANCHO: Hable nomás.

JUANCHO: Siempre me volveré atrás,
porque Señoa Chepa...

CANCHO: Acabe, pues, de una vez.

JUANCHO: La vide estar ordeñando;
cierto me pareció bien.

CANCHO: ¿Y qué pretende, usted amigo?
Hable, pues, no sea corto.

JUANCHO: Tengo mi hacienda, y quisiera.
Pero si soy como un potro,
no sé cómo he de decir.

CANCHO: ¡Valiente hombre, tan corto! [¡callao!]
Acabe pues, de parir.

JUANCHO: De hecho tengo vergüenza:
esto es cosa de morir.
Por fin, ya que usté me alumbra:
quisiera, y a Señoa Chepa,
presentarle un andador
y que su mercé lo sepa.
Volveré pues, otro día
porque me hallo turbao.
Le traeré una ternera
porque pruebe mi ganao. *(Vase)*

Sale Pancha.

CANCHO: Cierto, vieja, que quisiera comunicaros mis cosas.

PANCHA: Siempre vos habéis de andar con razones enfadosas.

CANCHO: Mirá, vieja respondona, no me quisiera enojar, pero si otra vez me habláis, os tengo que patear. Atiende pues, mujer vieja: sabrás como a la muchacha me la ha pedido un amigo, mozo que no tiene tacha. Él es un buen enlazador y voltea con primor; al fin, es un hombre de facha. Monta un redomón ligero y bisarro lo sujeta y aunque bellaquee mucho cierto lo pone maceta. Tiene sus buenos caallos, corredores, y de paso, sobre todo un malacara que puede imitar al Pegaso; tiene sus treinta lecheras, que le han parido este año, y ha hecho porción de quesos, ricos y de buen tamaño; tiene sus ducientas reses gordas que se pueden ver, entre toros y novillos,

que es lo que hemos menester. Por fin, Pancha, determino dar a nuestra Chepa estao. Por cierto que este mozo está muy enamoraó.

PANCHA: Cancho, mirá lo que hacéis; no te llevéis de marañas, que un Portugués la pretende; por fin, es hombre de España. Trae cosas que vender de cintas y lensería; cierto, a mí me ha parecido hombre de buenas partidas. Ayer tarde llegó al rancho y le presentó unas ligas; él conmigo se ha empeñado para que a vos os lo diga.

CANCHO: Mujer, aquestos de España son todos medio bellacos; más vale un paisano nuestro aunque tenga cuatro trapos.

PANCHA: Decime pues, hombre viejo, más que ese es Juancho Perucho; pues no véis que es un salvaje que no habla poco, ni mucho.

Sale Chepa.

CHEPA: Mi padre, vengo a decirle que un hombre le busca afuera.

CANCHO: Veremos lo que me quiere.

PANCHA: Vamos pues, a ordeñar, Chepa.

Sale Marcos Figueira.

MARCOS: Deus sea con vosé,
Sior Cansio Garramuño.
Eu so Marcos Figueira,
huome qui no refunfuño.
Eu quisiera qui vosé
me tumase pur su erno,
qui, a fe, qui le servirei
en verano e in inverno.
¿Vosé queire ser mi sogro?
Casarei con sua filla
e li darei muitas cousas
e una pulera amarilla.
So parente mui cercao
dul gran Marquez de Rubeyra,
que du Rex Don Juan quinto
foi camareiro primeiro.
Tive algunas fanfurrñas
con un guapo Casticiau
e filo con sua folla
fuir a muitas malbadas.
Vein tudo su abulario
de noso seu gurrufeiro
ha de turnar a vivir;
con sua folla en la mau
foi aprecidu in um serro
y de seu cavalo branco
tein seus estribus di ferro.
So cabaleiro fidalgo

de una yente muy cumprida.
Teño una gran viola,
muito fermosa y lucida.
Vusei tenerá un suyecto,
por su herno, de muito nome;
y se folgará tea Pancia
sendo sogra de un tal home.
También seu filla Chepina
me teñerá por seu criado
e venerarei seu graza
sendo seu marido unrrado.

PANCHA: ¿Qué os parece, viejo Cancho,
de este mozo Portugués?

CANCHO: Que es un bellaco timado
y quiere engañarnos. Pues
amigo, mi hija Chepa
con usté no ha de casar,
porque le tengo un marido
que había sido de su andar.
¿Y qué decís vos, muchacha?

CHEPA: Mi padre muy cortés es;
yo quisiera al portugués.

CANCHO: ¿Y vos, Pancha, qué decís?

PANCHA: Bizarro a las maravillas;
trae su buena guitarra,
cintas, pañuelos y hebillas;
tiene su recado nuevo
con cabezadas de plata,
mandil y estribos de bronce,

que es lo que a Chepa la mata.
Bien podéis, pues, admitirlo.

CANCHO: Eso veremos después.
No sé por qué no me agrada
este mozo Portugués.
Él presume de nobleza
y me ha ensartao una historia,
que para haber de explicarla
ya me falta la memoria;
Juan Perrucho es morrudo
y sabe bien enlazar
y que quiera, que no quiera,
con Chepa se ha de casar.
Váyase, amigo, a otra parte
si quiere novia buscar
porque a mi hija Chepinga
no pretendo ahora casar.

MARCOS: Tiu Cancio, mire lo que fala,
que eu so Marcos Figueira,
fillo de Amarudi Ayala
e de Rufina Nogueira;
teño meu caudaliño,
di facenda mui corrente,
qui a dexei in um pobo
in caz de un meu parente.

CANCHO: Por fin veremos, amigo,
lo que se ha de resolver,
que quiero comunicarlo
con mi hija y mi mujer.

MARCOS: Pasarei más adelante,

darei volta a las estanzas
e vendrei por a resposta,
que certu nu habrá mudanza. *(Vase).*

CANCHO: Veni, pues, hija Chepinga,
¿cuál novio os parece bien?

CHEPA: Mi padre, usté con mi madre
pueden escurrir a quién.
El Portugués me acaricia
u Juancho Perucho no;
sólo me dijo una tarde:
bien haya quien te parió.

CANCHO: Y vos, vieja, ¿qué os parece?

PANCHA: El que este Portugués fuese.

CANCHO: Sois una vieja bellaca
y opuesta a mi parecer;
pues por vida de mi agüela,
Juancho Perucho ha de ser.

PANCHA: Miren que viejo tan malo,
con sus locuras me mata.
Cancho, ¿por qué despreciáis
a un hombre que tiene plata?

CANCHO: Mirá, mujer porfiada,
siempre habéis de ser mañera;
no me seas respondona
que os abriré la moyera.

PANCHA: Qué hombre tan malvado es este.
Ya reviento de coraje.
Mirá, Cancho, lo que hacéis
porque sois un gran salvaje.

CANCHO: ¿Qué modos son esos Pancha?
Vieja de dos mil diablos,
mirá que os daré de cosas
y lo juro por San Pablo.

PANCHA: Qué cosas me habéis de dar
vos que sois un gran caallo;
viejo chocho, marrullero,
andá reñí con el gallo.

CANCHO: Pancha, ya me conocéis:
mirá que os he de voltear.
Ya me tenéis enfadado
y os tengo que espolear;
no me seáis bachillera,
porque si desato el lazo
todo ese cuerpo malvao
os tengo de hacer pedasos.

PANCHA: Qué habéis de hacer, viejo sonso.
Mirá que os irá muy mal
porque yo sabré arañaros;
por fin, sois un animal.

CANCHO: ¿Qué decís, maldita vieja?
Verás que no soy cobarde.

Quiere pegarle y Chepa lo agarra.

CHEPA: Mi padre, ¿qué es lo que hace?
No aporrée usté a mi madre;
no le haga pues ningún caso,
mire que está apasionada
y no suceda un fracaso.
Váyase por vida suya

y deje pues de reñir,
que entre marido y mujer
algo es menester sufrir.
Por la Virgen se lo pido,
Madre de Dios del Pilar,
dájela, porque ya es tarde
y tenemos que ordeñar.

CANCHO: Quitáteme allá, Chepinga,
que te cases ya no quiero.
Por Dios, que a puro lasaso
le he de desollar el cuero.

CHEPA: Váyase a ordeñar, mi madre,
no impaciente más al viejo
porque de hecho está enojado.
Tome pues mi consejo.

PANCHA: Voyme, porque este malvao
me la tiene que pagar;
más valiera que callara
y me ayudara a ordeñar.

CANCHO: Chepa, yo voy hacia el río
a repuntar el ganao;
hija mía, cuando vuelva
ténme un costillar asado. *(Vase).*

Sale Juancho Perucho.

JUANCHO: Lao sea Dios.

CHEPA: Ya viene pues, este sonso.
Cierto, me trae molida.

JUANCHO: ¿Cóo le va, Señoa Chepa?
Usté había sido mi vida.

CHEPA: Y vos sois un animal.
JUANCHO: Ta güeno.
CHEPA: Sois un caallo con freno.
JUANCHO: Ta güeno.
CHEPA: Chanco de suciedad lleno.
JUANCHO: Ta güeno.
CHEPA: Puerco bruto, muy moreno.
JUANCHO: Ta güeno.
CHEPA: Carnero metido en sieno.
JUANCHO: Ta güeno.
CHEPA: ¿Qué pretendéis por acá?
JUANCHO: A usté, no más.
Sale Cancho.
CANCHO: Estaba por acá, amigo.
¿Has visto, Chepa, mi cincha,
que yo no la puedo hallar?
Mirá pues si me la hallas,
mientras yo me pongo a mear.
¿Cóo le va, amigo Juancho?
JUANCHO: Así no más, bueno.
¿Y Señoa Pancha?
CANCHO: Parece que está ordeñando.
JUANCHO: Ai le traía un ternero
gordo, que estaba mamando,
y paa Señoa Chepa
traigo el caallo picaso.

Iba en él la vieja a misa,
yéndose me lo dejó,
por tanto que me quería
y mucho me lo encargó.
En su enfermedad penosa
too se me iba en llorar,
porque con tantos discursos
cada instante iba a ensuciar;
no sé cómo tuvo cuerpo
paa vasiarse tanto,
pudriendo todo la cama,
que era una cosa de encanto;
al fin Dios se la llevó
y la fuimos a enterrar,
pero tuvo mucho amor
al caallo de su andar.
Tengo una buena manaa
de caallos asiados
y ligeros como un viento,
un corredor gateado,
sobre todos un rosillo,
un castaño y un rosado,
un morillo y un tordillo,
un bello alazán tostado;
pero cierto un malacara
y un melado con un bayo
son de mi mayor estima,
con un pangaré y un zaino.
A su mandao están toos,
señor Cancho, hablo verdad,
y al de la señoa Chepa,
que le tengo voluntad.

CANCHO: Viva su mercé mil años,
amigo Juancho Perucho,
que siento que lo estimamos
yo y mi hija Chepa mucho.

CHEPA: Yo estimaba al Portugués,
por él me andaba muriendo,
pero a este Juancho Perucho
medio ya lo voy queriendo.
Por fin es hombre de campo
y sabe bien enlazar;
él me cogerá las vacas
y me ayudará a ordeñar.

JUANCHO: Quisiera Señoa Chepa,
ser su criado alentao;
sepa que mucho la estimo
y que estoy a su mandao.
Lo mismo digo a tía Pancha,
aunque no está aquí presente,
y a su padre señor Cancho,
con todos sus parientes.

Sale tía Pancha.

PANCHA: ¿Qué hace aquí Juancho Perucho?
¿Qué está hablando con tu padre?
¿Y tú por qué no has venido
a ordeñar, que ya es tarde?

CHEPA: Ha traído una ternera
paa usted, gorda y hermosa,
y a mí un caallo de paso,
bonito como una rosa.

PANCHA: Cierto, Chepa, me parece
te vas haciendo ardiloza;
ya te inclinas a Perucho
porque tenés las quimeras;
más valiera que casaras
con Marcos de las Figueiras.

CANCHO: ¿Qué es lo que habláis en secreto?
Di, Pancha, eres el pecado;
mirá que me tienes ya
con tus cosas enfadado.
Aquí está Juancho Perucho,
el que tu yerno ha de ser,
que es mi gusto, y el de Chepa.
Por fin, tiene que comer.

JUANCHO: Yo, tía Pancha de mis ojos,
ha días que ando muriendo
por ver a Señoa Chepa
con mi caallo sintiendo.
Ai le tengo a usted unos quesos,
presentárselos quisiera;
por vida suya los tome
porque son de mis lecheras;
también un poco de charque
de un novillo muy morrudo,
que maté días pasados,
y cierto era muy fornido.
A señor Cancho le tengo
un poco de mantequilla
que hice ayer por la mañana,
cierto gorda y amarilla.

MARCOS: Deus sea con vosés.

Cancho habla de afuera.

CANCHO: Apéese, nomás.

Válgate Barrabás,
dentre pues
que cojea de los pies.

MARCOS: *(Entra cojeando)*

Teño dau uha rudada:
u cabalo disparou
e cum suas fanfurríñas
de un barrancu me tirou.
Trao as costas doentes,
as pernas y as rudelas
e cum uhu pedra groza
me tornei fora as moelas.
¿Me poden facer a cama,
purque queiro discansar?
Y que sua filla Chepa
que me beña a descalzar,
suposto es mia muller
que on despois de miña persoa.
Que ainda con un bigairo
disponeremos a boda.

CANCHO: No le tengo dicho, amigo,
que con él no ha de casar;
váyase pues a otra parte,
que aquí no se ha de curar.
Muy confiado había sido,
no tenga tantas lisuras;

sin duda no me conoce
pues habla usted mil locuras.

MARCOS: Vusé me deu esperanzas
pur isu bine directo;
pos, querendo sua filla
digu qui todo está feito.

JUANCHO: Bien se puede ir, amigo.
Mire, tome mi consejo:
guárdese pues de mis bolas,
no ve que no quiere el viejo.

MARCOS: ¿Quein mete a vusé in isu?
¿Cuñose a Marcos Figueira?

JUANCHO: ¿Quién es ese jaguetón,
que verá como lo enlaso
y lo arrastro por el suelo
haciéndolo mil pedasos?

MARCOS: ¿Sabe vosé con quém fala?
Qui con mi folla valente
teño feito tantes mortes
qui ya me teme a yente.
A un taz Faustino de Concas,
un home muito trapaseiro,
le di ua forte pancada
que le derribei u sombreiro.
Él era baicio de espartas
e di narices cumpridas,
con seu fosiño de porco.
Eu les fis a quitar sua vida.
Tenia as patas tortas;

me costou muiți trabaicio.
Di valente curaje era
e me fujo rua abayxo.
Vendeus pedras pur vinto
y porcos brabos inteiros,
carcaras pur galiñas
e levó muito dineiro.
Tamben purqui un Casticiau
me tocó miña conteira,
saqué valente a folla
e tiei pancada feira.
Punta el uha espigarda
e queriendu disparar;
de sosto mi ensuciei tudo
y até fui orinar.
Eu li pidi pur as chagas
di Nosso Pay Yessus,
por sua Pasou Divina
y pur sua Bindita Cruz.
Eu toum me quitó a folla
e me tirou a bainha,
disendu: “Perru mazanu,
fincate aquí de rudillas”.
Me fiso besar seus pes
e, turnando a levantar,
me dis: “Compre vosta follina
yus la volverei a quitar”.
Tamben tive uha camurra
y seus barranganerías
con un fidalgo muito brabo;
e le fis a quitar sua vida.

E asim, seo Juancho Perucho,
eu la teño di levar
a mi señora Chepina.
Cum ela mi hé di casar.

JUANCHO: Ya le digo que se calle,
no me sea respondón,
que por vida de mi agüela
le he de dar un bofetón.

CHEPA: Por Dios, que no riña vuesa merced,
señor Marcos, que ya es tarde,
pues siempre me casaré
con quien quiera mi padre.
Y así de balde se cansa,
no se meta con Perucho,
que había sido el diablo
y lo aporreará mucho.
No faltará otra estanciera
con quien se pueda casar,
más pulida y más morruda,
que mejor sepa ordeñar.
Mire que enlaza muy bien
y él solo voltea un toro
y le puede atropellar
con su caallito moro.

PANCHA: Ya esto no tiene remedio,
amigo Marcos Figueira,
porque el viejo es cabesudo
y ha querido echarlo fuera.

MARCOS: Vutu a Deus, sior Cansio,
que vuse mi fase enfadar;

y ten tumandu miña folla
cum Chepa mi he de casar.
Mo tein vosé qué decir
de minia nobre pesoa.
Qui cum Chepina ha di ser.
Logo si fará a boda.
Vusé no me ha de sumbar
qui el conto lo tiño ulido;
y antes qui veña a noite
teño di ser suo marido.

CANCHO: ¿Qué es lo que habla, Portugués,
desvergonzado, tiñoso?
Que si lo cojo de un pie
le he de arrojar en un pozo.
Vaya a la punta de un cuerno,
que aquí no se ha de casar.
No me replique, porque
lo tengo que hacer mear.

JUANCHO: Oiga, el hombre Portugués,
y qué mañero había sido.
Por vida de Juancho Perucho,
que lo he de echar en el río.
Ya sé que Chepa me quiere,
el viejo y vieja también,
y me toca defenderlos
por siempre jamás. Amén.

MARCOS: Eu sacarei mi espingarda
pos no tein mas que falar,
purque a esto Juancio Perucio
eu lí teñu dí matar.
(*Saca la escopeta*).

PANCHA: Este hombre se ha vuelto loco,
o si ha bebido, está malo;
traígame acá la picana,
que lo he de moler a palos,
que esto Marcos Figueiras
han visto furia más rara;
suelte luego la escopeta,
o le arañaré la cara.

MARCOS: Deixemé, por Deus, tea Pancia,
qui si no me hei di casar,
pur a vida di miu pay
qui lus teñu di matar.
Veñan, viram mis esforsos
us maganus estanceirus,
pos revento de valante.
Eu les hei de quitar u cueiro.

Sale Cancho con un lazo, Juancho con unas bolas, Chepa con una picana y Pancha con el hierro de herrar, y todos cargan sobre Marcos.

CANCHO: ¡Muera el pícaro atrevido!

JUANCHO: ¡Del ombú lo hemos de ahorcar!

PANCHA: ¡Le he de moler las costillas!

CHEPA: ¡La lengua le he de picar!

MARCOS: Por Deus pido a voseés,
e por sua bendita Mai,
no me morran ni me aforquen.
E por Jesus Noso Pay,
cases u Juancio Perucio
con su filla Chepiña.

Eu cocinarei gostoso
e malere a fariña;
servirei mui pontoal
en tudo o que quiseren;
e asin mandemme voseés
in lu que gostosos foeren.

CHEPA: Padre, ya no le matemos:
bástele su rendimiento,
pues tan humilde se postra
y sírvale de escarmiento.

CANCHO: Bien está. A cocinar vaya
y disponga la comida,
bien compuesta y sasonada
y la olla bien cocida.

PANCHA: Que haga unos buenos guisados.
Ai tiene charque y menudos;
puede matar un carnero
y haga un hervido morrudo.

CHEPA: La cabeza del carnero
la puede poner a asar,
paa que coma Perucho
si lo hemos de festejar.

JUANCHO: Sea muy en hora buena.
Yo cabeza comeré,
y a la salú de mi Chepa
un tragito beberé.

CANCHO: Con que, amigo Juancho Perucho,
¿ustée quiere por esposa
a Chepa de Garramuño,
hija de Pancha Ardilosa?

JUANCHO: Sí señor. Casarme quiero,
que el amor es un caallo
y ya me tiene rendido,
no puedo pues sujetarlo.

CHEPA: Pues yo estoy ya reventando
por casarme con Perucho,
porque estoy enamorada
y el amor pica mucho.

CANCHO: Pues dense los dos las manos.
Dios los haga bien casados
y les de un hijo morrudo
para que guarde el ganado.

MARCOS: Muitu u corasoum padece.
Ardi como una figueira,
pos mi quedu sin teer
ulido a tabaqueira.
Ah, ingrata Chepa, ¿qui é istu?
¡Me morro di sentimentu!
No é posibel qui eu sane
di este disaire viulentu.

PANCHA: Mi yerno Juancho Perucho,
goce por muchos años
en compañía de Chepa
y nunca pues le haga daño.
Cuide usté de su mujer
y cuídela con el ser,
que ella es moza muy morruda
y sabe ordeñar y hacer quesos.

JUANCHO: Dios se lo pague, Señoa,
y le dé salú cumplida,

ya sé que Chepa es fortacha;
la quiero como a mi vida.

CANCHO: Marcos, vaya a encender fuego;
mientras desuello el carnero,
pise el ají con la sal
y lave bien el mortero.

Vanse Cancho y Marcos.

JUANCHO: Chepa, ya eres mi mujer,
y yo vuestro marido;
de balde has corcoveado,
que ya mi puesto he cumplido.
No te puedo encarecer,
mi vida, lo que te quiero;
hija, no puedo esplicarme;
por fin, yo por ti me muero.

CHEPA: Amado Juancho Perucho,
medio ya te voy queriendo;
procurá pues de agrardarme
que por ti me estoy muriendo,
según el viejo mi padre
me aconseja que te quiera,
te cuide con alma y vida,
como tú no me lastimes.

PANCHA: Juancho, habéis de ir al pueblo
y comprar manta y camisa,
pollera y unos zapatos,
que lleve Chepinga a misa.
Ella ordeñará las vacas,
vos las habéis de enlazar

y en apritando los quesos,
te ha de espulgar y peinar.

CHEPA: Eso haré de buena gana,
mas si quisiera comer
y el pelo se le endurece,
siempre carnero ha de ser.

Sale Cancho.

CANCHO: Ya me parece que Marcos
ha guisado la comida;
bien podéis poner la mesa,
bien asiada y pulida.

Sale Marcos.

MARCOS: Doña tia Pancia, na mesa.
Ya está tudu cosiñadu,
muitu terno e sabrucíu,
certo mui ben sasunadu.

CHEPA: ¿Y qué es lo que hay que comer?
Marcos, ¿qué es lo que ha guisado
paa regalar a Juancho,
que es morrudo y alentado?

MARCOS: Teñu feito masamura,
cun locru di galiña,
u asadu di carneiro
e una boa perdisiña.

Ponen la mesa y sale Marcos con los platos. Siéntanse.

CHEPA: Comé pues, Juan Perucho;

padre, eche la bendición
porque su mercé es más viejo
y el que tiene más razón.

Van comiendo.

JUANCHO: Cierito, mi Señora suegra,
que la cabeza está rica;
por fin, de mano de Chepa,
la tomaré por reliquia.

CANCHO: Un sonsonete ha de hacer,
mi hijo Juan Perucho,
a la salud de su Chepa,
porque ella lo estima mucho.

JUANCHO: Vaya pues, todos escuchen:
tanto es lo que te quiero, Chepa mía,
que por mirarte, el alma me enguillotro,
con más fuerza que lo hace un potro
chúcaro y enlazado el primer día.
Cuando como, por verte se me enfría
la carne, por mirar la de tu cara,
quedando yerto con tu vista rara,
helándose conmigo la comida.
Son tus ojos dos flechas luminaras,
que al corazón me llegan sus heridas,
espuelas que me pican los ijares.
Por fin, ya la memoria es la perdida
pues aun de mis caallos no me acuerdo.
Ves aquí mi pasión encarecida.

CHEPA: De balde pareci sonso
por lindo, cuando

se había de mesquinar.
Otro, che, no somos de esos
que en pie se van a orinar.

JUANCHO: Chepa de mi corasón,
relata otro sonsonete,
que quiero ver, por la mía,
el primor de tu caletre.

CHEPA: La fuerza del amor que te he cobrado
es tanta, que no sé cómo esplicarla.
Si la encaresco, el pecho se acobarda
y queda frío y como nieve helado;
ya no cabe en mi loco pensamiento
el gusto que endulza la esperanza
de gozar una vida en contento,
por tener de ti, Juancho, confianza.
Mucho estimé el regalo que me hiciste
del caallo picaso, manso y bueno,
con quien divertiré pesares tristes;
yo te presentaré un morrudo freno
y un caallito de mi andar cojudo,
pues por ti muero y en tormentos peno.

CANCHO: ¡Que ingenios tan soberanos!
Los dos lo han hecho muy bien.
También mi bendición los alcance
por siempre jamás. Amén.

PANCHA: También la mía les echo:
Dios los conserve en su gracia;
por los siglos de los siglos
siempre estén gordos de grasa.

MARCOS: ¡Eu morro di sentimentu!
¡O corasón fas fariña!
Intérrenme logo ao ponto
e poña uha crusesiña.

CANCHO: Traiga su guitarra, Marcos,
que un fandango hemos de hacer
y ha de bailar Chepa y Juancho,
Cancho y Pancha, su mujer.
(Saca la guitarra).

MARCOS: Aquí istá pois, a viola,
mui disposta y encurdada:
tein uhas voces galañas
e fica muitu ben temprada.

CANCHO: (Canta):
Mi yerno Juancho Perucho,
con sus lecheras
y sus caallos, viva
con su estanciera.

PANCHA: (Canta):
Viva mi hija Chepa
con su marido,
en paz y unión perfecta
y gusto cumplido.

JUANCHO: (Canta):
Viva mi vieja suegra
y mi señor suegro,
que con mi mujer Chepa
mucho me alegro.

CHEPA: (Canta):
Tenga mi padre y madre,
paz con mi esposo,

y yo, mi caallo,
mucho reposo.

MARCOS: (Canta):
Vivan todos vusedes
con paz cumprida,
que eu di sentimentu
perdo ua vida.

CANCHO: (Canta, y repiten todos):
Aquí dio fin el baile
y el casamiento.
¡Viva pues, han quedado
todos contentos!

FIN

> índice

> Presentación de la colección pág. 7

> Prólogo pág. 9

Sainetes urbanos

> El carnaval pág. 21
CRISTÓBAL DE AGUILAR

> La industria contra la fuerza pág. 49
CRISTÓBAL DE AGUILAR

> Venció al desprecio el desdén pág. 117
CRISTÓBAL DE AGUILAR

> A río revuelto ganancia de pescadores pág. 165
JUAN CRUZ VARELA

Sainetes gauchescos

> El valiente fanfarrón y criollo socarrón o El gaucho 1^º parte pág. 201
ANÓNIMO

> Las bodas de Chivico y Pancha o El gaucho 2^º parte pág. 235
ANÓNIMO

> El amor de la estanciera pág. 265
ANÓNIMO

antología de obras de teatro argentino

se terminó de imprimir en CILINCOP S.A

Av. Diaz Velez 3461, Buenos Aires.

